# DICKENS

J. B. PRIESTLEY

Oliver Twist

David Copperfield

Nicholas Nickleby

The Pickwick Papers

Christmas Stories

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



# DICKENS

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

# DICKENS

J. B. PRIESTLEY

Prólogo

JUAN LUIS CEBRIAN

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa:
*Charles Dickens and his world,* publicada por Thames and Hudson, Londres.

Traducción del inglés a cargo de Camila Batlles.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.


ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8159-0
Depósito Legal: NA-1085-1984
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1984
*Printed in Spain*

# Indice



# Charles Dickens (1812-1870)

El novelista inglés Charles Dickens nació en Landport en 1812. Tuvo una infancia marcada negativamente por los problemas económicos de sus padres, aunque con periodos de felicidad. Siendo apenas un adolescente se vio obligado a trabajar en ocupaciones humildes. Más tarde comenzó a ganarse la vida como reportero. El fogueo adquirido en esta tarea, los ambientes y tipos que a través de ella conoció, junto con los malos y buenos recuerdos de su infancia, fueron la base de su espléndida narrativa posterior. Dickens empezó a ser conocido por su obra *The Pickwick Papers*, crítica social y caricaturesca cuya publicación por entregas se inició en 1836. En este mismo año se casó con Catherine Hogarth, con la que tuvo diez hijos y de la que se separaría más tarde. La publicación de *Oliver Twist* y de *Nicholas Nickleby*, junto con otras obras, entre 1838 y 1842, llevó su nombre a la fama. Viajó por Estados Unidos y por diferentes países de Europa y fundó el famoso periódico *Daily News*. En 1849 publicó *David Copperfield*, su novela favorita, a la que siguieron varias obras más. En esta época ya había comenzado a dirigir y a actuar en teatros no profesionales, revelándose como un excelente actor, hecho que le llevó después a hacer lecturas públicas dramatizadas de los fragmentos más populares de sus novelas, con un derroche de esfuerzo y un desgaste que quebrantaron su salud. En 1867 y 1868 realizó un segundo viaje a Estados Unidos, del que volvió muy cansado. En 1870 llevó a cabo una última y agotadora lectura pública. Unos meses después murió a causa de un ataque cerebral. Fue enterrado como héroe nacional en la abadía de Westminster.

◀ *Daguerrotipo de Charles Dickens, por Mayall, en 1849.*



The Dickens Fellowship

*El novelista leyendo para sus hijas Mary y Kate, en su residencia de Gad's Hill.*

*Prólogo*

# Un espléndido vividor

por ***Juan Luis Cebrián***

*El azar quiso que el mismo día del verano de 1984 que yo dedicara a la lectura de este breve estudio biográfico y literario de Dickens muriera su autor, el dramaturgo británico J. B. Priestley. Aunque sólo fuera por esa especie de solidaridad animal que los escritores sienten entre sí, un hecho semejante hubiera bastado para hacer brotar en el ánimo una adhesión natural y casi automática por estas páginas, lectura póstuma, para mí y en el más estricto de los sentidos, de Priestley. Pero en realidad no hace falta justificación alguna para sentirse atraído por la remembranza de una figura como Dickens que es, desde luego, paradigma de los sueños de periodistas y novelistas de los últimos cien años.*

*Vaya por delante la aseveración ya apuntada de que este libro no es un estudio psicológico de su personalidad, ni siquiera una investigación histórica sobre su vida. Es, más bien, una consideración literaria de su obra, al hilo de la cual se nos cuentan las principales efemérides personales del autor, y nada más. Pero nada menos también, porque Priestley, que es un escritor sensible, ha sabido comunicar con ello, y aun sin quererlo, lo que para mí resulta la más importante de las lecciones de estas páginas. A saber, que la vida de un autor son esencialmente sus obras. Y que muchas veces éstas son en gran medida pensadas y realizadas por el mismo desde la decisión previa de convertirlas en la memoria histórica, pero también en el presente vivo, de su personalidad.*

*Tres rasgos esenciales me parecen apuntados por Priestley en el estudio que hoy se presenta a la curiosidad del lector. El primero, la capacidad y profesionalidad de Dickens como periodista. El segundo, su dedicación a las nuevas formas de comunicación y expresión. El tercero, su empecinamiento mil veces frustrado en ser autor y actor teatral –sobre cuyo fracaso Priestley parece regodearse, prolongando en el tiempo la polémica y la insidia inherentes al mundo de la farándula–. Y los tres se me presentan unidos por una especie de hilo conductor que es el deseo palpitante de Charles Dickens de influir en su tiempo, de no ser un poeta o un autor*

desgajado de su sociedad, de participar activamente y por libre en la denuncia de las lacras sociales de la Inglaterra del siglo XIX y en la búsqueda de sistemas más justos de convivencia.

La condición de periodista de Dickens le acompañaría toda su vida. En realidad, no sólo cuando trabajaba de reportero y cronista parlamentario o cuando dirigía el Daily News desempeñaba esa profesión. Ni el crudo humor de Los papeles de Pickwick ni las amargas descripciones del submundo de la pobreza y las cárceles a las que nos tiene acostumbrados, revelan otra cosa que la audacia satírica de un crítico y la percepción expresiva de un reportero. Estas conexiones entre periodismo y literatura, en la mejor tradición de las letras universales y en la más explícita de la narrativa inglesa y norteamericana, ayudan por lo demás a entender la capacidad de audiencia que ya en vida tuvo, la popularidad y el dinero a que se hizo acreedor. Frente a la figura del intelectual maldito o marginado, Dickens es el ejemplo del escritor triunfante e influyente que, sin embargo, es capaz de no doblegarse ante su entorno y de imponer sus convicciones y su entendimiento de la existencia. Por eso, el aspecto mundano de su vida, teñido a veces de falsa frivolidad, es quizá uno de los atractivos más indiscutibles que posee. Dickens no fue un pensador sino un narrador, un observador agudísimo de la realidad y un hombre convencido de la capacidad de entretenimiento de la literatura, al mismo tiempo que de los condicionamientos profesionales de su ejercicio.

Todos estos aspectos de su actividad como creador, que burdamente podríamos denominar realistas, no sólo se explican por su propia biografía personal, sino también y sobre todo por su dedicación en ella al periodismo profesional. De éste guarda Dickens un rigor narrativo excelente, un admirable respeto por la exposición de los hechos, un distanciamiento muchas veces irónico de los mismos y una combatividad de lenguaje que empaña la reflexión, al menos tal y como la reflexión ha querido ser entendida por los inventores de eso que se autodenomina pensamiento trascendente. Tantas veces ha querido ser representado el periodismo como un género menor de la literatura, y aun como un subgénero o un «no género» de ella, que para quienes creemos que ese tipo de distinciones institucionales del arte y la comunicación sólo tienden a crear falsos –pero opresores– instrumentos de poder, el ejemplo dickensiano es consolador. Se dedicó con igual énfasis a ambas actividades, triunfó en las dos y en las dos tuvo una idéntica actitud de denuncia contra lo establecido y de solidaridad con quienes le leían.

Quizá por ello mismo resulta fácil explicar que una de sus obras más conocidas, y desde luego la que le dio desde un principio

*fama y popularidad en su tiempo,* Los papeles de Pickwick, *pueda inscribirse con todos los derechos en lo que hoy se llamaría la cultura del cómic. Si se piensa que en realidad Dickens fue llamado inicialmente para ilustrar con diálogos los guiones y dibujos que el dibujante Seymour iba a hacer, y que de ese primer intento se generó una obra tan extraordinaria en matices y situaciones como* Pickwick, *uno debe reconocer que la reluctancia de algunos pretendidos grandes autores de nuestro tiempo hacia esas nuevamente consideradas formas menores de la comunicación y el arte es verdaderamente ridícula. La modernidad de una sociedad –y de sus protagonistas– se distingue entre otras cosas, como es obvio, por su actitud ante el progreso. La resistencia de tantos intelectuales y escritores españoles hacia las nuevas técnicas de comunicación, la predominancia del respeto por la cultura escrita y su sacralización frente a la audiovisual –abandonando injusta y culpablemente ésta en manos de los advenedizos, los ignorantes o los aprovechados– es uno de los rasgos más notables del momento cultural de nuestro país. Un autor de fama puede no haberla encontrado verdaderamente hasta que sus novelas se han adaptado para televisión, pero ¿qué se diría de él si en vez de escribirlas en su mesa camilla las hubiera imaginado desde el principio como un serial televisivo y sólo más tarde hubieran adquirido forma de novela? La consideración de la cultura y el arte como algo reservado a una elite de iniciados dio lugar históricamente al acuñamiento del término «cultura popular», como si pudiera haber cultura alguna en el mundo que efectivamente no lo fuera, o como si por ser popular sus valores propiamente culturales quedaran rebajados o necesitaran ser matizados en honor del vulgo, cuando más bien ocurre todo lo contrario. Sólo como comunicación entre los hombres tiene el arte sentido, y más sentido tiene, desde luego, cuanto mayor es el número de individuos que participan en el diálogo colectivo.*

*El secuestro de los valores culturales como formas de religión y magia, con sus particulares ritos incorporados, sus sacerdotes y los fieles de su iglesia, es uno de los desastres añadidos que la progresía al uso –eso que dio en apellidarse* gauche divine– *produjo durante los años del franquismo en este país y aún sigue elaborando a contracorriente de los tiempos. Si esa actitud se extiende hacia la utilización de las nuevas técnicas también como sistema de creación para las elites y se abandona de hecho la comunicación de masas en manos de los peores, el resultado es el que conocemos. Por eso tenemos mucho que aprender del pragmatismo anglosajón en este terreno, pero también y principalmente de la conciencia universal sobre los contenidos de la cultura. La lectura de* Picwick *es un*

*testimonio permanente de cuál debe ser la postura de los intelectuales ante las formas de comunicación de masas de nuestro siglo.*

*Finalmente sobresale, como decíamos, la apasionada vocación teatral del protagonista de esta biografía, y su gusto casi neurótico por ofrecer en público y personalmente lecturas de sus obras o conferencias. Este me parece a mí un nexo más con su condición de periodista. En efecto, entre todas las formas de expresión artística ninguna como el teatro permite un contacto con el público tan directo e inmediato que pueda compararse al de un periódico con sus lectores –por no hablar de la radio y la televisión.*

*En resumen, si bien se mira, a lo largo de sus experiencias profesionales Dickens no fue otra cosa que un agitador, desde los diarios, desde las novelas por entregas, desde la tribuna. Agitar es la misión de todo intelectual que se precie y ante el objetivo de hacerlo diría que casi cualquier medio es lícito. Durante muchos años he defendido un concepto subversivo del periodismo y la literatura. El afán provocador que ello comporta me parece esencial al hálito de cualquier intento de creación, y no digamos si éste lucha primordialmente por la belleza. Dickens convirtió su vida en un paradigma de esta actitud. No fue aventurero y resultaba demasiado escéptico para tratar de construir cualquier cosmogonía. Fue, en cambio, un hombre de su tiempo, casi diría que un* enfant terrible *de la época, y un espléndido vividor. Cualquiera que crea en los modelos a imitar encontrará enseguida que Dickens no es uno de ellos. Por eso a mí me gusta, y por eso a mucha gente le gustaría ser como él.*

# 1. La herida de una infancia desgraciada

Charles Dickens nació en Landport, que hoy forma parte de Portsmouth, el 7 de febrero de 1812. Era el segundo de los hijos y primer varón de John y Elizabeth Dickens. John Dickens, cuyos padres eran sirvientes domésticos, estaba empleado en la Pagaduría de la Marina. Era un hombre bondadoso y afable, aficionado a las tertulias, jovial, retórico, extremadamente optimista y manirroto. (Estos rasgos aparecen ciertamente en Micawber, lo mismo que ciertas características de la madre de Dickens se revelan en la señora Nickleby. Es un error, sin embargo, suponer que este tipo de personajes –tan abundantes en Dickens– constituyen unos retratos o siquiera unas caricaturas tomadas directamente de la realidad. Dickens creó un mundo que le era propio, y sus personajes pertenecen a ese mundo.)

La madre de Charles, Elizabeth Barrow, era hija de Charles Barrow, quien durante años ocupó el cargo de tesorero del Ministerio de Marina. Pocos meses después de que Elizabeth se casara con John Dickens, se descubrió que Charles Barrow había estado falseando sus cuentas y había robado más de cinco mil libras al Ministerio de Marina, por lo que tuvo que dejar Inglaterra y establecerse en el continente a fin de librarse de la cárcel.

Ese fue el primer contratiempo que sufrió el joven matrimonio Dickens, quien no tardaría en verse perseguido por el infortunio y con seis hijos que criar. Tras una breve estancia en Londres, John Dickens fue trasladado en 1817 a los astilleros de Chatham, donde la familia permaneció hasta 1822. Fueron aquéllos los años más dichosos de la infancia y juventud de Charles Dickens, y ese rincón de Kent, cuyo núcleo principal es Rochester, ejerció una influencia decisiva sobre su vida y su obra. Fue aquí a donde, años más tarde, ya en la cúspide de la fama, regresó para vivir, adquiriendo Gad's Hill Place, la misma casa que él y su padre habían admirado tantas veces durante sus paseos. Y fue aquí donde murió, tras habitar doce años en Gad's Hill. Rochester, la campiña que lo rodeaba y el estuario del Támesis, no lejos de allí, aparecen bajo nombres diversos en muchas de sus obras.



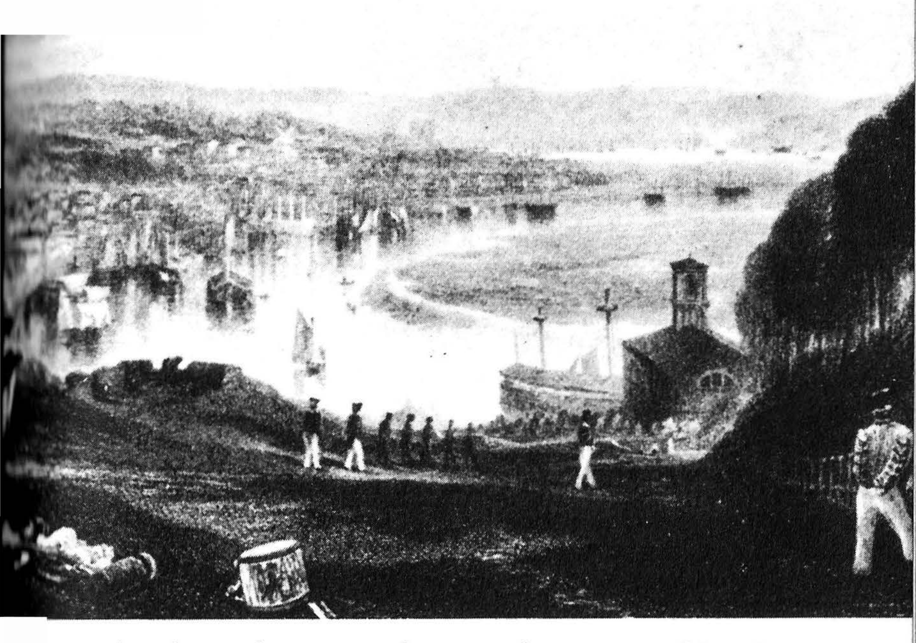
The Dickens Fellowship



*Chatham, a principios del siglo XIX. En este paisaje transcurrieron los momentos más felices de la vida de Dickens.*



*Elizabeth Barrow (1789-1863) y John Dickens (1785-1851), padres de Charles, al que no pudieron proporcionar una niñez feliz.*



Aquel niño, de carácter vehemente, despierto, sensible y vivaz, aunque de naturaleza poco robusta, descubrió durante esos años en Chatham que la vida le abría sus puertas. Descubrió los libros: *Don Quijote*, *Gil Blas*, las novelas picarescas de Smollet. Descubrió también el teatro, que empezó a frecuentar a edad muy temprana. Sin embargo, los constantes derroches de su padre comenzaron a crear a la familia serios problemas, obligándoles a mudarse a una vivienda más modesta. Pero Charles era todavía demasiado joven para vivir esa situación en toda su crudeza y sentirse afectado por ella. Esta época permaneció siempre en su recuerdo como una etapa feliz; su vuelta, años más tarde, cuando era un afamado escritor, a Gad's Hill Place, no era sino el retorno al lugar donde transcurrió el periodo más placentero de su vida.

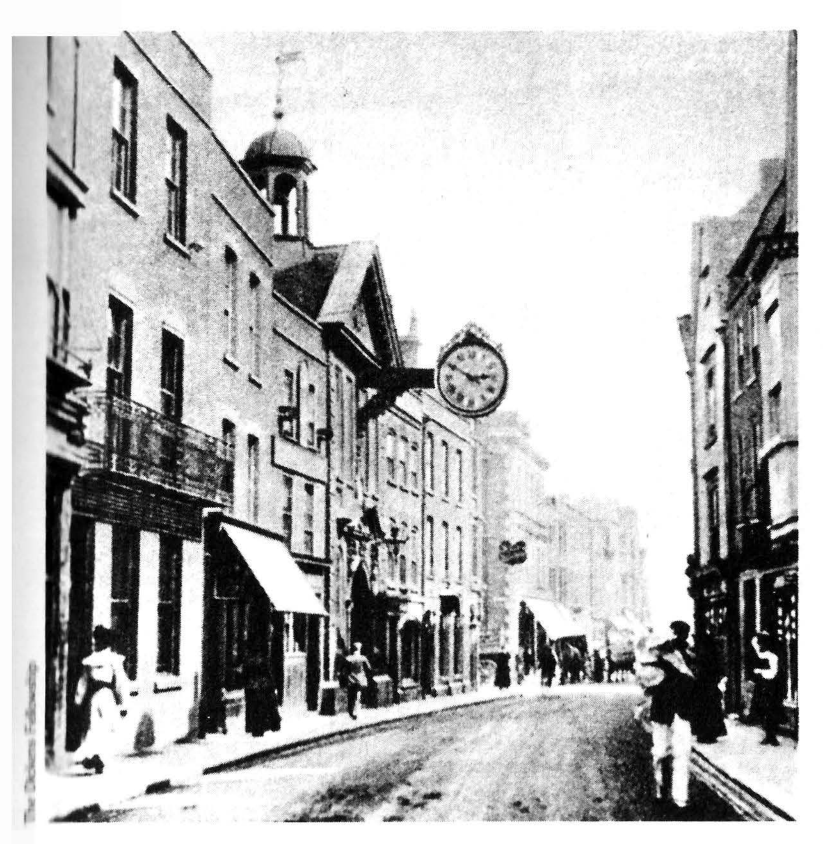
Sus recuerdos de aquellos años, envueltos en el dorado resplandor de la niñez, desempeñaron un importantísimo papel en su obra. Resulta curioso por ello que los argumentos de sus primeras novelas los sitúe en torno a hechos acaecidos hacia 1820, cuando contaba ocho años de edad, lo cual es aún más evidente en lo que se refiere a los episodios felices de dichas obras; y es que en la creación del mundo de Dickens, en su manera única de combinar el detalle nítido y realista con una atmósfera como de cuento de



The Dickens Fellowship

*La casa de Chatham donde la familia Dickens vivió entre 1817 y 1821.*

hadas, se advierte claramente su memoria infantil. El chiquillo que caminaba con su padre desde Chatham a Rochester, deteniéndose para observar los carruajes y las viejas posadas, siempre siguió vivo en el gran novelista. (Llegados a este punto, es importante señalar que esos mismos críticos que acogieron alborozados el empleo de un método altamente subjetivo en la novela suelen olvidar que fue Dickens, en los capítulos de la infancia de *David Copperfield*, quien dio los primeros pasos en ese sentido.) De no haber gozado Dickens de esa época dichosa, de una alegre niñez, sin duda sus novelas serían más sombrías y tristes. Por otra parte, esa época, relativamente breve y seguida de tantas calamidades, le dejó una sensación de pérdida –como de «faltarle algo»– que habría de atormentarle hasta el fin de sus días.



*High Street de Rochester, un lugar que Dickens frecuentó.*

Las desgracias comenzaron en 1823, después de que John Dickens fuera trasladado de nuevo a Londres y se afincara en una casa muy pequeña en Camden Town. Había abandonado Chatham cargado de deudas, incluso después de vender parte de sus muebles, y nadie en Londres acudió a socorrer al matrimonio Dickens y a sus seis hijos. Todo cuanto no era estrictamente necesario fue a parar a la casa de empeño, y el joven Charles, que ya no asistía a la escuela, era enviado frecuentemente a esos recados.

Charles había sido un buen estudiante en la escuela de Chatham y su profesor le había regalado un ejemplar de *Bee*, de Goldsmith, «como recuerdo». Pero sus atribulados padres no se habían trazado plan alguno para que él prosiguiera sus estudios en Londres. Su hermana mayor, Fanny, tuvo más suerte, pues consiguió



The Dickens Fellowship

una beca para ingresar en la Academia Real de Música; pero Charles, ansioso a sus once años de adquirir conocimientos, ni siquiera tenía acceso a los pocos libros que habían pertenecido a la familia. Era como si su padre, según escribió Dickens más adelante, hubiera olvidado por completo que su hijo tenía derecho a una educación: «Me vi obligado a limpiar sus botas y las mías; a colaborar en las tareas de la casa; a ocuparme de mis hermanos y hermanas más jóvenes, y a hacer los miserables recados propios de nuestra miserable existencia.» Viviendo en un ambiente plagado de deudas, a un paso de la ruina y el desastre, sintiéndose desamparado y desdichado, probablemente mal alimentado, la salud de aquel chico extremadamente nervioso empezaba a resentirse, cuando el desti-

◀ *La casa de Bayham Street, en Camden Town, donde vivió la familia Dickens durante la etapa de agobios económicos que culminó con el arresto de John Dickens por deudas.*



*Dibujo de F. Barnard alusivo al periodo que el joven Charles pasó en la fábrica de betunes. «Nadie sino yo sabe lo que padecí en secreto e intensamente», escribiría más tarde Dickens.*

no le asestó un golpe del que jamás logró recobrarse. Un amigo de la familia que tenía participación en una fábrica de betunes sugirió, sin duda con la mejor intención, que Charles fuera a trabajar allí por un salario de seis chelines semanales. Sus padres accedieron sin vacilar, y el muchacho se colocó en la fábrica de betunes.

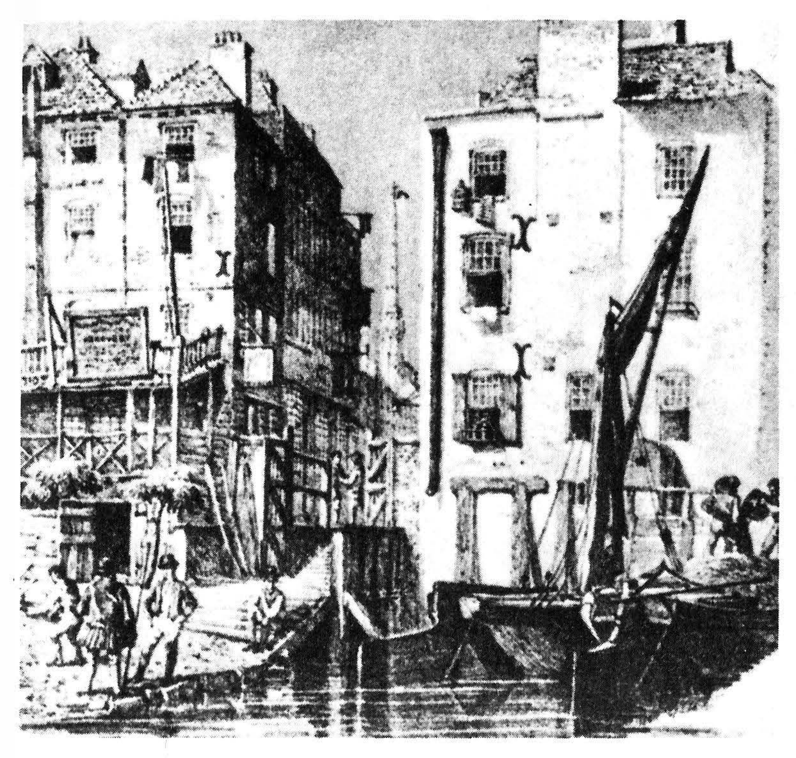
Se ha dicho –Somerset Maugham, entre otros– que Dickens y sus amigos concedían excesiva importancia a este episodio de la fábrica de betunes. Ciertamente era un lugar sombrío, sucio, infestado de ratas, pero el joven Charles no fue maltratado ni obligado a trabajar en exceso; por otra parte, era frecuente en aquel tiempo que un chico de doce años saliera a trabajar, y de hecho no permaneció allí mucho tiempo. Pero los críticos que restan importancia a este episodio no se han visto ellos mismos privados, a los doce años, de asistir a la escuela por tener que trabajar en una fábrica de betunes. Olvidan que aquel niño se sentía absolutamente desesperado. Dickens no pudo olvidarlo: «Ninguna obra mía alcanza a expresar la secreta agonía de mi alma –escribió años más tarde– cuando me vi entre esa gente tan distinta de los compañeros de mis primeros años felices, y sentí que mis esperanzas de llegar a ser un hombre culto y distinguido se venían abajo... Mi naturaleza

toda estaba tan conturbada por el dolor y la humillación, que aún ahora, famoso, halagado y satisfecho, a menudo olvido en mis sueños que tengo una esposa y unos hijos queridos; incluso que soy un hombre; y retorno desolado a aquella época de mi vida...» La herida era profunda y nunca cicatrizó. Indudablemente no fue el mero hecho de tener que pegar las etiquetas en los botes del betún lo que le hirió tan profundamente, sino la sensación de verse arrojado a un oscuro callejón sin salida. Después de los felices años vividos en Chatham, era como doblar una esquina y hallarse, sin escapatoria posible, en una pesadilla. Buena parte de la lobreguez que hay en Dickens, siniestra, amenazadora y violenta, procede de esa época.

Pocos días después de que Charles comenzara a trabajar en la fábrica de betunes, situada en Hungerford Stairs, su padre fue arrestado y enviado a Marshalsea, la prisión destinada a los deudores. Más adelante, su esposa e hijos menores se reunieron con John Dickens en Marshalsea. Todavía recibía la paga del Ministerio de Marina, y aunque tuvieron que conformarse con una sola habitación para todos, probablemente vivían más tranquilos en ese establecimiento gratuito que en su casa, donde estaban acosados por sus acreedores y tenían que empeñar hasta los cubiertos. El pequeño Charles, que se hospedaba en una vivienda cercana a la prisión, iba y venía a Marshalsea y hacía recados para su padre los fines de semana. La escasa alimentación, la soledad y el sufrimiento causaron al muchacho de doce años varios y dolorosos ataques espasmódicos, como sabemos por el relato de esa época que él mismo escribió posteriormente.

Todo ello acabó al morir la madre de John Dickens, quien le legó el dinero suficiente para pagar sus deudas. Liberados así de tener que residir obligatoriamente en Marshalsea, la señora Dickens tomó una casita en Somers Town.

Charles trabajaba todavía en la fábrica de betunes, que ahora había sido trasladada a un local más amplio, en la esquina de Bedford Street, en Covent Garden. El chico se sentaba frente a una ventana que daba a la calle para pegar las etiquetas, y John Dickens, al ver un día a su hijo trabajando, decidió que debía dejar la fábrica de betunes, pese a que su esposa era partidaria de que el muchacho siguiera en ella. «Sé muy bien que fue la combinación de esas circunstancias lo que me ha llevado a ser como soy –escribió Charles Dickens más adelante–, pero no puedo olvidar, jamás olvidaré, que mi madre era partidaria de que yo regresara allí.» Aunque el episodio duró tan sólo unos meses, sus efectos fueron profundos y permanentes. Dickens nunca habló de ello, ni siquiera



*El viejo Hungerford Stairs, en Londres. La fábrica de betunes estaba instalada en un edificio destartalado cerca del río.*

a su mujer o a sus hijos, y John Forster, su amigo entrañable y biógrafo, lo descubrió tan sólo por casualidad.

La experiencia vivida en la fábrica de betunes despertó en el muchacho la firme resolución de triunfar, y a partir de entonces decidió poner en juego su extraordinaria energía, sus asombrosas dotes de observación y su insólita facultad de autodisciplina, de las que carecían tanto su padre como su madre. Su gran capacidad y agresiva eficacia –y lo que Henry James denominaba su «ojo militar»– no le abandonaron nunca, y eran consecuencia del amargo recuerdo, imposible de borrar de su mente, de la fábrica de betunes y de sus visitas a la prisión para deudores. Los años felices pasados en Kent y el desgraciado episodio de Londres se combinaron para producir la intensa luz y lúgubre sombra de sus novelas, el alegre sueño que se desvanece para tornarse angustiosa pesadilla.

Durante los dos años y medio que siguieron asistió a la Wellington House Academy, una escuela que gozaba de excelente

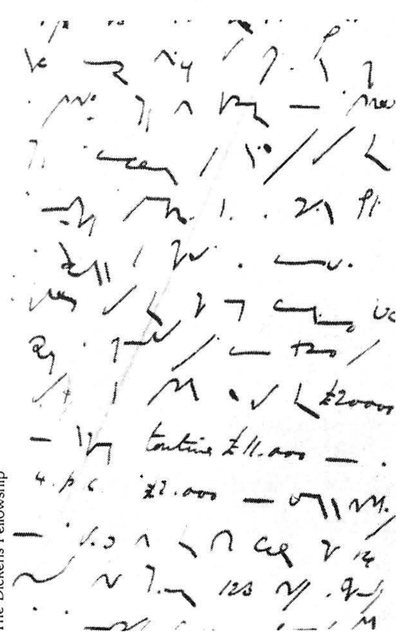


◀ *La prisión de Marshalsea, en Sothowork, estaba destinada a los deudores. Los familiares de éstos podían visitarles e incluso les estaba permitido alojarse en las dependencias de la prisión. Después de que John Dickens abandonara la prisión de Marshalsea, Charles asistió durante dos años y medio a la Wellington House Academy (abajo) para completar sus estudios. Allí fue más conocido por su carácter jovial y bullicioso que por sus rendimientos como estudiante.*

reputación. En los capítulos semiautobiográficos de *Davis Copperfield,* podemos descubrir lo que sentía Dickens en aquel tiempo, consecuencia de unas experiencias muy distintas de las que habían conocido sus compañeros de estudios.

# 2. Un joven reportero

Al dejar la escuela, en 1827, Charles se empleó como mensajero en un bufete de abogados, Ellis y Blackmore, situado en Raymond Buildings, frente a Holborn. Por aquel entonces, era un muchacho delgado que aparentaba menos edad que la que tenía, pero poseía buenas dotes de observador y se conducía con gran seguridad en sí mismo. Aunque encontraba aburrida la abogacía, asimiló tan a fondo su entorno y pudo observar a tantos personajes singulares, que hoy no nos es posible visitar un despacho de abogado en el centro de Londres sin sentirnos transportados de nuevo al mundo de Dickens. Pero algo mucho más interesante se avecinaba. John Dickens, a la sazón jubilado del Ministerio de Marina, había estudiado taquigrafía y trabajaba para la British Press. Charles decidió



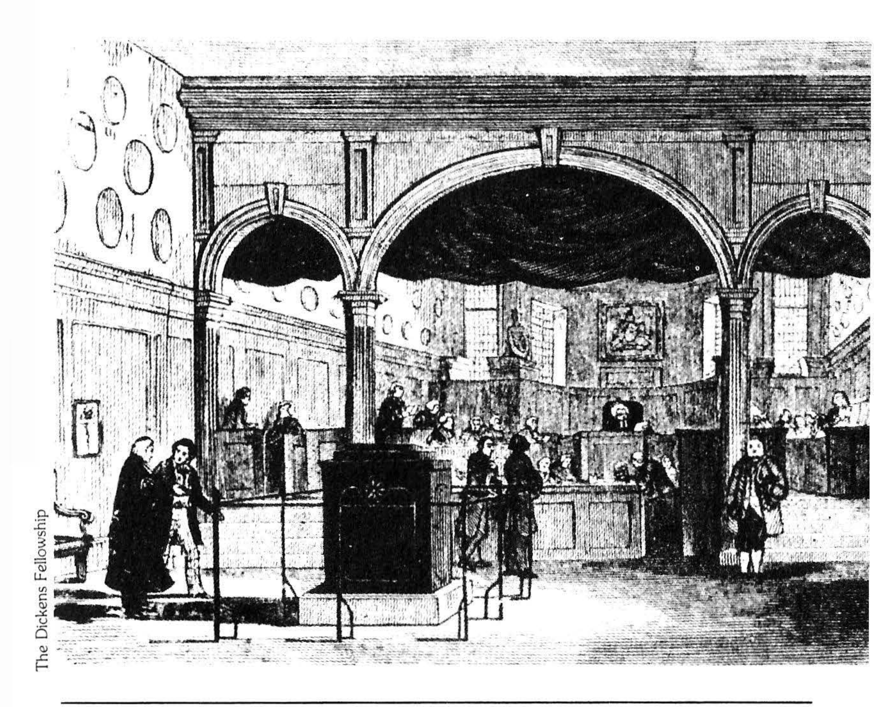
The Dickens Fellowship

*Una página de las notas taquigráficas de Dickens. Decidido a convertirse en periodista, Charles estudió taquigrafía por las noches, al tiempo que trabajaba en el bufete de un abogado. Con el tiempo llegaría a ser uno de los taquígrafos más veloces del país.*

*Doctors' Commons, una arcaica combinación de tribunales civiles y eclesiásticos que fue abolida en 1857. Allí pasó Dickens los dos primeros años de su carrera como taquígrafo.* ▶

seguir el ejemplo de su padre y estudió también taquigrafía, tarea menos sencilla que en la actualidad, sobre todo para un adolescente que se pasaba el día trabajando en una oficina; sin embargo, perseveró en ello con el ahínco y la autodisciplina que siempre le caracterizaron.

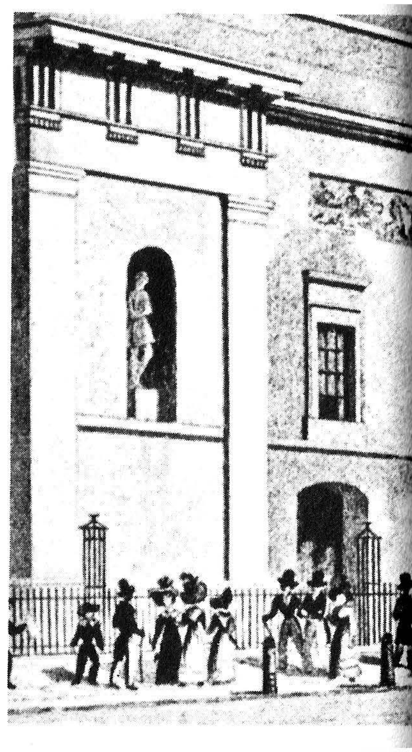
Poco antes de su diecisiete cumpleaños dejó la firma de Ellis y Blackmore para asistir como reportero independiente, acompañado de un pariente lejano, a las sesiones en Doctors' Commons, un amasijo de tribunales –abolidos en 1857– que se ocupaban de asuntos del Almirantazgo, de testamentaría y de cuestiones eclesiásticas, en un local situado entre St. Paul's y el río. Pero el trabajo era aburrido y estaba mal pagado. En aquel tiempo se había enamorado de la hija de un banquero, una joven bonita y coqueta llamada Maria Beadnell, y Charles, deseoso de prosperar, decidió dedicarse al teatro, por el que sentía pasión. En consecuencia, tomó lecciones de arte dramático y dedicó muchas horas a aprender papeles que él podría representar. Incluso llegó a solicitar una audición en Covent Garden, pero cuando llegó el día un inoportuno resfriado le impidió presentarse.

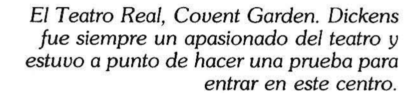


The Dickens Fellowship




*Primer retrato conocido de Dickens. Tenía dieciocho años.*

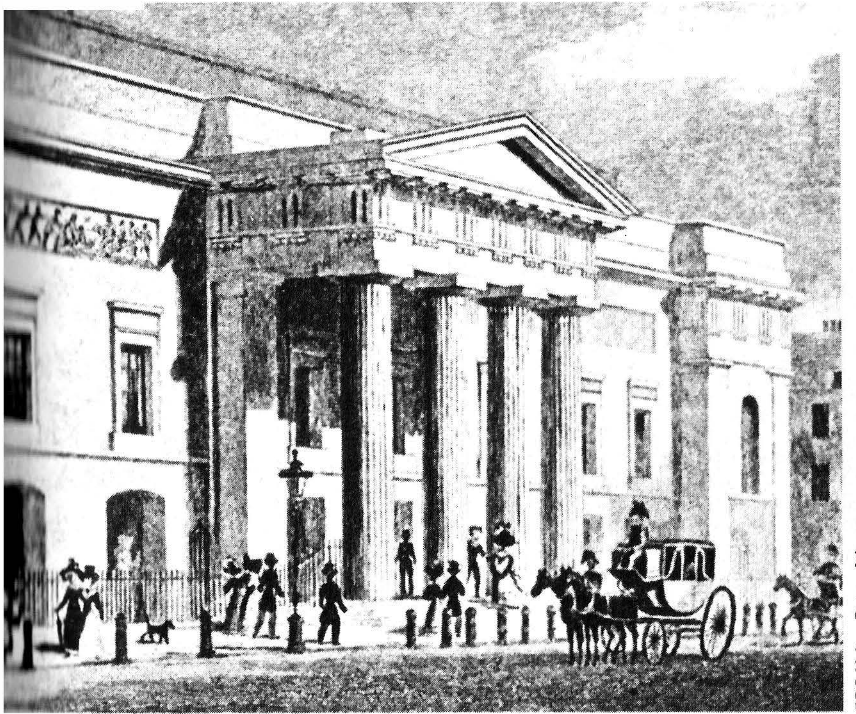




*El Teatro Real, Covent Garden. Dickens fue siempre un apasionado del teatro y estuvo a punto de hacer una prueba para entrar en este centro.*

La literatura está muy en deuda con ese resfriado, pues Dickens era un actor nato y, de haber acudido a esa prueba, es muy posible que Mathews y Charles Kemble le hubieran contratado y se hubiera pasado el resto de sus días sobre un escenario. El caso es que sus perspectivas como reportero mejoraron inesperadamente. Su tío, John Henry Barrow, había fundado un periódico llamado *Mirror of Parliament*, para el que a la sazón trabajaba John Dickens, y propusieron a Charles unirse a la plantilla de redacción. Además, a principios de ese mismo año de 1832, le ofrecieron entrar a formar parte de la redacción de un nuevo diario de la tarde, el *True Sun*. Estuvo presente en la Cámara de los Comunes durante los debates finales de la Ley de Reforma, y muy pronto se le reconoció como uno de los reporteros más precisos y puntuales entre los asistentes en la tribuna de periodistas, e incluso de todo el país. Finalmente, llegó a convertirse en el reportero más destacado del *Morning Chronicle*, un diario liberal.

Cuando la Cámara no celebraba sesión era enviado a cubrir las elecciones parciales, los mítines dados en provincias, los ban-



BBC Hulton Picture Library

quetes y otros actos públicos, teniendo a menudo que trabajar y desplazarse a toda velocidad si quería entregar sus originales antes que los reporteros de *The Times* entregaran los suyos. Esos viajes rápidos por el país agradaban mucho a Dickens, quien era por entonces un joven elegante, aunque un tanto rebuscado en su forma de vestir. Pero esa valiosa experiencia, primero con los procuradores, luego en la Cámara y más tarde en las elecciones provinciales y demás actos, iba a ser muy pronto de gran utilidad para el novelista.

Se ha dicho con frecuencia, principalmente por abogados y políticos, que Dickens no entendía una palabra de leyes ni de política y que se contentaba con ofrecer burdas caricaturas de figuras y procedimientos legales y políticos. Es cierto que no sentía gran interés por los principios fundamentales, pero esos críticos olvidan la amplia experiencia de primera mano que obtuvo como reportero, las interminables horas pasadas rellenando cuadernos de notas con informes al pie de la letra de unos discursos generalmente cargados de patrañas y necedades. Era como estar presente en una



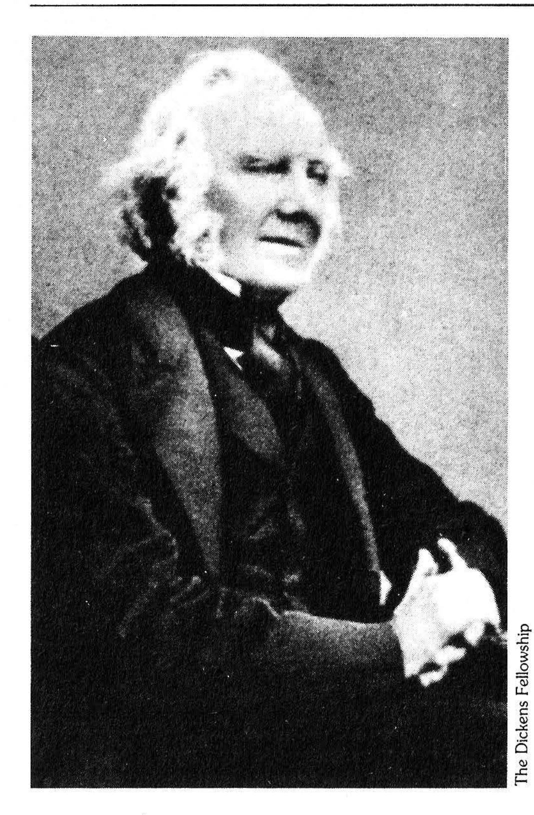

BBC Hulton Picture Library

*Caricatura de la época sobre uno de los muchos teatros de aficionados que existían en Londres a principios del siglo XIX. Se les denominaba «penny theatres» («teatros de a penique») porque ése solía ser el precio de las localidades.*

*El puente de Londres en la época de Dickens. Grabado de G. Doré, 1872.* ▶

cocina donde se preparan unos platos nada apetitosos. Como dice David Copperfield: «Noche tras noche tomo nota de pronósticos que nunca se cumplen, profesiones que jamás se alcanzan, explicaciones cuyo único fin es el de sembrar el desconcierto... Me hallo inmerso en palabras... Paso el suficiente tiempo entre bastidores como para conocer bien el valor de la vida política.» Es innegable que no pocas veces simplificaba en exceso, que exageraba y daba rienda suelta a su extravagante sentido del humor. Pero nadie que no esté irremediablemente prendado del *establishment* inglés puede dejar de reconocer la verdad y la fuerza, la originalidad e impor-


NOTICE
STEAM BOAT
LONDON BRIDGE




*George Hogarth (1783-1870) fue colega de Dickens en el* Morning Chronicle *y más tarde editor del* Evening Chronicle. *Charles, que era un buen amigo suyo, se convertiría en su yerno al casarse con su hija Catherine, a la que conoció en 1835.*

tancia de la sátira legal y política de Dickens. Como joven periodista, acaso no sintiera un profundo interés personal por esos temas –aunque siempre sostuvo unas ideas políticas muy definidas–, pero era un joven de mirada atenta y fino oído que sabía demasiado bien cuánta pomposa estupidez se vertía a diario, cuántos puestos y plataformas eran ocupados por importantes y adinerados mentecatos. Tampoco puede negarse que gran parte de su sátira es hoy tan válida como lo era entonces.

Aquellos años en Londres le sirvieron también para adquirir un profundo conocimiento de la vida de la ciudad a todos los niveles, excepto los más elevados. De ello han dado cumplido testimonio sus amistades. El joven Dickens, con su firme tesón y curiosidad sin límites, iba a todos lados y se fijaba en todo, haciendo uso de sus grandes dotes de observación y asombrosa memoria. Aunque como novelista le asociamos con Londres, lo cierto es que no

sentía demasiado afecto por la ciudad, y años más tarde declararía abiertamente que la detestaba. Pero desde un principio sintió el enorme deseo, que nunca le abandonó del todo, de explorarla, y esos recorridos por la ciudad le proporcionaron abundante material para sus novelas.

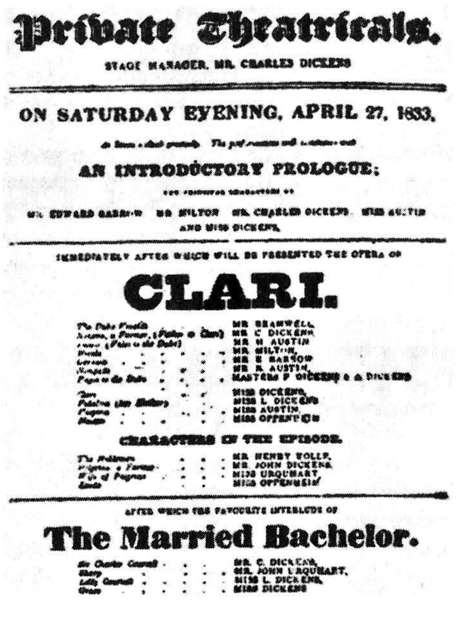
Por otra parte, durante esos años su vida privada distaba mucho de ser satisfactoria, lo que explica su creciente ambición y el gran entusiasmo con que se entregó a su trabajo. En primer lugar, su padre había vuelto a meterse en dificultades económicas, hasta el punto de que Charles tuvo que responsabilizarse de toda la familia. En segundo lugar –y más importante–, seguía perdidamente enamorado de la bonita Maria Beadnell, quien jugaba con los sentimientos de Charles, alentada seguramente por su familia, correspondiendo en ocasiones a su amor y en otras mostrándose fría y distante. Al final, harto de tantas humillaciones y comprendiendo que la caprichosa joven no era la mujer indicada para él, Charles puso fin inopinadamente a su largo y angustioso galanteo. Hubo en aquello mucho más que un simple enamoramiento juvenil. Dickens la amaba de veras, y los frecuentes cambios de ánimo de la muchacha, sus rabietas y engaños, le causaron verdadero sufrimiento. Prueba de lo hondo que era su sentimiento por ella es que muchos años más tarde, siendo él ya un hombre de mediana edad, una inesperada carta de Maria le produjo una incontrolable turbación. (Su posterior encuentro con ella resultó decepcionante, como sabemos por la parodia que Dickens hizo de esa escena en *La pequeña Dorrit*, parodia muy cómica, pero salvaje y despiadada, que hizo bien en escribirla, por su propio bien, pero que luego debería haberla roto, por el bien de ella y acaso por el nuestro propio.) Esa primera y desgraciada experiencia amorosa tuvo considerables efectos tanto en su vida como en su obra.

Todo esto explica por qué Charles se obligó a sí mismo a convencerse de que estaba enamorado de Catherine Hogarth, hija de un periodista colega, y por qué llevó a cabo un matrimonio que resultó ser un desastre muchos años antes de romperse. Esa imagen cautivadora de Maria, asociada en su mente a tanta humillación y sufrimiento, contribuye igualmente a explicar el inaceptable tratamiento que Dickens da al tema del amor en todas sus novelas, a excepción de las últimas, su empeño en soslayar la auténtica pasión sexual, sus trucos encaminados a embellecerlo o a mostrarlo de forma grotesca. Ese género de disparatado humor que hallamos en un Dickens o un Gogol, a menudo no es sino un desesperado intento de huida. En cierta medida, el romántico sexual que anidaba secretamente en Dickens era quien se quejaba de que «le faltaba

algo.» Otra consecuencia de su pasión por la veleidosa Maria, que consumió casi cuatro años de su vida, fue que su fracaso le hizo endurecerse, al menos exteriormente. Una vez decidido a no perseguirla más, se entregó con ahínco a su trabajo y a elevar su propio *status* social. La familia Beadnell no le había dado más que pruebas de desprecio, y él se propuso mostrar a los Beadnell y a otras personas como ellos de qué era capaz Charles Dickens.

# 3. Pickwick entra en escena

¿Pero de qué era capaz Charles Dickens, aparte de ejercer el periodismo con admirable rigor y puntualidad? La respuesta llegó a finales de 1833, cuando tras adquirir por media corona un ejemplar del *Monthly Magazine*, lo sostuvo con manos temblorosas y lo miró con los ojos brillantes por la excitación y más tarde llenos de lágrimas. Allí, inmortalizado en las páginas de la publicación, había un ensayo suyo titulado *Una cena en Poplar Walk*. Charles Dickens había iniciado su carrera literaria. Escribió otros ensayos para el *Monthly Magazine*, pues si bien la remuneración no era elevada, constituía un magnífico escaparate. Asimismo, escribió otros relatos similares para el *Evening Chronicle* y *Bell's Life in London*, utilizando varios seudónimos, si bien el que empleó más veces fue el de



Private Theatricals.

STAGE MANAGER, MR. CHARLES DICKENS

ON SATURDAY EVENING, APRIL 27, 1833,

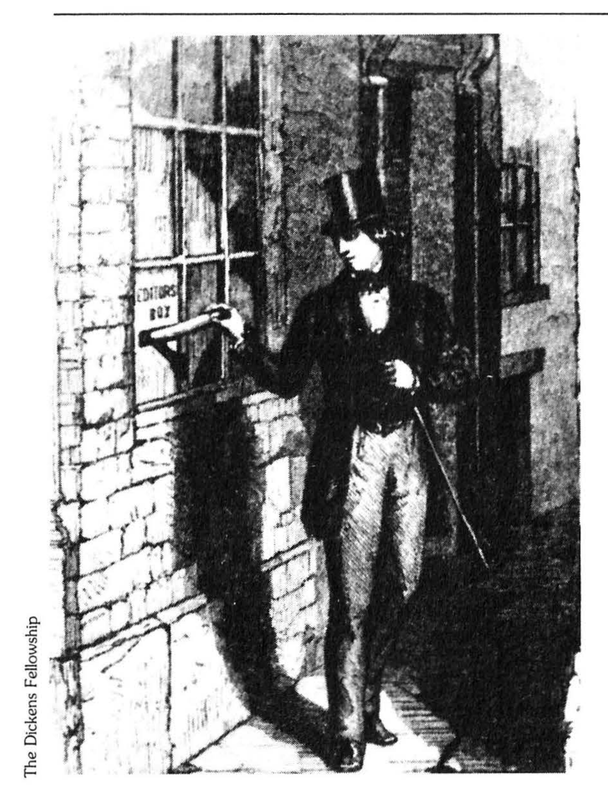
AN INTRODUCTORY PROLOGUE;

CLARI.

The Married Bachelor.

*Las funciones teatrales de aficionados desempeñaron un importante papel en la vida de Dickens. En 1833 ya montaba algunas obras dramáticas, en las que también participaba como actor, con ayuda de familiares y amigos, y para las que incluso mandaba imprimir carteles como el que aquí se reproduce.*

The Dickens Fellowship




The Dickens Fellowship

*«Atemorizado y temblando», una tarde de noviembre de 1833, Dickens depositó su primera composición literaria «en el sombrío buzón de una sombría oficina en una sombría plazoleta de Fleet Street». La oficina era la del* Monthly Magazine, *que publicó en su siguiente número el ensayo de Dickens.*

*El novelista William Harrison Ainsworth (1805-1882) fue quien presentó a Dickens a su primer editor, John Macrone.* ▶

«Boz», un apodo infantil impuesto por la familia a uno de sus hermanos. Muy pronto empezó a hablarse insistentemente de «Boz». Harrison Ainsworth, un distinguido joven que empezaba a hacerse muy popular con sus novelas histórico-policíacas, invitó a «Boz» Dickens a sus recepciones de los domingos por la tarde en Kensal Lodge, en Willesden. Allí conoció Dickens al editor Macrone, quien le propuso reunir sus cuentos cortos para publicarlos en dos volúmenes ilustrados por Cruikshank, quien a la sazón gozaba de gran prestigio. Macrone se comprometió a pagarle 150 libras por los derechos de autor de la primera edición, una cifra ciertamente considerable para un escritor novel.

Los *Apuntes de Boz* aparecieron en febrero de 1836 y fueron acogidos con entusiasmo. En agosto apareció una segunda edición, y dos más al año siguiente. Los relatos descriptivos, a diferencia de los cuentos, nos muestran al Dickens periodista y sagaz observador, no al Dickens novelista y creador, cuyas ciudades y calles, tabernas


BBC Hulton Picture Library

y casas parecen poseer una extraordinaria y fantástica dimensión. Al margen de cierto desenfado juvenil un tanto forzado, constituyen excelentes relatos del Londres de Guillermo IV y todavía hoy los saboreamos con deleite.

Por fin se le presentó al genial novelista su gran oportunidad. Una nueva firma de editores, Chapman y Hall, tenía contratado a un popular dibujante llamado Seymour, especializado en escenas deportivas. Los editores buscaban textos humorísticos que describieran incidentes deportivos –tema de sobra conocido– para servir de apoyo a las ilustraciones. Por fin, tras intentar infructuosamente que varios conocidos humoristas se interesaran por el proyecto, se lo propusieron a Dickens. ¿Estaría él dispuesto a escribir doce mil palabras al mes en veinte entregas mensuales? Dickens accedió, pero imponiendo sus propias condiciones: los dibujos deberían ilustrar el texto, y no al revés. Dicho de otro modo, la historia sería la suya y no la de Seymour. Los editores, impresionados sin duda por




*Portada de los* Apuntes de Boz, *que aparecieron por primera vez en volúmenes encuadernados en febrero de 1836.*



*La casa de empeño, una escena londinense de los* Apuntes de Boz *dibujada por G. Cruikshank.*

la confianza en sí mismo que mostraba aquel joven escritor de veinticuatro años, acabaron aceptando. Seymour, como es natural, protestó airadamente, pero ya se había malgastado demasiado tiempo en la búsqueda de un escritor y el dibujante no tuvo más remedio que ceder. Por lo que respecta a Dickens, según diría más tarde: «Yo pensé en mister Pickwick.»

Se anunció que el primer número de *Los papeles de Pickwick* (*The Pickwick Papers*) aparecería a finales de marzo de 1836. Dickens, que todavía ejercía como periodista, se había comprometido a entregar doce mil palabras al mes. Llegados a este punto, es


The Dickens Fellowship

*Retrato de Dickens realizado por George Cruikshank.*

preciso decir algo respecto a esas publicaciones por entregas mensuales, método adoptado frecuentemente por Dickens a lo largo de toda su carrera. Es evidente que el sistema presentaba ciertos riesgos, puesto que propiciaba una precaria improvisación, una narrativa un tanto dispersa y un marco excesivamente amplio, así como algunos trucos reiterativos que permitían al lector identificar rápida y fácilmente a los personajes. Podría alegarse, como a menudo se ha hecho, que el novelista, en su condición de creador de literatura, no tenía nada que ganar y sí mucho que perder con dicho método. Pero eso no es exacto. Es posible que tal práctica no favoreciera un esmerado y minucioso planteamiento y que diera lugar a inesperados cambios en la historia o en sus personajes a fin de corregir



*Primera ilustración aparecida en* Los papeles de Pickwick, *realizada por Robert Seymour.*

cualquier defecto. (Por ejemplo, Martin Chuzzlewit fue enviado a América al objeto de dotar a la historia, que comenzaba a decaer, de renovado interés.) No obstante, tratándose de un escritor de la talla de Dickens, tan fecundo, ingenioso y creativo, sin duda la ganancia fue mayor que la pérdida. Esas publicaciones por entregas, que eran seguidas con impaciencia por los lectores, le servían de estímulo e inspiración, obligándole a trabajar a un ritmo y con una urgencia tales, que daban libre curso a los elementos inconscientes sobre los que se basa el genio artístico. Un *Pickwick* fríamente planteado y redactado minuciosamente jamás se hubiera convertido en el espléndido cuento de hadas cómico que llegó a ser. La misma necesidad de ir trabajando en él mes a mes fue lo



*Hablôt K. Browne (1815-1882), dibujante que popularizó el seudónimo de «Phiz» y se convirtió, tras sustituir a Seymour, en el más conocido colaborador de Dickens.*

*Pg. 40b*
*Pickwick sobre la pista de hielo, ilustración de «Phiz».* ▶

que dotó al relato de la magia que tiene, sencillamente porque el joven Dickens no disponía de tiempo para pararse a pensar si estaría haciendo el ridículo, sino que debía volcar en él todo su genio creativo.

Curiosamente, sin embargo, las primeras entregas de *Pickwick* apenas causaron impacto, y tan sólo se vendieron unos pocos cientos de ejemplares. Por otra parte, Seymour, el dibujante, un hombre enfermo y derrotado, acabó suicidándose, y no fue fácil hallar un sucesor. Hablôt Knight Browne, quien finalmente ocuparía su lugar y que firmaba sus ilustraciones con el seudónimo de «Phiz», era aún más joven que Dickens. Ambos trabajaron juntos, por lo general en un ambiente de gran cordialidad, a lo largo de muchos años; y ciertamente es difícil separar las primeras novelas de Dickens de las ilustraciones de «Phiz». Dichas ilustraciones no dejan de tener sus méritos, aunque la afición de Browne a dibujar personajes inmensamente gordos o grotescamente delgados venía a apoyar la



tesis, sostenida en ciertos medios, de que el mismo Dickens era un caricaturista.

Al término de la cuarta entrega de *Pickwick* hizo su aparición Sam Weller, y a partir de ese momento el interés de los lectores y las ventas aumentaron vertiginosamente. Mucho antes de que se publicara el número veinte y último, el país entero estaba entusiasmado con Pickwick. Se aplicó el nombre a toda suerte de objetos, desde abrigos y sombreros a bastones y cigarros puros. Todo el mundo era capaz de reconocer a primera vista las figuras de Pickwick y Sam Weller. La gente no se cansaba de repetir sus comentarios, cosa que viene haciendo desde entonces. La célebre escena del juicio Bardell contra Pickwick, en la que Dickens se vengaba de tantas horas de hastío y aburrimiento como había tenido que soportar en los tribunales de justicia, deleitó a todos menos a los abogados. El desbordante humor no decaía en ningún momento, si bien se advertía un nuevo grado de profundidad, unido a algunas


SLUMKEY FOR
SLUMKEY AND PRINCIPLE!
VOTE FOR FIZKIN

pinceladas de patetismo, en las últimas entregas, de modo especial en aquellas que describían la prisión destinada a los deudores. El cuento, enormemente divertido, no pudo aparecer en momento más oportuno. Scott había muerto, y estaba claro que algunos jóvenes e ingeniosos autores como Bulwer-Lytton, Harrison Ainsworth o Disraeli no podían ocupar el lugar vacante. Era necesario alguien como Dickens, un novelista capaz de atraer a toda clase de lectores.

La inmensa popularidad que Dickens alcanzó a los veintitantos años le acompañó el resto de su vida, aunque como es natural algunas de sus novelas despertaban mayor interés que otras. Ese género de popularidad no está al alcance de los novelistas actuales, quienes tienen que competir con el cine, la radio y la televisión para conquistar el favor y los aplausos del público. Los victorianos carecían de esos medios de distracción y hallaron en Dickens la forma ideal de divertirse toda la familia. Hasta el fin de sus días, cuando hacía mucho que había dejado atrás al gallardo joven de los años 1830, Dickens aceptaba de buen grado el que sus obras sirvieran de diversión familiar –aunque desde luego sabía que eran mucho más que eso– y se esmeraba en ofrecer a la familia lo que ésta deseaba: pasajes llenos de exuberante humor para el padre, sentimiento y emoción para la madre y las hijas, y sátira para los varones más jóvenes. No le movía un afán de lucro, sino que lo hacía así por considerar que era una responsabilidad personal. Era el favorito del público, el «inimitable Boz», y no regateó esfuerzos a la hora de justificar esa reputación.

Muy pronto su fama se extendió al extranjero, notablemente a América y Rusia, donde fue traducido al poco tiempo y ejerció gran influencia sobre la narrativa rusa. En cierto modo, su talento artístico fue más apreciado en el extranjero que en Inglaterra, donde las víctimas de su sátira pretendían restarle méritos tachándole de mero caricaturista, y las gentes sesudas, que desaprobaban su estilo directo y su popularidad, se negaban a tomarlo en serio como novelista. (Puede compararse, por ejemplo, el encendido elogio que hizo de él Santayana, en *Soliloquios en Inglaterra*, con las tibias alabanzas de Leslie Stephen en el artículo que le dedicó en el *Diccionario de biografías nacionales*.)

El clamoroso éxito de *Pickwick* provocó la dimisión de Dickens como reportero del *Morning Chronicle*. Al dar por concluida su etapa de periodista, se entregó de inmediato a otras actividades,

◀ *Las elecciones de Eatanswill, un episodio de* Pickwick.




**Extraordinary Gazette.**

**SPEECH OF HIS MIGHTINESS**

**ON OPENING THE SECOND NUMBER**

**OF**

**BENTLEY'S MISCELLANY,**

**EDITED BY "BOZ."**



*Octavilla publicitaria de* Bentley's Miscellany, *la revista en la que inicialmente apareció por entregas* Oliver Twist. *Fue fundada en 1836 por el editor londinense Richard Bentley, quien ofreció a Dickens el cargo de director de la revista. Dickens ocupó este puesto hasta que se enemistó con Bentley en 1819.*

algunas de las cuales, las menos afortunadas, estaban relacionadas con el teatro, por el que sentía gran pasión pero para el que no poseía talento alguno como escritor, si bien muchas de sus primeras novelas son decididamente teatrales en cuanto a tono y estilo, y sus dotes como actor están fuera de toda duda, como dijimos antes.

No disponemos aquí de espacio suficiente para ofrecer una lista detallada de las múltiples actividades que ejerció Dickens en aquella época e inmediatamente después; baste decir que su endiablada energía, posiblemente derivada de peligrosas y hondas tensiones internas, le llevó a aceptar trabajo suficiente para tres hombres. Aceptó el ofrecimiento del editor Bentley para dirigir una revista mensual de reciente creación llamada *Bentley's Miscellany*, en la que se publicó por entregas *Oliver Twist*, su nueva novela. Asimismo acordó con Chapman y Hall la publicación, después de *Pickwick*, de otra extensa novela, *Nicholas Nickleby*, que apareció también por entregas.

# 4. El escritor en familia y en sociedad

Dickens era a la sazón un hombre casado, pues él y Catherine (Kate) Hogarth habían contraído matrimonio en una sencilla ceremonia celebrada en Chelsea a primeros de abril de 1836. Gozaron de una luna de miel de una semana de duración, puesto que Dickens no disponía de más tiempo, en un pueblecito de Chatham, y más tarde, dado que no disponían de casa propia, se alojaron en las habitaciones que él tenía alquiladas en Furnival's Inn. La hermana menor de Kate, Mary, se fue a vivir con ellos, y con ellos siguió cuando se mudaron a una casa en Doughty Street. Las hermanas se querían entrañablemente, y Mary, que adoraba a Dickens, al parecer era más sensible a los cambios de humor de su cuñado, a



The Dickens Fellowship





The Dickens Fellowship. Cortesía del Victoria and Albert Museum, Londres.

*Dibujo de Dickens, su esposa y Mary Hogarth, realizado por Maclise.*

◀ *La esposa de Dickens (izquierda) y Mary Hogarth, cuñada del escritor.*

sus altibajos, que Kate, menos lista y de temperamento más apático. A Kate, que sin duda habría sido una excelente esposa para otro tipo de hombre, le resultaba imposible ser feliz junto a un genio de carácter tan turbulento y voluble. Era como sentirse atada a la cola de un cometa. Por otra parte, sus frecuentes embarazos durante aquellos años le impedían enfrentarse a la situación en que se hallaba. En cuanto a Dickens, aunque creía sinceramente estar enamorado de ella al casarse y seguir amándola durante muchos años después, lo más probable es que estuviera engañándose. Ne-



*Grabado de Cruikshank para la portada de* Oliver Twist.

cesitaba una mujer que le consolara de sus desgraciados amores con Maria Beadnell, cuya imagen proyectó sobre la infortunada Kate Hogarth. Es más que probable que el matrimonio marchara mal desde el primer momento, lo que explicaría la inquietud de Dickens, su endemoniada energía, su afán de cargarse de trabajo, así como su reciente interés en ampliar su círculo de amistades, su afición a montar a caballo, a las caminatas y a las juergas. Ciertamente no se comportaba como un joven marido satisfecho.

Poco después del traslado a Dougthy Street, un día en que regresaba del teatro muy animada, en compañía de Kate y Charles, Mary Hogarth se sintió súbitamente indispuesta (seguramente fue un ataque al corazón), y falleció a la tarde siguiente en los brazos de Dickens. Por primera vez desde que emprendiera la carrera de



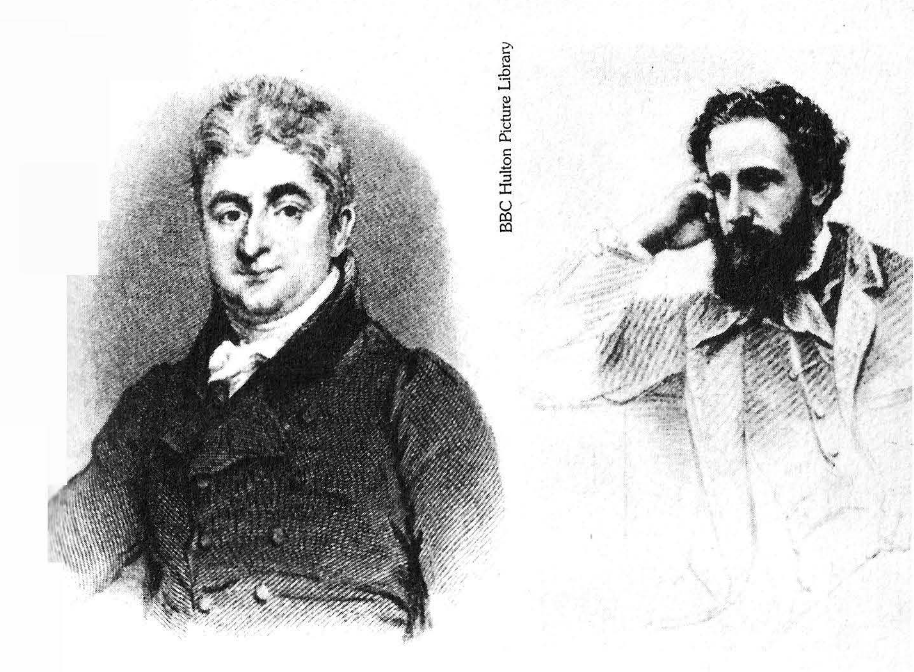
*«Oliver pide más». Grabado de Cruikshank para* Oliver Twist.

novelista, a Dickens le era imposible seguir escribiendo, y tuvo que posponer tanto *Pickwick* como *Oliver Twist*, que a la sazón se publicaban por entregas mensuales. La muerte repentina de aquella joven de diecisiete años –«la paz y el alma de nuestro hogar», según escribió Dickens, «admirada por todos por su belleza y bondad»– fue para él un duro golpe del que acaso nunca logró recuperarse. Lució el anillo de la muchacha durante el resto de sus días, y jamás se borró de su mente aquella imagen idealizada de juventud y promesa, de belleza y encanto personal, que el destino le había arrebatado cruelmente de su lado. Las escenas de muerte en las que se regodeaba Dickens eran sin duda el medio de dar rienda suelta a unos sentimientos que intentó ocultar a todos, salvo a sus amigos más íntimos. La figura de alegre juventud, muerta trágica-


The Dickens Fellowship

mente a una edad prematura, le persiguió a lo largo de muchos años, atormentando su imaginación. Todo parece indicar que fue la muerte de Mary Hogarth, quien despertaba en él unas emociones que no habría podido suscitar una mujer madura, lo que le hizo tan vulnerable en su madurez, como veremos más adelante, a los encantos de otra joven llamada Ellen Ternan.

Charles se sentía herido en lo más hondo, dolor que no cesó ni




*Sidney Smith (1771-1845), canónigo de la catedral de San Pablo, y Robert Lytton, hijo de Edward Bulwer-Lytton.*

◀ *Angela Bourdett-Coutts, aristócrata, filántropa y amiga de Dickens.*

siquiera cuando abandonó su trabajo para ausentarse durante un tiempo. Sin embargo, pronto se dedicó afanosamente a ampliar su círculo de amigos y conocidos. La señorita Burdett-Coutte, una filantrópica y rica heredera, se convirtió en una de sus amigas más entrañables. Era visitante asiduo, junto con otros jóvenes escritores, del salón semiliterario de lady Blessington y el conde D'Orsay. Por mediación de Bulwer-Lytton, fue invitado a cenar en Holland House, donde trabó conocimiento con el formidable Macaulay y el simpático Sydney Smith, e incluso conquistó las simpatías de la mismísima lady Holland, temida anfitriona de los *whigs*. Intercambió visitas de cortesía con el viejo Samuel Rogers, quien se mostraba siempre muy amable con Kate, aunque nunca la invitó a participar en uno de sus desayunos. Y justamente cuando más necesidad tenía de ello, hizo una nueva amistad. Dickens, cuyo éxito crecía rápidamente, se hallaba por entonces metido en un lío de acuerdos económicos, discusiones y disputas con sus editores, y necesitaba con urgencia de alguien que le aconsejara, que le prestara los servi-




*John Forster (1812-1876), amigo íntimo de Dickens.*

*Retrato de Dickens, por D. Maclise. National Portrait Gallery, Londres.* ▶

cios que todo buen agente literario ofrecería en la actualidad a un autor de reconocido éxito. Ese nuevo amigo, John Forster, le ofreció sus consejos y su valiosa ayuda.

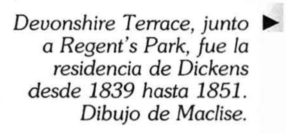
Forster era algo más joven que Dickens, aunque aparentaba ser mucho mayor. Había ejercido como abogado antes de dedicarse al periodismo, era crítico teatral del *Examiner*, que más tarde dirigió, y escribió algunas biografías históricas y literarias, entre las que se cuenta –su última obra– la vida del propio Dickens. Era un hombre respetable, meticuloso y sincero, un amigo leal, que sin embargo presentaba ciertos amaneramientos. Sentía una profunda admiración por Macready, el actor trágico, y sin darse cuenta imitaba sus gestos teatrales y su tono de voz profundo y solemne. Poseía escaso tacto, tendencia a gritar y era extremadamente obstinado y dogmático, lo que le creó no pocos enemigos, y acaso también alguno a Dickens cuando actuó en nombre de éste. Pero no hay duda de que Dickens dependía en gran medida del criterio y la





*Thomas Carlyle (1795-1881), famoso filósofo, político e historiador, cuya obra acerca de la Revolución francesa inspiraría a Dickens la novela* Historia de dos ciudades. *Retrato reproducido de un antiguo daguerrotipo.*

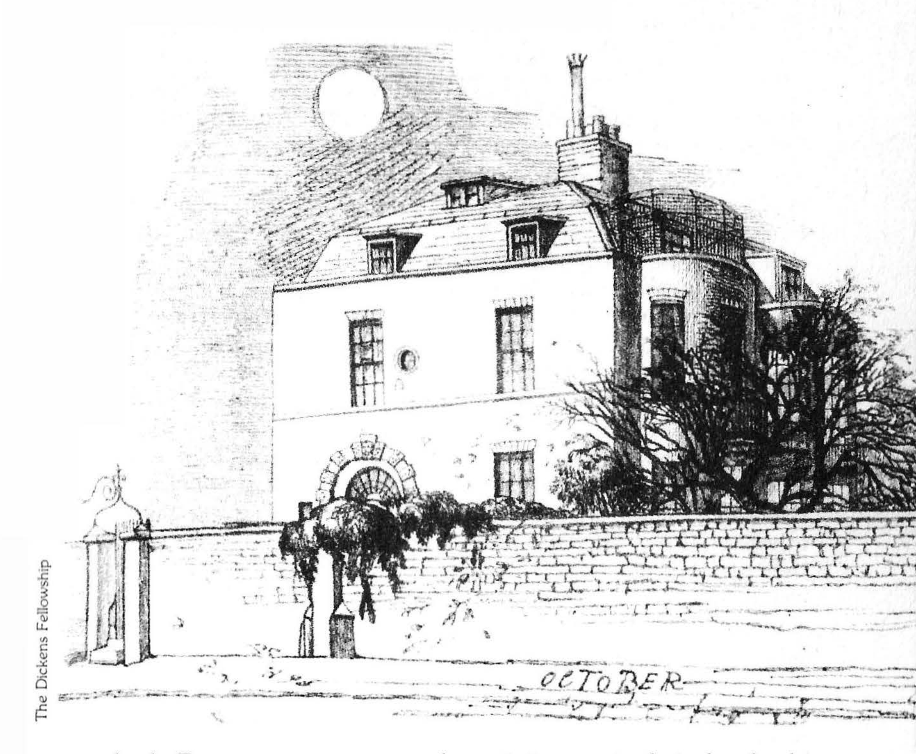
The Dickens Fellowship



*Devonshire Terrace, junto a Regent's Park, fue la residencia de Dickens desde 1839 hasta 1851. Dibujo de Maclise.*



*La esposa de Carlyle, Jane (1801-1886), compartía la admiración de su marido por Dickens, a quien visitaban con frecuencia. Fue muy conocida por ser una de las mejores y más divertidas escritoras de cartas de su época.*




The Dickens Fellowship

ayuda de Forster, quien se ocupaba prácticamente de todo, desde gestionar acuerdos con los editores hasta corregir pruebas. Es muy probable que ejerciera cierta influencia sobre las obras de Dickens, en especial sobre las primeras. (Forster aseguraba no comprender lo que se proponía Dickens en sus últimas novelas.) Su biografía de Dickens es sólida y rigurosa, y no se le puede censurar –puesto que estaba obligado a mantener en secreto ciertas cosas y la redactó poco después de morir Dickens– el que se dejara algunos datos en el tintero.

Disponemos de numerosos testimonios acerca de la apariencia y comportamiento de Dickens durante aquellos años de éxito. Al poco de convertirse en novelista se dejó crecer el pelo, que le caía en unos rizos, casi como a una muchacha, en torno a sus suaves mejillas. Mas a pesar de su melena y sus elegantes chaquetas y chalecos de terciopelo, no había nada afeminado en sus maneras o aspecto. «¡Qué semblante el suyo para encontrártelo en una sala de estar!», escribió el viejo Leigh Hunt. «Posee la vida y el alma de cincuenta seres humanos.» Jane Carlyle dijo a propósito de su rostro: «Parece como hecho de acero.» Una joven que le trató mucho en Broadstairs, lugar que él gustaba de visitar durante aquellos

años, nos ha legado un testimonio del poder y magnetismo de sus brillantes ojos cuando lanzaba rápidas miradas que muchos contemporáneos no podían dejar de notar. Tras su primer encuentro en 1840, Carlyle, un hombre difícil de complacer y reacio a mostrarse condescendiente aunque se sintiera complacido, observó: «Un excelente muchacho, ese Boz; tiene unos ojos azules e inteligentes que él arquea de forma asombrosa, una boca amplia y protuberante, un tanto holgada, un rostro de una gran *movilidad*, que él maneja –cejas, ojos, boca y todo lo demás– de manera singular mientras habla...; un joven reposado, listo, que parece adivinar con total precisión cómo es él y cómo son los demás.»

En aquella época Dickens ya sabía mostrarse autoritario y despótico cuando lo juzgaba necesario –tenía una pasión casi militar por el orden y la pulcritud–, pero en compañía de sus amigos se mostraba afable, era un excelente convidado en *picnics* y fiestas infantiles, dispuesto en todo momento a entonar divertidas canciones, hacer juegos de manos o actuar como payaso (era un consumado mimo); y si hemos de señalar algún defecto suyo, digamos que cuando se sentía alegre y animado resultaba demasiado estrepitoso y causaba molestias a los asistentes. A diferencia de otros artistas dueños de una exuberante jovialidad –Dickens tenía la habilidad de crear un ambiente distendido en cualquier reunión–, no era un gran bebedor, al menos en comparación con las intemperantes costumbres victorianas. Aunque hubiera querido, no habría podido llevar una vida de disipación. Tenía que cumplir con demasiados compromisos –escribir novelas, artículos, dirigir publicaciones–, y a fines de 1841, después de tramitar su viaje a América, tuvo que someterse a una dolorosa operación, consecuencia, según decía, de permanecer tantas horas sentado delante de su mesa de trabajo.

Mientras tanto se había mudado de Doughty Street a una casa mucho mayor, amueblada con más lujo, en el número 1 de Devonshire Terrace, cerca de Regents Park, donde recibía al estilo suntuoso de la época. Aunque sólo habían transcurrido unos pocos años, se hallaba muy lejos del juvenil reportero del *Morning Chronicle*. Fue elegido para ocupar un puesto en el Ateneo, y cuando visitó Edimburgo, no sólo le ofrecieron un gran banquete, sino que fue nombrado ciudadano de honor del lugar. Todavía no había cumplido los treinta años.

# 5. Las primeras novelas

Las novelas que Dickens publicó antes de su visita a América pueden ser examinadas conjuntamente. Junto con *Pickwick*, sus primeras obras noveladas forman un grupo, y aunque son todas muy distintas, puesto que Dickens aspiraba a la variación y jamás trataba de repetir éxitos pasados, no dejan de tener mucho en común. Estas obras son: *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby*, *La tienda de antigüedades* y *Barnaby Rudge*. Después de *Pickwick*, *Oliver Twist* vino a ser el reverso de la medalla, ya que se trata de una obra sombría, siniestra y violenta. En ella satirizaba tanto la aplicación de las leyes para indigentes como los métodos casi inhumanos del decreto de 1834, siendo éste el primero de los muchos y célebres ataques de Dickens contra los abusos públicos.

Es necesario hacer dos precisiones a propósito de esos ataques. A menudo se ha censurado a Dickens por tratar el tema de esos abusos de forma excesivamente vaga y difusa, pero tales críticas ignoran el hecho de que en el mundo de su novelística no podía permitirse el lujo de ser preciso y testimonial; además, a partir de entonces, Dickens escribió numerosos y extensos artículos denunciando tales abusos y manifestando con toda claridad su opinión personal al respecto. La segunda precisión se refiere a que con demasiada frecuencia se le ha atribuido el descubrimiento de esos abusos, cuando en la mayoría de los casos el escritor no hacía sino reflejar en sus novelas lo que muchos de sus lectores ya conocían, dando forma, detalle y dramatismo a unos escándalos que eran ya de dominio público.

Por ejemplo, las escuelas de Yorkshire, que aparecen representadas en *Nicholas Nickleby* como Dotheboys Hall y contra las que él arremete, hacía muchos años que tenían mala fama. El mismo Dickens había tenido oportunidad de oír hablar de ellas durante su niñez en Chatham. Las escuelas reales no eran mejores que Dotheboys Hall. Los colegiales, en su mayoría niños abandonados, estaban mal alimentados, eran maltratados y obligados a vivir en condiciones vergonzosas. Antes de ponerse a escribir *Ni-*



*Ilustración de «Phiz» para* Nicholas Nickleby.

*Dibujo de «Phiz» para anunciar* Master Humphrey's Clock, *una miscelánea de Dickens publicada por entregas.* ▶

*cholas Nickleby*, Dickens, acompañado por «Phiz», fue a Yorkshire del norte, en un viaje muy incómodo puesto que era pleno invierno, para informarse detalladamente de esos colegios, y aunque no tuvo mucha fortuna, parte del material que empleó en los capítulos de Dotheboys Hall está basado en los datos que pudo recoger directamente.

Esta novela, que apareció inicialmente por entregas mensuales, tuvo el mismo éxito que *Pickwick*. En ella quedan reflejados los mejores y los peores aspectos de las primeras novelas de Dickens. El humor de Squeers, los Crummles y los Mantalinis es espléndido, sin duda a la altura de *Pickwick*. Los pasajes sentimentales y melo-



dramáticos, que resultan exagerados e irreales, más bien parecen pertenecer al teatro de los Crummles. Pero su excelente humor y vivacidad, así como su galería de personajes excéntricos, logran salvar este prolijo y disparatado relato, que siempre ha gozado de la predilección del público.

La siguiente novela, *La tienda de antigüedades* (*The Old Curiosity Shop*), surgió de un intento por parte de Dickens de rescatarse a sí mismo y a sus editores, Chapman y Hall, de una situación crítica. Dickens había convencido a los editores de que le permitieran publicar una miscelánea semanal, *Master Humphrey's Clock*, pero las ventas del segundo y tercer número fueron tan desastrosas



BBC Hulton Picture Library

*El poeta y ensayista Walter Savage Landor (1775-1864) era uno de los más grandes admiradores de Dickens.*

*La pequeña Nell y el anciano en una escena de* La tienda de antigüedades. ▶

que se vio obligado a salvar el proyecto. Los lectores querían al Dickens cuentista de *Pickwick* y *Nicholas Nickleby*, y él, a fin de complacerles, tuvo que rellenar la obra con las aventuras de la pequeña Nell y su abuelo. Gran parte de esta obra la escribió en Broadstairs, donde se levantaba temprano y trabajaba en ella toda la mañana. Las cifras de ventas semanales ascendieron, y mientras se publicaba la obra por entregas y cuando los últimos capítulos no estaban escritos todavía, ya se preparaba una versión dramática que sería representada en el teatro Adelphi. *La tienda de antigüedades* obtuvo un inmediato y clamoroso éxito.

En ella Dickens ofrecía a sus lectores una admirable relación de personajes: Dick Swiveller y la marquesa, el diabólico Quilp, Sampson Brass y su hermana, la familia Nubbles, Codlin y Short; pero fue la pequeña Nell quien cautivó al público. Su muerte vino a ser el más trágico acontecimiento del año en todo el mundo de habla inglesa. Hombres tales como Macready, actor y empresario, el político holandés O'Connell y lord Jeffrey, abogado y crítico,



lloraban a lágrima viva. Mientras Londres se enjugaba los ojos, la muchedumbre que aguardaba en el muelle de Nueva York la llegada del barco de Inglaterra se apresuraba a preguntar a los marineros: «¿Ha muerto la pequeña Nell?», y entonces fue América la que derramó abundantes lágrimas. Lo que los críticos modernos y la mayoría de lectores rechazarían ahora, en aquel tiempo conmovía profundamente a hombres como Landor y Carlyle. Lo que entonces era aceptado como una de las mayores glorias de Dickens –su dominio del *pathos*– en la actualidad es tachado de sentimentalismo barato y de mal gusto.

Lo cierto es que los primeros victorianos, gentes rudas que habitaban un mundo brutal donde criaturas como la pequeña Nell trabajaban de sol a sol en lúgubres minas y fábricas de algodón, *deseaban* sentirse conmovidos, complacerse junto con el autor en el patetismo y las lágrimas. Creían que eso les beneficiaba. A nosotros, por el contrario, nos desagrada sobremanera sentirnos conmovidos de esa forma, y rechazamos a un autor que pretende

descaradamente tocar nuestra fibra sensible. A nuestro juicio, el *pathos*, suponiendo que sea necesario, debería ser conciso, penetrante y amargo, y las escenas de muerte lo más breves posible y no descritas con todo lujo de detalles en una lastimera prosa que más parece verso libre mal escrito.

Fue ese cambio en los gustos del público lo que relegó *La tienda de antigüedades*, acaso el más grande triunfo inmediato de Dickens, a la categoría de unas de sus obras menores y menos apreciadas. El propio Dickens, mientras trabajaba en ella, se sentía tan conmovido como lo estarían después sus lectores, si bien a un nivel más hondo y menos consciente. Lo que en realidad pretendía era salvar *Clock*, su único fracaso hasta la fecha, administrando a su público una dosis masiva de lo que éste pedía. A fuerza de ser justos, debemos hacer notar que el tema de la infancia abandonada, desamparada y amenazada, era un asunto que él conocía a la perfección.

Respecto a la última de estas cuatro novelas, *Barnaby Rudge*, Dickens llevaba varios años intentando escribirla sin conseguirlo, aunque al final tuvo que hacerlo para cumplir un contrato que tenía suscrito con Bentley. Su pereza para sentarse a escribir esta obra es significativa. Es posible que no lograra desprenderse de la idea, pero lo cierto es que no le inspiraba lo más mínimo. La historia se situaba en el pasado, y Dickens no era, ni podría serlo nunca, un novelista histórico.

Inevitablemente, *Barnaby Rudge* resultó decepcionante. Incluso su humor, muy diferente al de *La tienda de antigüedades*, parece forzado y más bien mecánico, como el estilo de un escritor que se imita a sí mismo. No obstante, los pasajes basados en los disturbios de Gordon, aunque aparecen demasiado tardíamente y tras numerosas páginas tediosas como para salvar la historia, poseen una fuerza y una urgencia que indican que algo muy hondo, en la contradictoria naturaleza de Dickens, hallaba una válvula de escape en las escenas de sombría violencia.

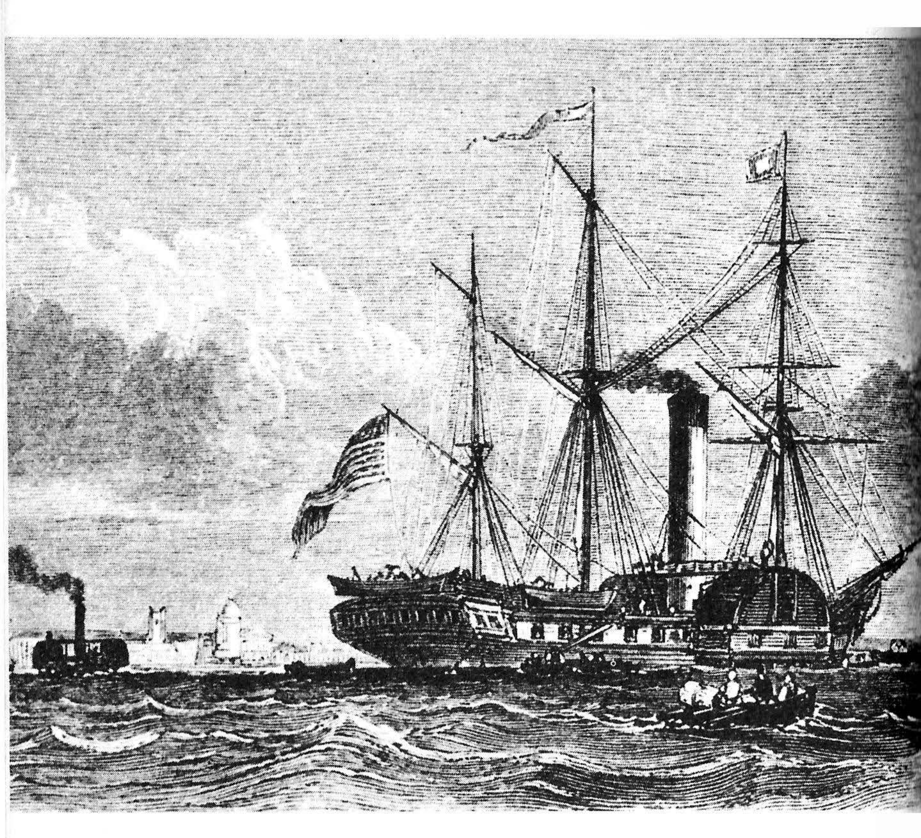
# 6. La experiencia americana

Una vez que hubo concluido las cuatro novelas citadas, Dickens decidió visitar América, y dedicó la mayor parte del otoño de 1841 a trazar planes al respecto. Había no pocas y buenas razones para ir a América. Contaba allí con un numeroso público que lo admiraba. Deseaba conocer a algunos escritores americanos, en especial a Washington Irving, con quien había intercambiado cartas llenas de recíproca admiración. Se sentía dispuesto a aplaudir y gozar de una sociedad auténticamente democrática. En última instancia, pretendía plantear personalmente a los americanos el tema de la propiedad literaria.



BBC Hulton Picture Library

*El gran escritor norteamericano Washington Irving (1783-1859) fue quien sugirió a Dickens que visitara Estados Unidos. Ambos escritores sentían una profunda admiración por la obra del otro.*



Como quiera que Estados Unidos no había firmado el acuerdo internacional, un autor inglés tan popular como Dickens, por más que tuviera un editor americano oficial, no disponía de medios para proteger su obra de las publicaciones piratas. De varias ediciones americanas de sus novelas se vendían cientos de miles de ejemplares, pero a él no le reportaban ni un centavo. (A pesar de las protestas de Dickens y de muchos otros autores ingleses, a las que se unieron las de varios conocidos escritores americanos y de las publicaciones más serias del país, nada se hizo por solucionar el tema de los derechos de autor en tiempos de Dickens. América no se unió al acuerdo internacional hasta casi finalizado el siglo.) Dickens se propuso hacer saber a los americanos lo que opinaba al respecto e informarles de las cuantiosas pérdidas que le ocasionaban las ediciones piratas de sus novelas.

Partió a primeros de 1842. Kate no deseaba ir, pues ello suponía tener que separarse de sus hijos, y Dickens no debería haber

*Dickens a bordo del* Britannia *en su primer viaje a América. Dibujo realizado en la cubierta por un pasajero.*

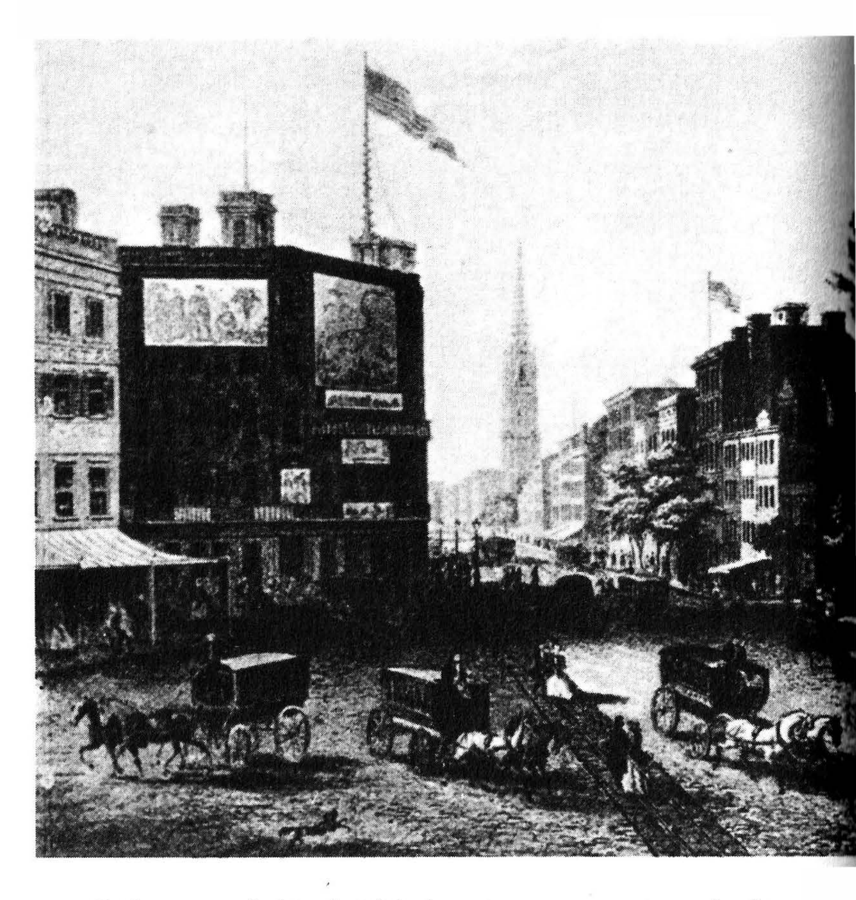


◀ *El* Britannia, *en el que Dickens viajó a América, fue uno de los primeros barcos de vapor para pasajeros.*

The Dickens Fellowship

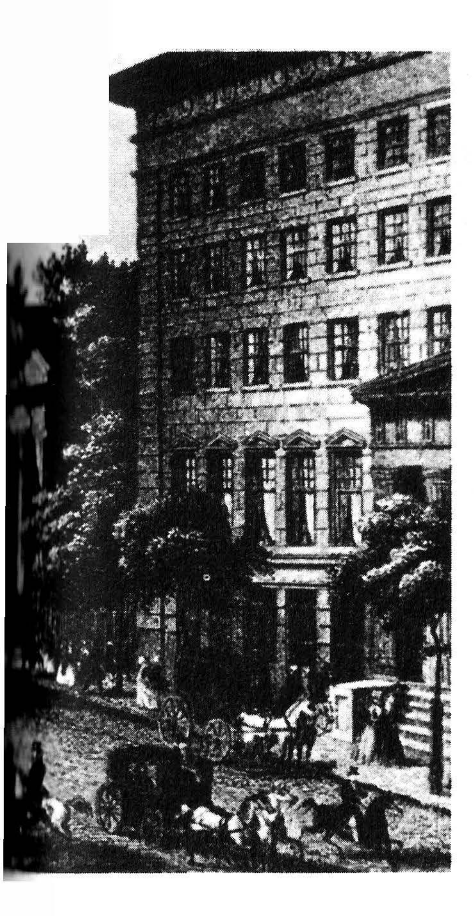
insistido en que le acompañara. La casa de Devonshire Terrace fue alquilada con muebles por un periodo de seis meses. Dickens llegó a un acuerdo con Chapman y Hall, en virtud del cual le pagarían 150 libras al mes como adelanto de futuros derechos de autor. El matrimonio Macready y Frederick, hermano de Dickens, se hicieron cargo de los niños.

Tras numerosos preparativos, adquisición de ropa nueva, cartas de bienvenida a América y de despedida de amigos ingleses, invitaciones para almorzar y cenar, y sintiéndose Dickens tremendamente animado y Kate totalmente desanimada, zarparon el 4 de enero a bordo del *Britannia*, un vapor de ruedas de sólo 1.154 toneladas. En el Atlántico se toparon con un fuerte temporal y Dickens pasó cinco días indispuesto, mientras Kate y su doncella, mareadas y aterradas (no les faltaban motivos), permanecían encerradas en sus camarotes. A los diez días el tiempo había empeorado hasta tal extremo y el barco se balanceaba tan violentamente,



que Dickens, que había decidido levantarse, encontró en el salón solamente a cuatro de los ochenta y seis pasajeros que viajaban a bordo. Arribaron a Halifax al cabo de dieciséis días, permanecieron allí unas pocas horas y luego zarparon, también con un tiempo infame, hacia Boston.

Los lugares que visitó Dickens, lo que sintió y pensó de todo cuanto veía podemos hallarlo en sus *Notas americanas*. Después de Boston visitó Nueva York, Filadelfia, Baltimore (donde Poe acudió a verle), Washington, Pittsburgh, Cincinnati y San Luis, para luego dirigirse hasta la frontera misma del salvaje Oeste. Aunque no pasó más allá de Virginia, vio suficientes esclavos como para reafirmarse en su odio a la esclavitud. América le dispensó la más calurosa bienvenida de cuantas había tributado a un visitante. En todas partes era agasajado y recibido por multitudes. Pero después de



*Vista de Broadway, Nueva York, en la época en que Dickens visitó por primera vez Estados Unidos.*

visitar Boston y Nueva Inglaterra, que merecieron su admiración y le agradaron mucho, el viaje fue perdiendo aliciente para él. Múltiples razones justifican este hecho. En primer lugar, la creciente incomodidad de los desplazamientos a medida que se dirigían al Oeste, así como las rudas maneras de la gente. (La costumbre de mascar tabaco constantemente y escupirlo le resultaba intolerable.) En segundo lugar –circunstancia que debió merecer una mayor indulgencia por su parte– estaba la tensión que suponía sentirse en todo momento como en un escaparate, pues si bien los americanos estaban dispuestos a admirarle y aclamarle, le privaban de disfrutar de intimidad y calma. Existía, por otra parte, la fría desolación de los nuevos poblados, la agresiva ostentación y el manifiesto disgusto con que se acogía todo género de crítica. Por último –y más importante–, le disgustaba la actitud de la prensa popular hacia él,



BBC Hulton Picture Library

*Subasta de esclavos en Carolina del Sur.*

*Tremont House, el hotel de Boston donde se hospedó Dickens.*

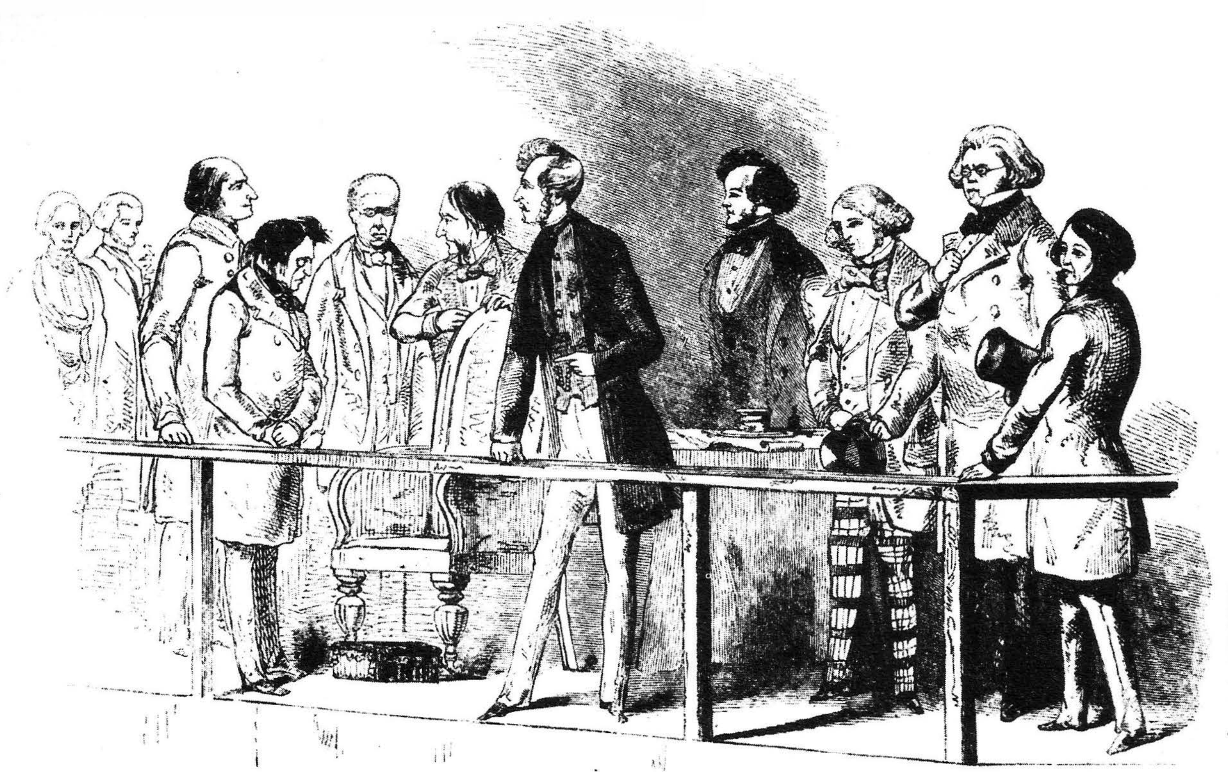
The Dickens Fellowship

ya que fue objeto de despiadados ataques a causa de sus protestas públicas por la situación de los autores en América, que no contaban con la protección de la propiedad literaria. A pesar de esos ataques, Dickens, convencido de que tenía razón, se negó a retirar una sola palabra de lo dicho. Algunos amigos ingleses opinaron que había escogido un momento completamente inoportuno para airear sus quejas, habida cuenta de la calurosa acogida que se le había dispensado; pero es preciso hacer constar que los más destacados escritores y periódicos americanos se solidarizaron con él. Las vociferantes muestras de disconformidad partían de los editores y libreros menos escrupulosos, así como del gran público que, ignorante de la cuestión, basaba sus opiniones en lo que aparecía en la prensa sensacionalista. Aunque la América actual es muy distinta de la América de los años 1840, no es difícil descubrir en ella los aspectos que entonces agradaron y desagradaron a Charles Dickens.

*Vista de Broadstairs. Durante muchos años esta pequeña población costera fue el lugar preferido de Dickens para pasar sus vacaciones estivales.*



The Dickens Fellowship



The Dickens Fellowship

*Reunión de autores para discutir el tema de la propiedad literaria. Dibujo de la época.*

Dejando atrás muchos nuevos y buenos amigos, que seguirían siendo amigos suyos hasta el fin de sus días, Dickens partió de regreso a casa en junio, y se mostró muy alegre y animado durante toda la travesía. Valiéndose de las largas cartas que había enviado desde América a John Forster y a otros amigos, comenzó a escribir sus *Notas americanas* tan pronto como estuvo nuevamente instalado en su estudio de Devonshire Terrace, continuó redactándolas durante otra estancia en Broadstairs, y para el otoño había concluido el libro. Su publicación no despertó el menor interés en Inglaterra, pero en América, donde rápidamente se vendieron numerosos ejemplares de ediciones piratas, causó gran revuelo. De nuevo hubo división de opiniones entre la gente responsable y la prensa amarilla, que redobló sus ataques contra el escritor. Pero en aquellos momentos, en 1843, Dickens tenía otros problemas. La buena estrella de los últimos seis años parecía haberle abandonado.

# 7. Estancia en Italia

Tras regresar de Estados Unidos, Dickens sostuvo una amarga disputa con Chapman y Hall por cuestiones de dinero. Bradbury y Evans, los impresores, se mostraban interesados en publicar obras suyas, pero no se había llegado a ningún acuerdo. Dickens tuvo que acudir en ayuda de su padre y de dos hermanos suyos. Seguía manteniendo el mismo lujoso tren de vida en Devonshire Terrace, pero ahora sus ganancias disminuían. Y lo que era peor, su nueva novela, *Martin Chuzzlewit*, que aparecía por entregas, tenía poca venta. La situación mejoró algo cuando Martin, como ya hemos señalado, fue enviado a América, lo que permitió a Dickens, en unos capítulos de salvaje pero divertidísima parodia, contraatacar a los periodistas que se habían metido con él. La gloriosa Sairey Gamp fue un éxito inmediato. Así y todo, la novela no logró conquistar el favor del público.

De hecho, se trata de una obra de transición entre su primera novela de improvisada diversión y melodrama y sus novelas posteriores, más sólidas y mejor trazadas. A diferencia de sus primeros relatos, posee un tema central: el egoísmo. Su estructura argumental es compleja y hay en ella ciertos incidentes de todo punto inverosímiles, aunque también posee escenas de gran fuerza. Su mayor fallo radica en que sus personajes positivos resultan más bien aburridos y faltos de interés, mientras que los malos son demasiado cómicos o grotescos para encajar en los papeles que les han sido asignados. Mister Pecksniff, por ejemplo, es una maravillosa creación cómica, pero resulta imposible tomárselo en serio en la historia de Chuzzlewit. Lo mismo que la señora Gamp y la señora Todgers, el tal Pecksniff pertenece a otro tipo de mundo, totalmente ajeno a un drama donde se resaltan las virtudes morales. Dickens hubiera hecho mejor en templar su natural exuberancia a la hora de crear personajes intensamente grotescos y episodios hilarantes, o bien desistir de su idea de abordar un tema central y desarrollar una complicada historia para ilustrarlo. No resulta lógico que se dedicara a criticar este mundo y al mismo tiempo creara una especie de



*William Charles Macready (1793-1873), uno de los más grandes actores ingleses del siglo XIX, íntimo amigo de Dickens y gran admirador de sus libros.*

divertido país de las hadas. Este, como viene a demostrar con palmaria claridad *Martin Chuzzlewit*, era su dilema.

Dilema que logró soslayar temporalmente cuando un buen día decidió escribir un cuento fantástico sobre la Navidad. Jamás había trabajado con tal furiosa energía y entusiasmo, en medio de tantas risas y lágrimas, como al componer *Canción de Navidad (A Christmas Carol)*. El público no tardó en compartir con él su entusiasmo, sus risas y sus lágrimas. *Canción de Navidad*, el primero de sus cuentos de Navidad, siguió siendo, muchos años después de la muerte de su autor, una de las obras predilectas del público para ser leída a los postres en época navideña. Sabemos, por relatos de fiestas dadas por él o a las que asistía convidado, que Dickens ponía el mismo alegre entusiasmo al celebrar las fiestas navideñas en la realidad que en la ficción. Sobre una de ellas, una fiesta infantil celebrada en casa de los Macready por esa época, dice Jane Carlyle: «Dickens y Forster acabaron sudando copiosamente y parecían *ebrios* después de tantos esfuerzos. Imaginaos al admirable Dickens haciendo de *prestidigitador* durante una hora entera, el *mejor* pres-




*William M. Thackeray (1811-1863) conoció a Dickens en 1836, cuando éste le propuso ilustrar* Pickwick. *Como autor de* La feria de las vanidades *y* Henry Esmond, *era considerado por muchos un escritor sólo superado por Dickens.*

*Escena de una versión teatral de* Canción de Navidad, *montada en Londres pocos meses después de la primera aparición del cuento. Dickens se vio muy perjudicado en su carrera a causa de las ediciones piratas y escenificaciones no autorizadas de sus obras.*

tidigitador que he visto nunca... *Después de cenar*, cuando todos estábamos más locos que nunca haciendo explotar los obsequios-sorpresa, bebiendo champaña y soltando discursos, alguien propuso una especie de contradanza universal...» Thackeray, que se hallaba presente, reía a mandíbula batiente, y probablemente aquella noche los dos grandes novelistas estuvieron más cerca que nunca de consolidar su amistad.

Sin embargo, el año nuevo, 1844, trajo problemas. *Canción de Navidad* había sido publicada para Dickens, cobrando Chapman y Hall una comisión sobre las ventas. Dickens insistió en que el libro, lujosamente encuadernado e ilustrado, se vendiera tan sólo a cinco chelines, por lo que su éxito no le reportó ni remotamente los beneficios esperados. Su situación económica se hizo francamente precaria. Por otra parte, aunque logró ganar un enojoso proceso contra unos editores poco escrupulosos que sacaban evidentes plagios de sus obras, éstos se declararon en quiebra y él no percibió ni un céntimo en concepto de daños y perjuicios, sino que más bien perdió varios cientos de libras.

Mander and Mitchenson Theatre Col.



Dickens estaba ansioso por irse a vivir al extranjero, y aducía para ello que sería mucho más fácil sacar adelante a su familia en Francia o en Italia, especialmente en este último país. Aunque ello era en parte verdad, no explica del todo sus verdaderos motivos para querer marcharse. Se sentía inquieto e incómodo viviendo en Londres. Empezaron a lloverle consejos acerca de dónde debería ir. Los amigos que vivían en el extranjero le sugerían este o aquel lugar, un *palazzo* en Italia, una villa en otro sitio... Al fin decidió alquilar una villa en Albaro, a las afueras de Génova, por tres meses. Para el viaje, adquirió por 45 libras un enorme coche en el que viajó toda su familia a través de Francia, y luego por vía marítima de Marsella a Génova. El grupo se componía de Charles y Kate Dickens, Georgina, hermana menor de Kate, cuatro niños cuyas edades oscilaban entre los dos años y medio y los siete y medio, tres sirvientes y un secretario francés.

Georgina Hogarth era ahora un miembro más en el hogar de los Dickens. Se había hecho cargo de los niños –que la adoraban– mientras sus padres estaban en América, y acaso fueran los niños

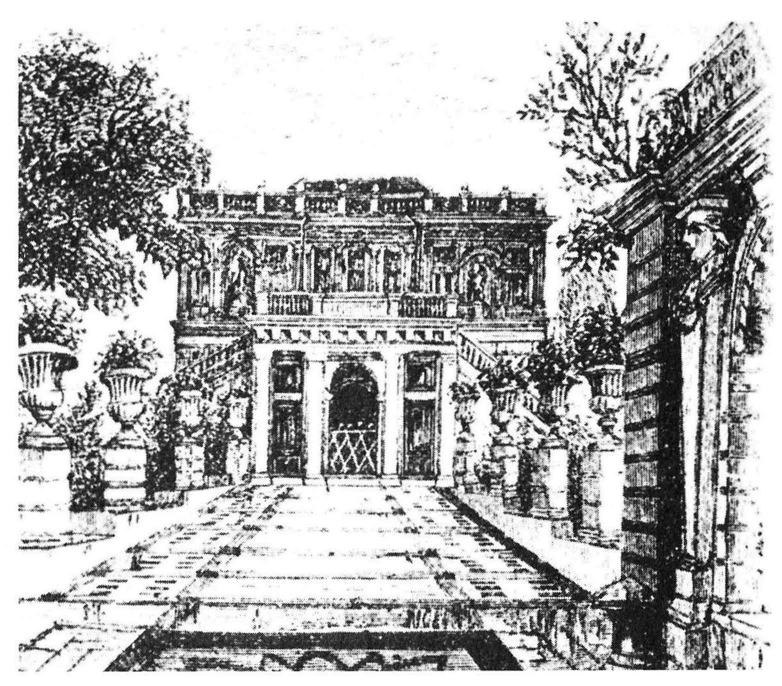


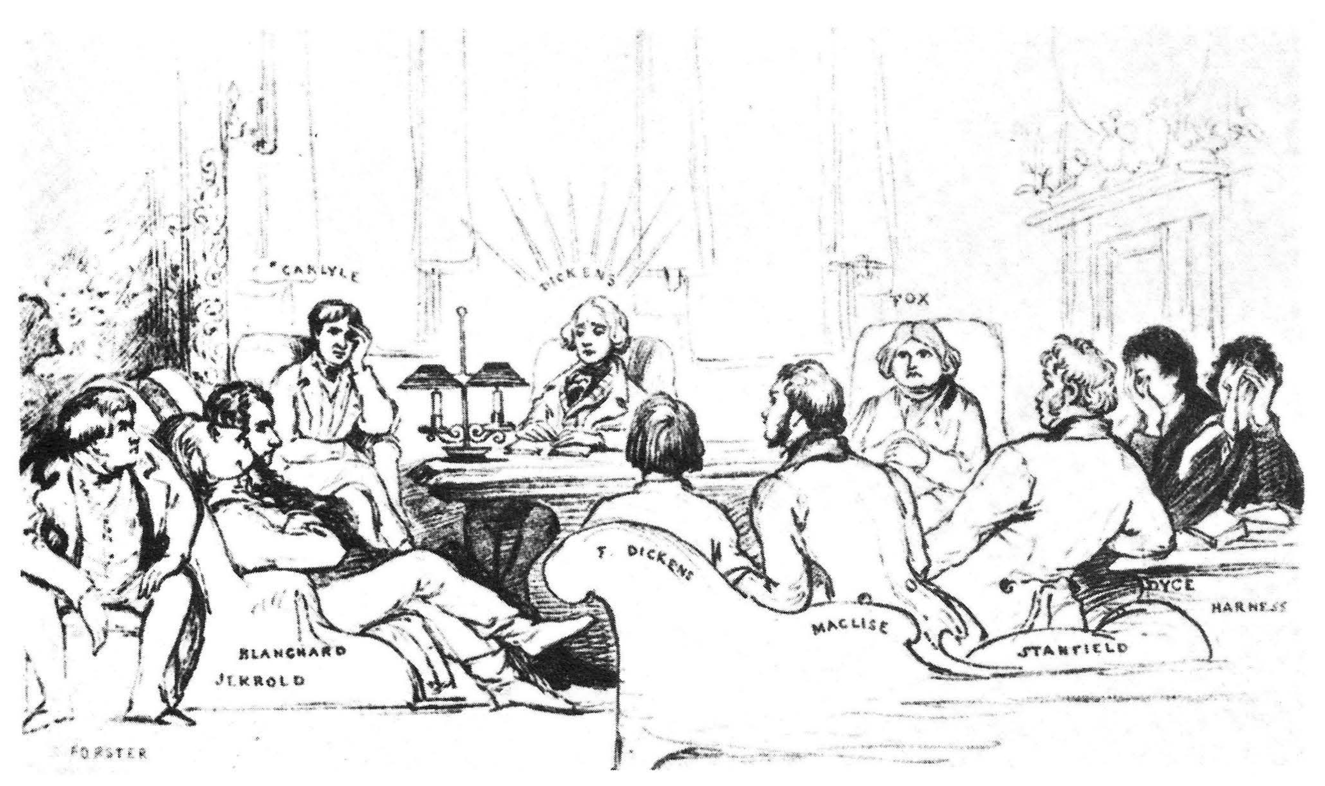
*La Strada Balbo, en el casco antiguo de la ciudad de Génova. El constante repique de sus campanas inspiró a Dickens uno de sus cuentos de Navidad. Litografía de Deroy.*

*La terraza del Palazzo Peschiere, en Génova. En él residió Dickens durante varios meses. Tomado de* Charles Dickens by Pen and Pencil, *de F. G. Kitton, 1890.* ▶

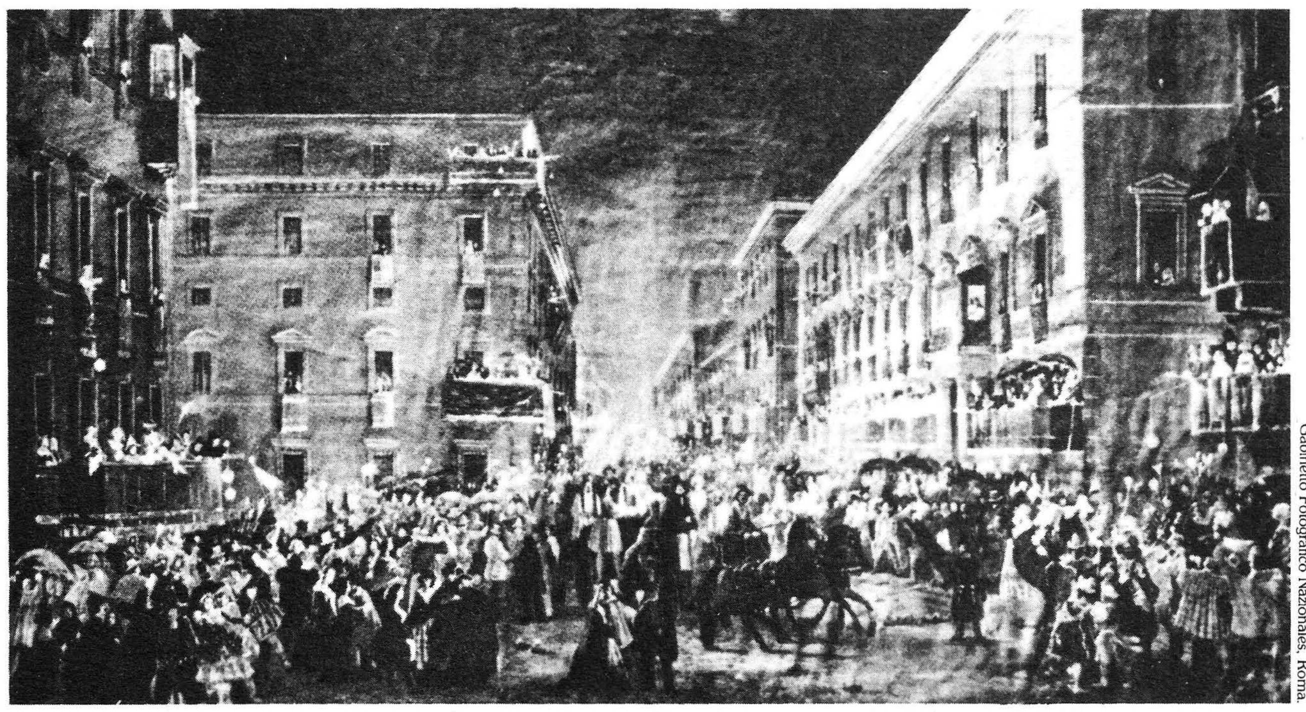
quienes insistieron en que la «tía Georgy» se quedara a vivir con ellos. Tenía aproximadamente la misma edad que Mary Hogarth al morir y se parecía mucho a ella. Esto probablemente ayudó a Dickens a liberarse de las ataduras sentimentales que le habían mantenido unido a su difunta cuñada. Kate, que en ocasiones se mostraba muy celosa, no puso ningún reparo a que Georgina fuera a vivir con ellos, aunque más tarde se quejó de que le había quitado las riendas de la casa.

Después de la separación matrimonial de los Dickens, como veremos más adelante, Georgina se quedó a vivir con Charles para seguir ocupándose de la familia y del gobierno de la casa. Esto causó no poco escándalo, si bien no hay prueba alguna de que existiera una relación sexual entre Dickens y su cuñada. De hecho, tanto antes como después de la muerte de Dickens, Georgina tuvo mucha amistad con Ellen Ternan, la amante de Dickens. Habiéndose criado con el matrimonio Dickens y sus hijos, tratándose de una muchacha lista y eficiente, todo lo contrario de su hermana Kate, que era torpe e incompetente, y siendo la persona de quien dependían todos los niños, parecía lo más natural que Georgina se quedara a vivir con ellos. Dado que era una joven extremadamente






*Dickens leyendo* Las campanas *a sus amigos, en diciembre de 1844. Dibujo de Maclise.*

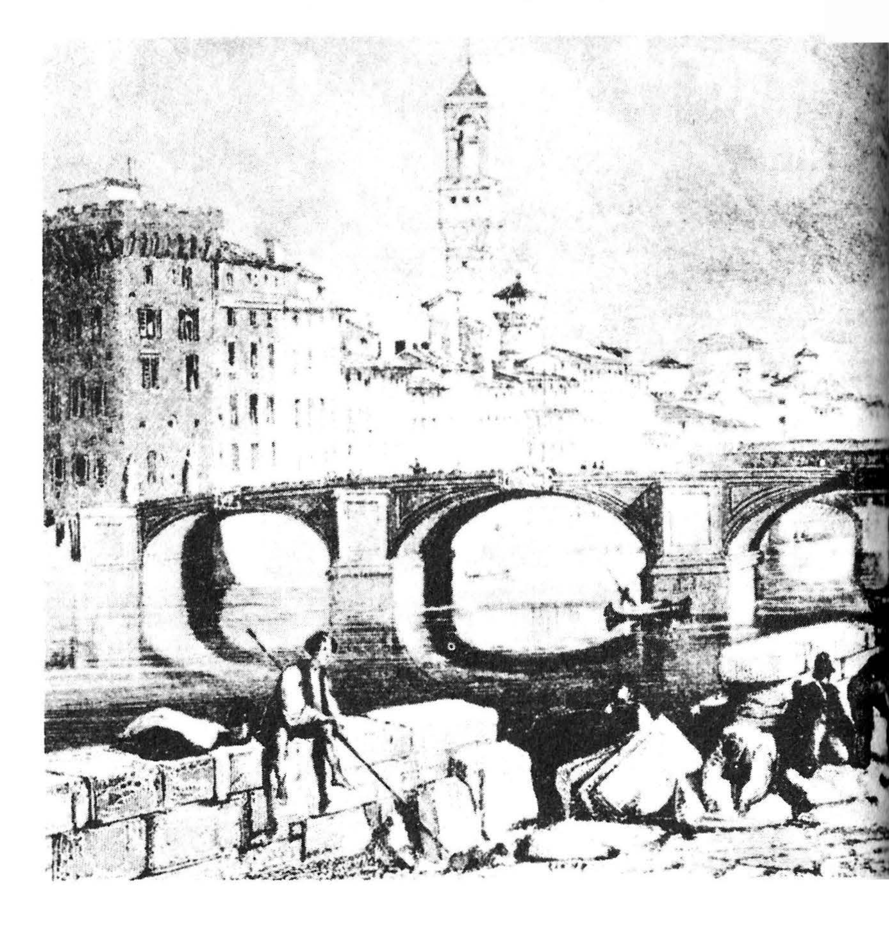


Gabinetto Fotografico Nazionales, Roma.

*Escena de carnaval en Roma, en torno a 1840.*

capaz y responsable, el inquieto Dickens podía ausentarse de su hogar con toda tranquilidad.

La villa de Albaro no era lo que esperaban, y a los tres meses se mudaron al magnífico Palazzo Peschiere, emplazado en la misma Génova. Dickens estaba entusiasmado con el resplandeciente sol, el colorido, la animación del lugar y la cálida personalidad de los italianos, pero le resultaba difícil trabajar en Génova debido al incesante repiqueteo de campanas. Echaba de menos sus largas caminatas nocturnas por Londres, que le proporcionaban ideas útiles para sus obras. Pasó algunos meses sin escribir nada, hasta que un día precisamente las campanas de Génova le sugirieron un posible cuento de Navidad, para 1844, que se titularía *Las campanas* (*The Chimes*). Ideó una historia en la que se ponía de relieve el



contraste entre la figura de un humilde portero y las frías teorías de los economistas, y en otoño emprendió la tarea lleno de entusiasmo.

Entre tanto se había producido una curiosa situación. Un vecino suyo, un banquero suizo llamado De la Rue, estaba casado con una inglesa que padecía trastornos nerviosos y pesadillas. Dickens descubrió que era capaz de proporcionar cierto alivio a la señora De la Rue por medio de la hipnosis, por lo cual era llamado a todas horas, a menudo en plena noche, para disipar las pesadillas y angustias de dicha señora. El se tomaba todo aquello muy en serio, y esto inquietaba a Kate profundamente, ya que no creía en los poderes hipnóticos de su marido ni se fiaba de la señora De la Rue –aunque sí confiaba en el banquero suizo– y veía en esas visitas



*Vista de la ciudad de Florencia, que Dickens visitó durante su viaje a Italia. Tomada de* Voyage en Italie, *de Jules Janin, París, 1839.*

nocturnas el inicio de una relación sentimental. Es probable que la señora De la Rue estuviera más que medio enamorada de Dickens, pero éste se entregaba a tan singulares prácticas como hipnotizador y curandero, no como hombre y amante.

En cuanto hubo terminado de escribir *Las campanas*, Dickens decidió dar una lectura de la obra para sus amigos en Londres, a primeros de diciembre. Pero en vez de dirigirse directamente a Londres, hizo una breve visita al norte de Italia y se detuvo en Venecia, donde se sintió cautivado por la belleza del lugar y horrorizado por las viejas mazmorras y cámaras de tortura. La lectura de la obra, que tuvo lugar en casa de Forster ante un reducido grupo compuesto sólo por hombres, alcanzó tal éxito que Dickens decidió repetir la experiencia unas noches más tarde, lo que sin duda marcó el comienzo de las lecturas públicas que posteriormente acostumbraría hacer el escritor. Ya hemos señalado antes que Dickens poseía grandes dotes como actor y que le entusiasmaba la respuesta directa que obtenía del público. La atención de los oyentes, las risas y las lágrimas, el aplauso, la emoción, todo ello le ayudaba a olvidar durante un rato su inquietud y tristeza, su sensación de que «le faltaba algo».

Regresó a Génova para pasar las Navidades con su familia. Las noticias de la acogida que había tenido la edición de *Las campanas* eran muy alentadoras, pues se habían llegado a vender veinte mil ejemplares, lo que le reportaría unas 1.500 libras. Más adelante viajó con Kate a Pisa, Liorna, Siena y Roma, para bajar luego hasta Nápoles, donde Georgy, que había llegado por vía marítima, se reunió con ellos. Regresaron a Roma para pasar la semana santa, y allí se presentaron los De la Rue, pues la esposa requería urgentemente más sesiones de hipnotismo. De regreso a Génova el grupo, que ahora incluía a los De la Rue, permaneció en Florencia, donde lord y lady Holland ofrecieron una recepción en su casa para que los residentes ingleses, entre los que se contaba la señora Trollope (escritora y madre del novelista del mismo nombre), tuvieran oportunidad de encontrarse con Dickens. De vuelta a Génova, Kate ya no se hablaba con los De la Rue, y Dickens, por primera vez, aunque no sería la última, tuvo que fingir que su esposa padecía graves trastornos nerviosos.

Dickens preparaba sus *Cuadros de Italia* (*Pictures from Italy*), que serían publicados por Bradbury y Evans, con ilustraciones de Samuel Palmer. No hay en esos apuntes de viajes el menor atisbo del singular genio de Dickens. No era la persona indicada para escribir acerca de Italia. Poseía escasa sensibilidad para las artes; su sentido del pasado era endeble; carecía de los conocimientos bási-

cos para apreciar plenamente todo cuanto vio en sus viajes por Italia. Otros hombres menos dotados para la literatura han escrito libros infinitamente mejores sobre el tema. Los *Cuadros de Italia* no son más que mero periodismo victoriano. Las dotes de observación de Dickens eran extraordinarias, cierto; pero debían estar al servicio de su imaginación altamente creativa para aportar multitud de impresionantes y verosímiles detalles al mundo único de sus narraciones. La tarea de escribir un libro de viajes –y particularmente sobre un país como Italia, tan rico en arte e historia– era algo para lo que él no estaba capacitado.

# 8. Hacia la madurez como novelista

De regreso a Londres e instalado en Devonshire Terrace, en el verano de 1845, tras permanecer ausente un año, Dickens se entregó de inmediato a toda suerte de actividades, a excepción de la más importante: la de escribir novelas. Entre estas actividades estaban las funciones teatrales de aficionados, que le daban oportunidad de ejercer no sólo como actor sino también como director de escena y, de hecho, de ocuparse de todo, impartiendo órdenes a sus colegas y amigos, corriendo de aquí para allá, haciendo seis cosas a un tiempo. La obra escogida fue *Cada cual según su humor*, de Ben Jonson, en la que Dickens hacía el papel de Boabdil, y de la que se ofrecieron dos funciones benéficas, la segunda en un teatro de gran aforo y ante un público selecto. Hasta que decidió dar lecturas públicas de sus obras, convirtiéndose, por así decirlo, en una compañía teatral de un solo individuo; tales funciones le brindaban un medio de expansión. Aquello empezó como una diversión entre amigos que se reunían para cenar y discutir los preparativos, pero a medida que progresaban los ensayos y se acercaba la noche del estreno, el proyecto fue adquiriendo importancia, sobre todo para Dickens, quien en aquellos días no pensaba en otra cosa. Cuando su extraordinaria energía no estaba controlada por la necesidad de trabajar en una novela de cierta envergadura, tenía que buscar el medio de dar rienda suelta a esa energía, toda vez que le resultaba imposible vivir plácidamente dentro de sí. Al sentirse inseguro, insatisfecho, a menudo desgraciado, tenía que emplearse a fondo en el trabajo o bien dedicarse a buscar diversiones espectaculares.

Llegamos ahora a lo que probablemente sea el episodio más extraño en la vida profesional de Dickens. Pasó los últimos meses de 1845 trazando planes, de forma secreta y casi febrilmente, encaminados a fundar, una vez obtenido el capital necesario, un periódico radical-liberal que se titularía *Daily News*. Dada su temprana y personal experiencia del tema, conocía perfectamente todo lo relativo a la labor periodística, si bien tenía que familiarizarse con el



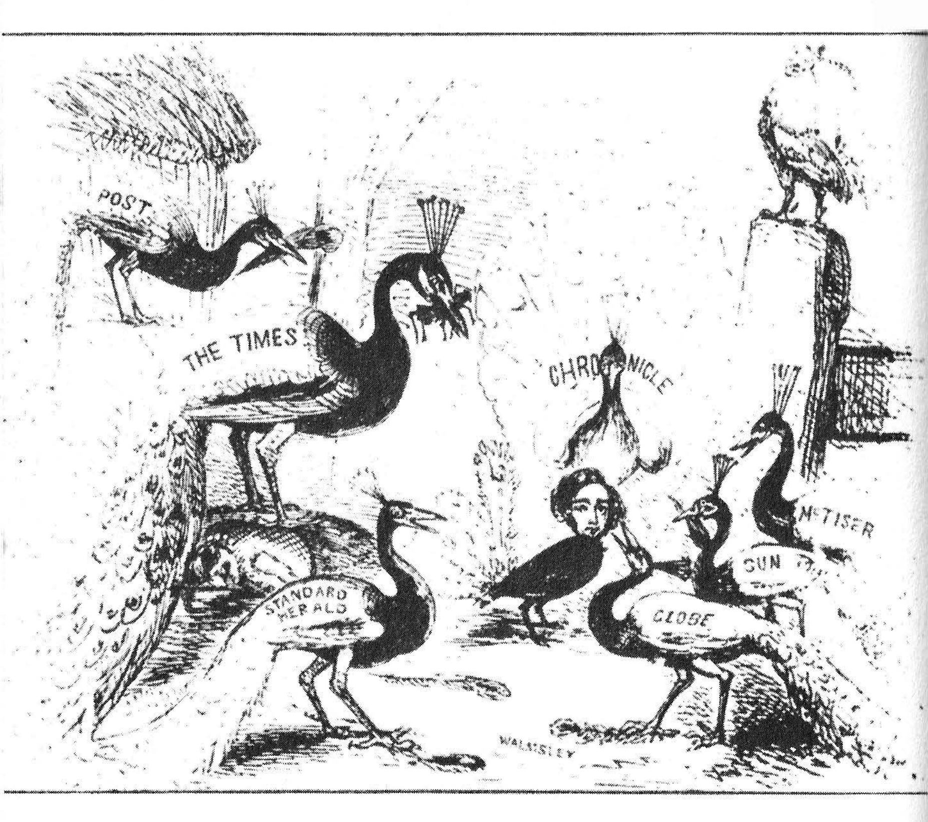

The Forster Col. Cortesía del Victorio and Albert Museum, Londres.

*Cartel de* Every Man in his Humour, *obra teatral de Ben Jonson, en el que aparecen Dickens y Forster.*

funcionamiento de las agencias de noticias extranjeras. Contrató al personal, y como sus condiciones eran generosas y muchos de los mejores periodistas de Londres eran amigos suyos, consiguió una excelente plantilla de redacción. (Aunque otros editores, al perder a algunos de sus mejores elementos, se mostraban naturalmente hostiles a la empresa.) La idea de fundar ese periódico era acertada, y el momento el más indicado. Ciertamente, el *Daily News* gozaría de

larga e ilustre vida en el periodismo inglés. Lo que nos llama la atención es que Dickens se creyera capacitado para amoldarse a la rutina diaria y a la pesada responsabilidad que conlleva la dirección de un periódico. No obstante, se nombró a sí mismo editor con un sueldo de 2.000 libras al año, y en enero de 1846 hizo su aparición el *Daily News*, dirigido por Charles Dickens.

Sin embargo, casi inmediatamente después de la aparición del periódico, habló de presentar su dimisión y de marchar al extranjero para iniciar una nueva novela. Es posible, aunque no probable, que nunca pensara seriamente en seguir en su puesto de editor, y que lo que pretendiera realmente fuera sacar a la calle un diario de opinión radical, apoyándolo con su nombre. Pero los meses de afanosos preparativos que precedieron a la publicación del *Daily News* no parecen indicar que fuera así. Por lo demás, ese proceder frío y calculado era totalmente ajeno al talante de Dickens. Más razonable parece la explicación de que, al no saber en qué ocupar

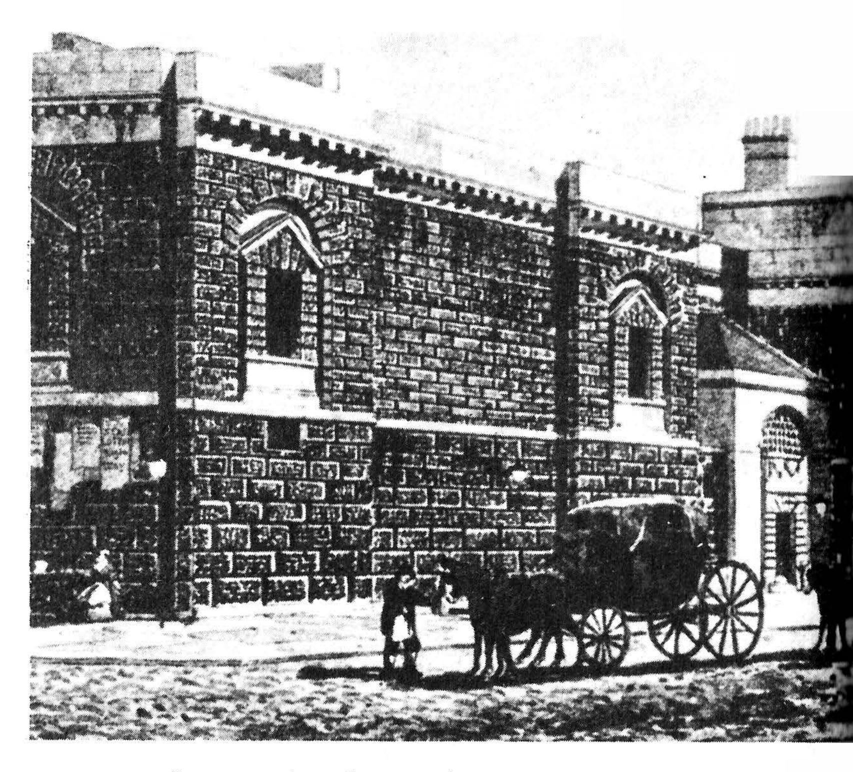





Gernsheim Col.

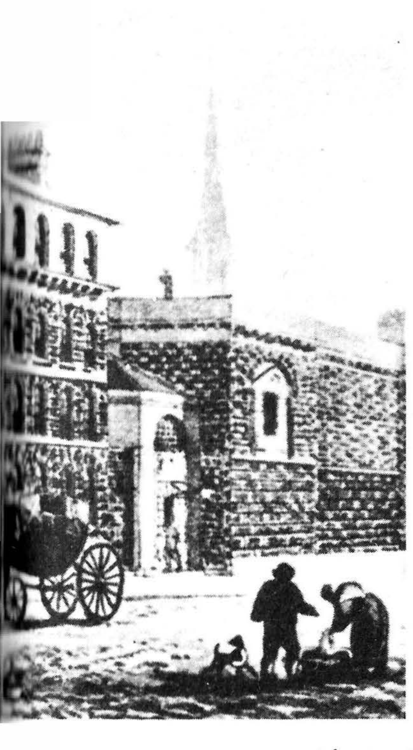
*Las antiguas oficinas del* Daily News *en Fleet Street, antes de ser demolidas.*

◀ *Caricatura sobre el debut de Dickens como propietario del Daily News aparecida en* Mephystophels, *un periódico satírico de Londres.*



su tiempo, al no estar forzado a escribir una novela, se apresuró a fundar un periódico, y luego, una vez afianzado el éxito del mismo, cuando ya había pasado la divertida fase de los preparativos y se vio obligado a pasarse todos los días sentado en la redacción, perdió todo interés por la empresa. Afortunadamente, su amigo entrañable, Forster, un avezado periodista, pudo hacerse cargo de la responsabilidad. El *Daily News* siguió adelante sin Dickens, aunque él aportó algunos artículos denunciando las ejecuciones públicas y protestando en general contra la pena de muerte. «Ruego que comprendan –concluía, en uno de ellos– que abogo por la total abolición de la pena de muerte por un principio elemental, por el bien de la sociedad...» En este caso, utilizando la cabeza además del corazón, demostró estar muy por delante de su tiempo.

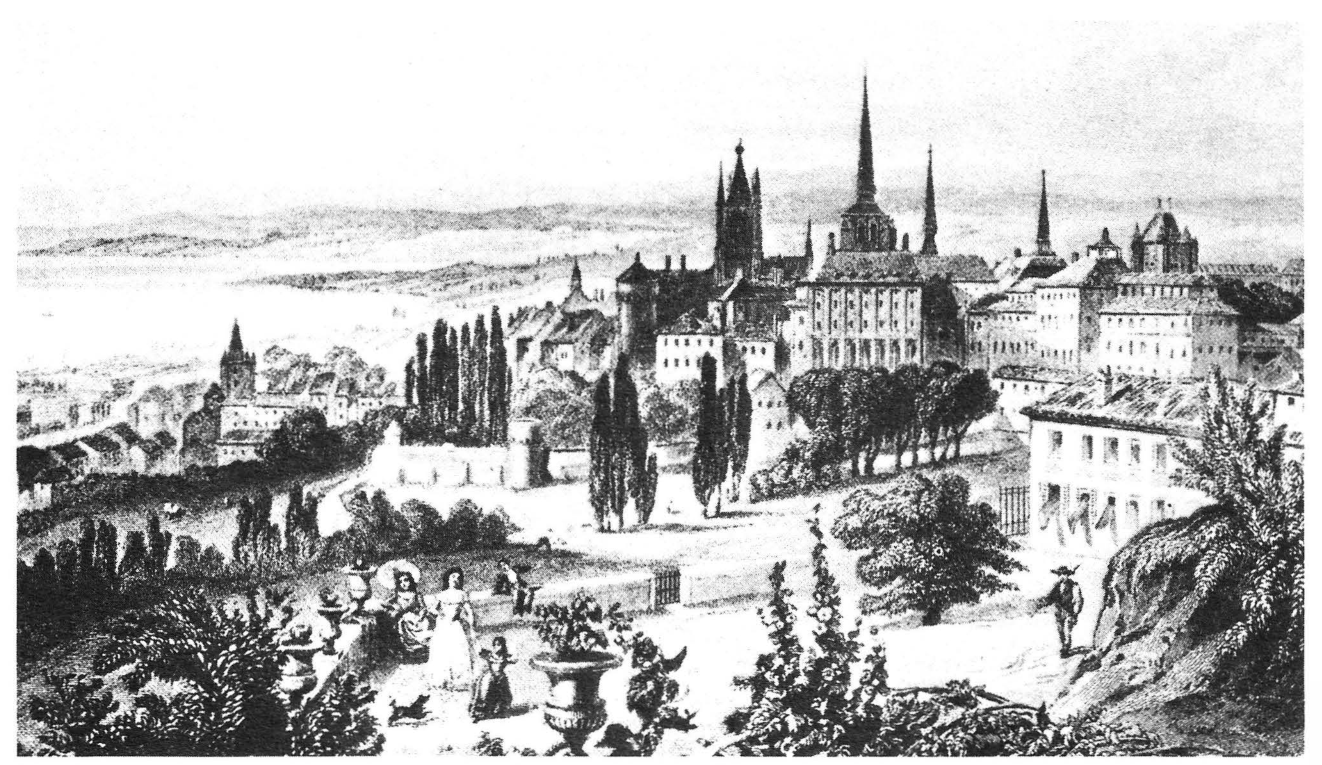
Cansado de Londres, Dickens quería llevarse a toda la familia de nuevo al extranjero. Kate no puso ninguna objeción, pero se negó rotundamente a regresar a Génova. Finalmente se decidieron por Suiza, en concreto por Lausana, donde alquilaron una hermosa casita con vistas al lago. En la época estival, Lausana contaba



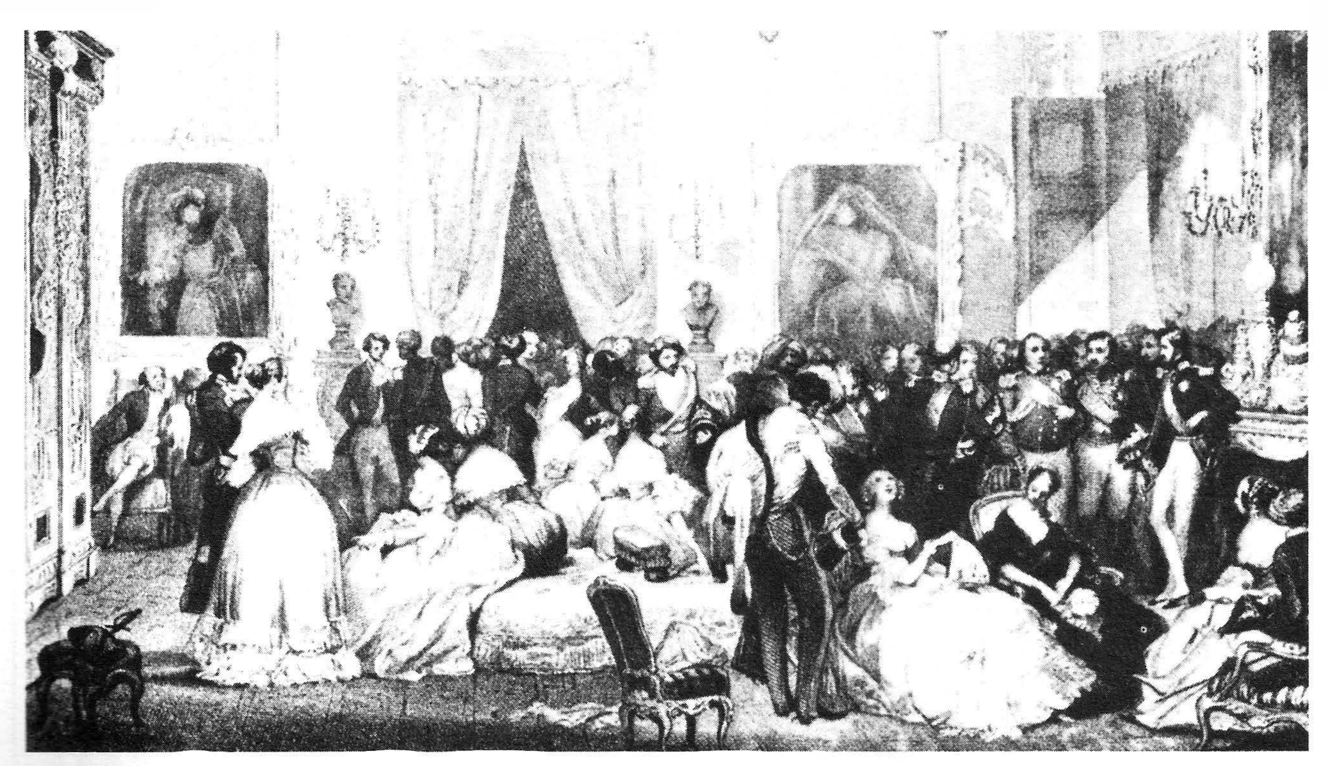
*La cárcel de Newgate. Esta sombría prisión aparece claramente reflejada en* Oliver Twist *y* Barnaby Rudge. *Dickens era un apasionado defensor de la reforma penal y abogaba por la abolición de la pena de muerte.*

con numerosos residentes ingleses que invitaban a sus amigos a que les visitasen, de modo que Dickens pudo disfrutar de una agitada vida social, acaso más de lo que hubiera deseado. Había empezado a escribir *Dombey e hijo* (*Dombey and Son*), que aparecería mensualmente por entregas. La tarea era ardua. Sus cartas están plagadas de quejas: demasiada vida social, demasiadas visitas; echa de menos sus paseos nocturnos por las calles de la capital; el clima no le sienta bien, el tiempo no le es favorable... Algo había de cierto en todo eso, pero lo que está claro es que *Dombey* se le hacía cuesta arriba porque ya no era capaz de improvisar rápidamente y porque ahora pretendía escribir algo mucho más difícil que todo lo anterior.

Ya no le resultaba posible escribir dos historias a la vez, y tuvo que dejar *Dombey* a un lado para escribir su acostumbrado cuento de Navidad, *La batalla de la vida* (*The Battle of Life*). Su cuento anterior, después de *Las campanas*, había sido *El grillo del hogar* (*The Criket on the Hearth*). Estos cuentos de Navidad, cuyas ventas iban en aumento, complacían a sus numerosos lectores y le



*Vista de la ciudad de Lausana, donde Dickens residió durante seis meses en 1846.*



*La alta sociedad de París en torno a 1840. De* Un hiver à Paris*, de Janin, 1843.*

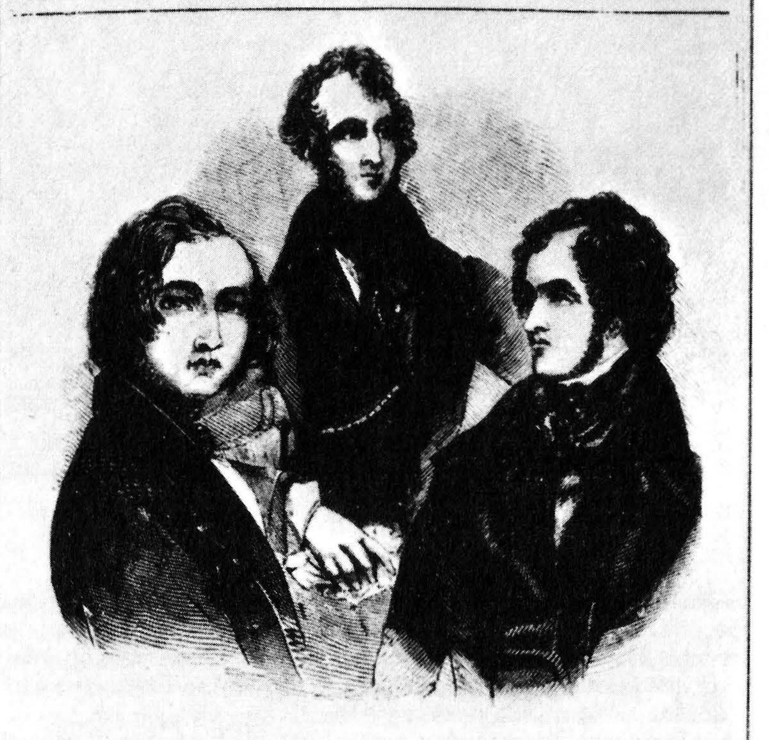


BBC Hulton Picture Library

*Victor Hugo (1802-1885), poeta, novelista y líder del movimiento romántico francés, compartía los apasionados conceptos humanitarios y radicales de Dickens. Se conocieron en París durante la primavera de 1847.*

rendían importantes beneficios. Pero algunos, como *La batalla de la vida*, en el que casi llegaba a parodiarse a sí mismo, merecieron la censura de los críticos más serios, y esto perjudicó su fama literaria. Hubiera sido a todas luces preferible que no escribiera más cuentos de Navidad hasta no presentársele una idea absolutamente irresistible. (El caso es que al año siguiente no publicó ninguno.) Como quiera que *Dombey*, su novela más ambiciosa hasta entonces, acaparaba toda su atención, no estaba en disposición de escribir un cuento de Navidad aceptable, como quedó demostrado con *La batalla de la vida*.

Después de pasar seis meses en Lausana, Dickens decidió que *Dombey* requería la excitación y el bullicio que sólo una gran ciudad, con sus calles atestadas de gente, sus teatros y vida nocturna, podía proporcionarle. Así pues, trasladó a toda la familia a París, donde halló una extraña casa en el Faubourg St. Honoré: «Algo así –dijo– como una mezcla entre una casita de muñecas, una bodega, un castillo encantado y un disparatado reloj, que ningún hombre puede llegar a imaginar siquiera.» En París hizo mucho frío aquel invierno y tuvieron que gastar una pequeña fortuna en leña para



REYNOLDS'S MISCELLANY

Of Romance, General Literature, Science, and Art.

EDITED BY GEORGE W. M. REYNOLDS,

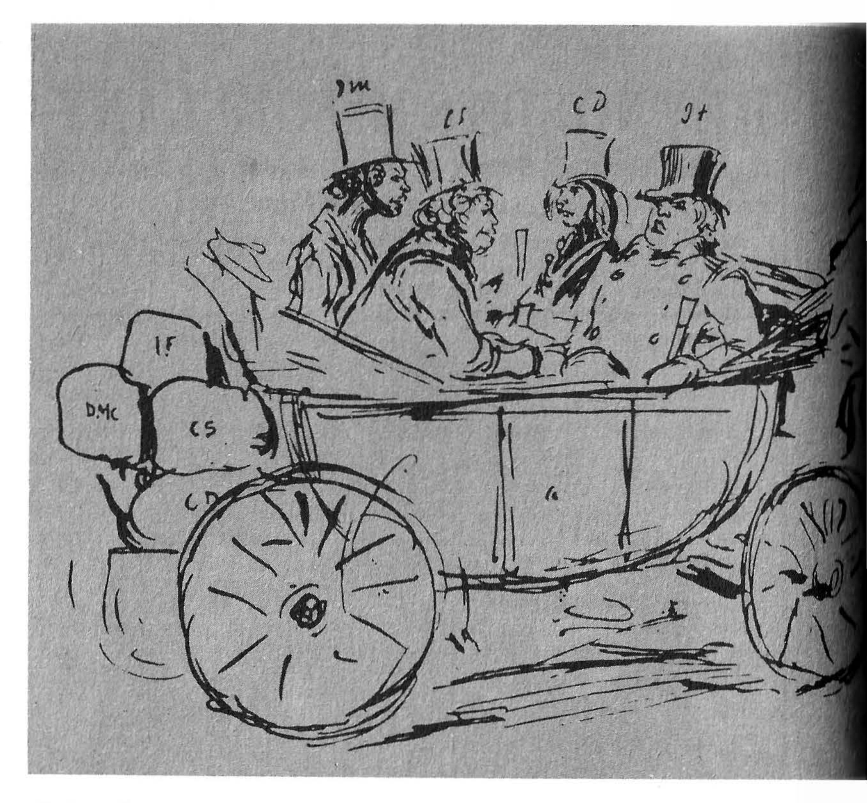
AUTHOR OF "THE MYSTERIES OF LONDON," "FAUST," "PICKWICK ABROAD," &c. &c.

No. 29. Vol. II. SATURDAY, MAY 22, 1847. Price 1d.

MR. CHARLES DICKENS, SIR E. BULWER LYTTON, AND MR. WILLIAM HARRISON AINSWORTH.

The Dickens Fellowship

*La revista literaria* Reynold's Miscellany *rindió homenaje a Dickens, Ainsworth y Bulwer-Lytton al incluir su retrato en la cubierta de uno de sus números, en 1847. Por aquel entonces eran los tres escritores más populares del país.*




*Dickens de vacaciones con sus amigos, según un dibujo atribuido a Thackeray.*

calentar la casa, aunque ni así lograron hacerla acogedora. Por otra parte, Dickens no conseguía hallar en ella un rincón donde poder escribir. Poco antes de Navidad, marchó a Londres con la finalidad de ultimar los detalles de una edición económica de sus novelas, para las que escribiría nuevos prólogos.

Pero aunque le resultaba difícil escribir su nueva novela, al menos no tenía problemas financieros. Las entregas mensuales de *Dombey e hijo* se vendían bien, y sus primeros libros volvían a producirle beneficios. Así pues, aparte de otros problemas que pudieran presentarse, económicamente su situación era estable, no tenía que pedir dinero prestado y lógicamente se sentía más seguro. Forster se unió a él en París durante unas vacaciones de dos semanas que dedicaron a ir al teatro y a conocer autores franceses. Entre ellos estaban el viejo Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Gautier,






*Portada de uno de los cuentos de Navidad de Dickens, 1848.*

Eugène Sue, Scribe y, sobre todo, el gran Hugo, por quien Dickens sentía mucha admiración.

En marzo de 1847, Dickens se trasladó con su familia de nuevo a Londres, y como la casa de Devonshire Terrace estaba todavía arrendada, alquiló por tres meses una casa amueblada en Chester Place. En ella trabajaba con ahínco en *Dombey* a lo largo de todo el día, mientras que al anochecer solía recibir a sus amigos o salía a cenar. El verano lo pasaron de nuevo en Bradstairs, pero en julio Dickens tuvo que llevar a su compañía teatral de aficionados a Manchester. A principios del otoño volvieron a instalarse en Devonshire Terrace. Pasada la Navidad, fue a Escocia con Kate, donde tuvieron que permanecer más tiempo del previsto, pues Kate sufrió un aborto y tuvo que guardar cama. Más adelante, hubo otras funciones teatrales, en una ocasión para reunir fondos desti-



*Retrato de Dickens realizado en 1849 por Mayall, uno de los fotógrafos de mayor talento y más popularidad de Londres. El escritor contaba entonces 37 años.*

nados a la conservación de la casa de Shakespeare en Stratford-upon-Avon. Bajo la dirección de Dickens, la compañía montó *Las alegres comadres de Windsor*, junto con algunas farsas en un acto. Después de una representación en el teatro Haymarket, en abril, el grupo visitó Manchester, Liverpool, Birmingham, Edimburgo y Glasgow, mostrándose Dickens muy animado durante toda la gira. No hay duda de que la emoción de esos viajes, así como su labor como actor y director, representaban una válvula de escape para sus peligrosas tensiones internas.

Al fin, terminó *Dombey e hijo*. Los veinte cuadernos mensuales se habían vendido muy bien. La muerte de Paul Dombey vino a ser una repetición del lacrimoso triunfo de la pequeña Nell. Hasta el mismo Thackeray, que a la sazón publicaba *La feria de las vanidades* también por entregas, halló irresistible la escena de la muerte. Pero si bien la obra obtuvo un gran éxito tanto de crítica como de público, es dudoso que se llegara a comprender plenamente su significado.

En sus novelas anteriores Dickens había denunciado unos abusos que toda persona de bien censuraba. Las historias eran una especie de melodramas donde los buenos eran víctimas de los

malos. Pero aquí, aunque el argumento gira en su mayor parte en torno al orgullo frío y calculador de Dombey y su increíble egoísmo, es todo un sector de la sociedad, un sistema de vida, una forma de pensar, lo que se pone en tela de juicio y se denuncia. El contraste entre unas actitudes negativas y perniciosas y otras positivas y enriquecedoras es el elemento dominante de la novela, que oscila entre personajes y episodios fríos, mecánicos, inanimados, y otros llenos de calor y vida. Pese a que su tema y trasfondo son contemporáneos, no constituyen en rigor un paso hacia el realismo. En cierto modo, viene a ser una novela poéticamente simbólica. Todo cuanto hay en ella, hasta el último detalle, está en función del objetivo primordial del autor, lo cual no deja de ser un gran adelanto con respecto a sus primeras improvisaciones, por brillantes y divertidas que fueran. Dickens había alcanzado su madurez como novelista. Aunque algunos contemporáneos altamente intelectuales preferían *La feria de las vanidades*, la crónica cínico-sentimental de Thackeray, a *Dombey e hijo*, lo cierto es que fue Dickens y no Thackeray quien abordó un importante experimento en la novelística y abrió el camino para otros escritores. Y si bien, como sabemos, le resultó muy difícil escribir esta novela, ello no se debe exclusivamente a la irritación que le causaban las visitas, el ruido, el clima y otros contratiempos; no era por falta de ímpetu creador o entusiasmo, sino más bien porque había emprendido algo nuevo y complejo.

# 9. La etapa de «David Copperfield»

Los dos años siguientes fueron para Dickens, como los anteriores, un continuo acudir a cenas, mítines y banquetes (una selección de sus discursos llenaría un volumen entero), aparte de funciones teatrales y viajes a la costa; pero también le aportaron una nueva y valiosísima válvula de escape para su extraordinaria energía nerviosa. Se convirtió en lo que seguiría siendo hasta el fin de sus días: el director de una revista periódica. Llegó a un acuerdo con Bradbury y Evans para publicar un semanario, a dos peniques

*"Familiar in their Mouths as HOUSEHOLD WORDS."*—SHAKESPEARE.

HOUSEHOLD WORDS.

A WEEKLY JOURNAL.

CONDUCTED BY CHARLES DICKENS.

No. 1.] SATURDAY, MARCH 30, 1850. [PRICE 2d.

A PRELIMINARY WORD.

THE name that we have chosen for this publication expresses, generally, the desire we have at heart in originating it.

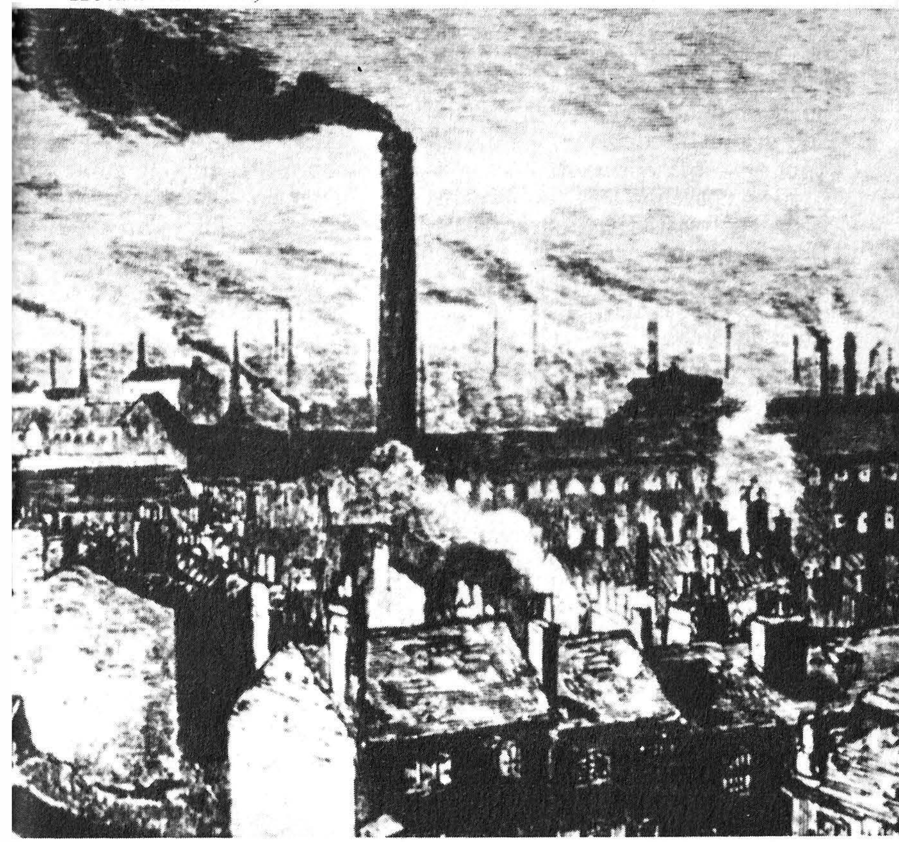
We aspire to live in the Household affections, and to be numbered among the Household thoughts, of our readers. We hope to be the comrade and friend of many thousands of people, of both sexes, and of all ages and conditions, on whose faces we may never look. We seek to bring into innumerable homes, from the stirring world around us, the knowledge of many social wonders, good and evil, that are not calculated to render any of us less ardently persevering in ourselves, less tolerant of one another, less faithful in the progress of mankind, less thankful for the privilege of living in this summer-dawn of time.

No mere utilitarian spirit, no iron binding of the mind to grim realities, will give a harsh tone to our Household Words. In the bosoms of the young and old, of the well-to-do and of ciations with the Power that bears him onward; with the habitations and the ways of life of crowds of his fellow creatures among whom he passes like the wind; even with the towering chimneys he may see, spirting out fire and smoke upon the prospect. The swart giants, Slaves of the Lamp of Knowledge, have their thousand and one tales, no less than the Genii of the East; and these, in all their wild, grotesque, and fanciful aspects, in all their many phases of endurance, in all their many moving lessons of compassion and consideration, we design to tell.

Our Household Words will not be echoes of the present time alone, but of the past too. Neither will they treat of the hopes, the enterprises, triumphs, joys, and sorrows, of this country only, but, in some degree, of those of every nation upon earth. For nothing can be a source of real interest in one of them, without concerning all the rest.

The first issue of *Household Words*

BBC Hulton Picture Library



*Una imagen de la expansión industrial durante los primeros años de la Inglaterra victoriana.*

◀ *Primera página del primer ejemplar de* Household Words, *marzo de 1850.*

el ejemplar, del cual él sería copropietario. Tras no pocas discusiones, principalmente con Forster, decidieron llamarlo *Household Words*, a lo que se añadió: «Dirigido por Charles Dickens.» El suyo era el único nombre que aparecía en la revista, yendo todas las colaboraciones sin firma. El anonimato era aún muy frecuente en el periodismo, pero no deja de resultar sorprendente que Dickens, cuyo nombre aparecía en la parte superior de cada página, siguiera esta práctica, privando así de popularidad a los jóvenes periodistas descubiertos por él. Posiblemente pensara que iba a ser más senci-

llo publicar artículos de denuncia marcadamente radicales –lo que ahora llamaríamos artículos *anti-establishment*– si aparecían sin firmar. Aunque el contenido de *Household Words* era muy ameno, no dejaba de ser un semanario de orientación radical.

Apareció por vez primera a finales de marzo de 1850, y aunque no figuraban más nombres que el de su director, y su presentación era escasamente atractiva –estaba impreso a dos columnas más bien apretadas–, llegaron a venderse unos cien mil ejemplares. Fue, y continuó siendo, un rotundo éxito, que se debe a Dickens, no sólo porque su creación fue idea suya, sino por la concienzuda e infatigable labor que realizó como editor. Dondequiera que se hallara, se ocupaba de leer multitud de originales; mantenía correspondencia con todo tipo de colaboradores; volvía a redactar artículos mal escritos; recortaba novelas a fin de hacerlas más asequibles como cuadernos semanales. En una palabra, desempeñaba su labor como editor de *Household Words* como si su vida dependiera de ello. Y en cierto modo acaso fuera verdad.

Dickens no sólo necesitaba una válvula de escape para su energía, sino la oportunidad de llevar al terreno práctico su afán de reformar la sociedad. Ahora que comprendía mejor a la sociedad contemporánea, sabía bien las muchas injusticias que había en ella. Así, *Household Words* se ocupaba, semana tras semana, de temas como la salud pública, la educación, las leyes para indigentes, la reforma penal, la inmigración, la vivienda, las condiciones en las fábricas, la observancia dominical, ofreciendo en esos y otros temas sugerencias y opiniones más sensatas que las que solían oírse en la Cámara de los Comunes o las expresadas en periódicos de mayor peso. En adelante, todo cuanto era susceptible de ser tratado de forma imaginativa en sus novelas, cuando las escribía, era abordado directamente en *Household Words*. El reformista radical que había en Dickens, disponía ahora de una plataforma propia.

No obstante, se trataba de un popular semanario familiar que contenía algo de interés para todos y ofrecía buenos artículos literarios. Entre sus colaboradores estaban la señora Gaskell, George Meredith (en calidad de poeta), Charles Reade, Coventry Patmore, Sheridan Le Fanu y Wilkie Collins, quien no tardaría en convertirse en uno de los amigos más íntimos de Dickens. Varios jóvenes periodistas, como George Augustus Sala, Edmund Yates y James Payn, considerados como «los muchachos de Dickens», iniciaron su carrera contando con el aliento y apoyo del escritor. Existía ahora un nuevo tipo de público lector, como pudo comprobar Dickens durante sus viajes por el país; un público deseoso de informarse acerca de las reformas necesarias, o del movimiento de buscadores de



*Steerforth y Mr. Mell, ilustración de «Phiz» para* David Copperfield.

oro en California, o de la pesca de la ballena; ansioso de informarse y a la vez de entretenerse; y *Household Words* ponía al alcance de ese público justamente lo que éste deseaba. Pero es preciso hacer notar que lo que el público deseaba coincidía plenamente con lo que deseaba Dickens. Al margen de su genio artístico, él era también un miembro más de ese público. No pretendía lucrarse a costa de unos cuantos imbéciles. Sus lectores no representaban para él un número concreto de ejemplares del semanario, sino ante todo hombres y hermanos. Por este motivo puede considerársele el gran pionero del nuevo periodismo, si bien un pionero fuera de lo común. Estaba plenamente dispuesto a denunciar y rechazar muchas cosas, pero todavía creía apasionadamente en la gente común y corriente que deseaba aprender, comprender, sacarle el máximo provecho a la vida. A esa gente iban dedicados sus esfuerzos como director de *Household Words*.

Al tiempo que hacía su aparición el semanario, *David Copperfield* se estaba publicando en cuadernos semanales ilustrados por «Phiz.» Comenzaron en mayo de 1849 y finalizaron en noviembre de 1850, fecha esta última en la que Dickens escribió: «Acaso no tenga mucha importancia para el lector saber con cuánto pesar he dejado la pluma al término de dos años dedicados a esta tarea imaginativa; o cómo se siente un autor, al que le parece como si una parte de sí se sumiera en el mundo de las sombras, cuando las criaturas de su imaginación se alejan para siempre de él.» El prólogo a una edición posterior terminaba de la siguiente forma: «Es fácil comprender que soy un padre amante de cada criatura de mi imaginación, y que nadie puede amar tanto a esa familia como yo la amo. No obstante, como muchos padres amantes, en lo más profundo de mi corazón albergo a un hijo predilecto. Y su nombre es DAVID COPPERFIELD.» Durante largos años, mucho después de morir Dickens, tanto los críticos como los lectores compartieron su opinión acerca de esta novela, considerada como su suprema obra de arte. Si bien es verdad que en cierta medida ha perdido el favor del público en los últimos años, ello se debe principalmente al reciente interés de los críticos por la estructura y el significado de las novelas posteriores de Dickens, desde *La casa desolada* en adelante. *David Copperfield* no pertenece a un grupo determinado de obras, no puede ser comparada con ninguna otra novela del escritor, bien se la considere como su obra maestra o bien como una que ni siquiera merece figurar entre las más importantes, el hecho innegable es que es única.

Antes de pensar en *David Copperfield*, mientras le daba vueltas a lo que debía hacer después de culminar *Dombey e hijo*, Fors-



*«Con tu permiso, tía, soy tu sobrino.» La escena del encuentro de David Copperfield con su tía, obra de H. K. Browne.*

ter, su amigo y consejero, le sugirió que escribiera su próxima novela en primera persona. Dickens había redactado secretamente algunos capítulos de su autobiografía. Se dio también la circunstancia de que algunos hechos que sucedieron por aquella época trajeron a su memoria dolorosos recuerdos de sus primeros años. Así fue como nació *David Copperfield.* Pero dista mucho de ser –como lo habían sido muchas novelas– una autobiografía disfrazada de ficción. Hay en ella una transmutación compleja y a menudo sutil. Por poner un ejemplo, los padres de Dickens no aparecen en la novela como unos personajes en su totalidad, sino que varios rasgos de ellos se hallan divididos entre diversos personajes. Por otra parte, las aventuras infantiles y juveniles de David Copperfield no se corresponden con las de Dickens, si bien ambos poseen la misma base psicológica y emocional. El primer matrimonio de David con la infantil Dora representa viejos sueños, recordados en primer lugar y, más tarde, sometidos a un análisis crítico: es lo que *acaso* habría sucedido si el joven Dickens hubiera logrado su propósito de casarse con Maria Beadnell. A lo largo de toda la novela hay una complicadísima y delicada relación entre autobiografía y ficción, lo recordado y lo inventado.
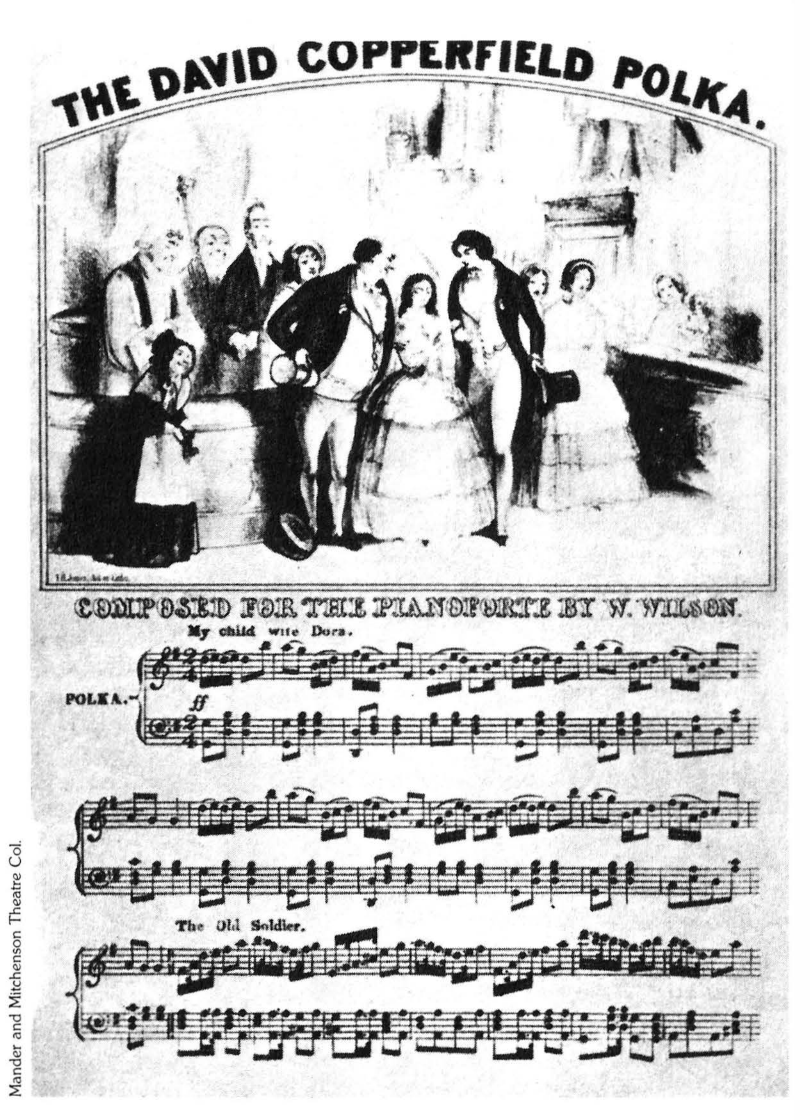
La popularidad que *David Copperfield* tuvo durante tanto tiempo probablemente se debe a que posee mayor encanto que ninguna otra novela de Dickens. Desde el punto de vista literario, los primeros capítulos son sin duda los mejores. En ellos se muestra el mundo de la infancia como pocos novelistas lo han logrado plasmar. Dickens es aquí un poeta. También es un innovador de una narrativa marcadamente subjetiva, mérito que, aún hoy, no se le ha reconocido plenamente. Por lo que se refiere al primer tercio del libro, no podemos por menos que compartir los elogios y aplausos de sus contemporáneos. La descripción de la infancia de David es una auténtica obra maestra. Pero el último tercio de la obra, cuando David es ya un hombre, no consigue hacernos reír (a pesar de los geniales Micawber) o llorar, ni nos asombra como a sus primeros lectores. Nos parece que se ha desvanecido la magia, que la obra decae. La acción resulta forzada e inverosímil. Una vez alejado de las pesadillas y encantos de la infancia, David se convierte en un joven más bien aburrido. No pretendemos decir con esto que los últimos capítulos sean malos, pero sí decepcionantes después de los maravillosos pasajes del principio. No nos resulta posible gozar de la obra en su conjunto tanto como lo hicieron el mismo Dickens y sus lectores contemporáneos.

Mientras *David Copperfield* seguía apareciendo por entregas, Dickens se hallaba ocupado trazando planes, con Bulwer-Lytton,



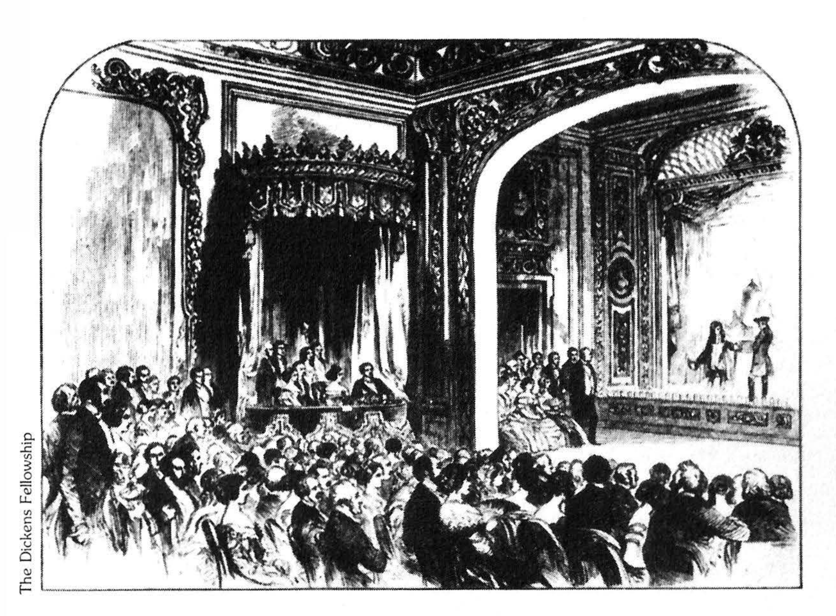

*David Copperfield con el tabernero y su amable esposa.*

para fundar una asociación de literatos y artistas, un proyecto bien intencionado, pero muy poco factible, cuyo propósito era brindar asilo a los autores ancianos o enfermos. Al objeto de recaudar fondos para la asociación, Dickens y su compañía de aficionados ofrecieron varias representaciones teatrales en la sala de banquetes de Knebwirth, propiedad de Lytton. Pero en 1851, año de la Gran




Mander and Mitchenson Theatre Col.

*La polca de* David Copperfield, *tal vez la novela más popular de Dickens.*



The Dickens Fellowship

*Representación de* Not so Bad as We Seem *ante la familia real, a cargo de Dickens y su compañía de aficionados.*

Exposición, emprendieron algo todavía más ambicioso. Dickens y sus amigos, entre los que ahora se incluían Wilkie Collins y el pintor Augustus Egg, decidieron montar una nueva obra de Lytton, *Not So Bad As We Seem*. Así, se sucedieron más funciones teatrales, más y más ambiciosas, con el duque de Devonshire como anfitrión y mecenas, y más adelante realizaron una gira triunfal por provincias. Resulta asombroso que Dickens consiguiera compaginar sus tareas como actor y director escénico, además de los viajes, con las de escribir novelas y dirigir un semanario. Pero el caso es que lo hizo, movido por una especie de endiablada energía por la que al final pagaría un alto precio.

# 10. Un ferviente reformista

Al expirar el contrato de arrendamiento de la casa en Devonshire Terrace, y puesto que resultaba ahora demasiado pequeña para la familia, que iba en aumento, los Dickens tomaron una casa más amplia en Tavistock Square. Conocida como Tavistock House, ésta sería su última residencia londinense. La casa estaba en pésimas condiciones y se emplearon varios meses en acondicionarla, mientras la familia pasaba de nuevo el verano en Bradstairs. Las hijas de Dickens, Mamey y Katey, que tenían entonces catorce y doce años, edad suficiente para disponer de su propia habitación, han relatado cómo su padre, con su pasión por el orden y la pulcritud, pasaba revista cada mañana a la habitación como un minucioso comandante en jefe. Aunque bondadoso, generoso e «inimitable» (su adjetivo favorito para describirse a sí mismo) en fiestas y *picnics*, de puertas para adentro Dickens era muy exigente e insistía en que todo estuviera siempre en orden. Su esposa, mujer desdichada, no lograba acostumbrarse a tanto rigor. Su salud era delicada, después de tantos partos, y probablemente porque se sentía insegura y desgraciada, tenía gran propensión a sufrir ridículos y enojosos percances: en una ocasión, durante una cena, se le cayeron las pulseras en la sopa; en la costa y en el campo constantemente se caía y se lastimaba. Dickens se reía del episodio de las pulseras o la consolaba después de uno de sus accidentes, pero la torpeza de su mujer le irritaba sobremanera, y cuando le apetecía divertirse un rato, salía y la dejaba a ella en casa. Su acompañante preferido para un viaje de placer o una salida nocturna era ahora Wilkie Collins, un hombre tranquilo y afable, pero muy bohemio, amante de juergas y absolutamente despreocupado de la respetabilidad victoriana. Fue el rebelde insatisfecho que anidaba en Dickens, oculto tras su fachada de hombre recto y formal, quien le dictó la elección de compañero.

*Tavistock House, residencia de Dickens desde 1851 hasta 1858.* ▶

Dickens escribía a la sazón *La casa desolada* (*Bleak House*), y cuando la tuvo casi terminada, a principios del verano de 1853, se sintió cansado e indispuesto. Llevó a su familia a Francia, donde pasaron el verano en un curioso castillo a las afueras de Boulogne. Terminó el libro a finales de un tormentoso mes de agosto, tiempo muy acorde con las últimas escenas violentas y tenebrosas de la obra. La popularidad de la novela estaba fuera de toda duda, pues sus cuadernos mensuales se vendían incluso en mayor cantidad que los de *David Copperfield*. Esto no nos causa ahora sorpresa, ya



BBC Hulton Picture Library

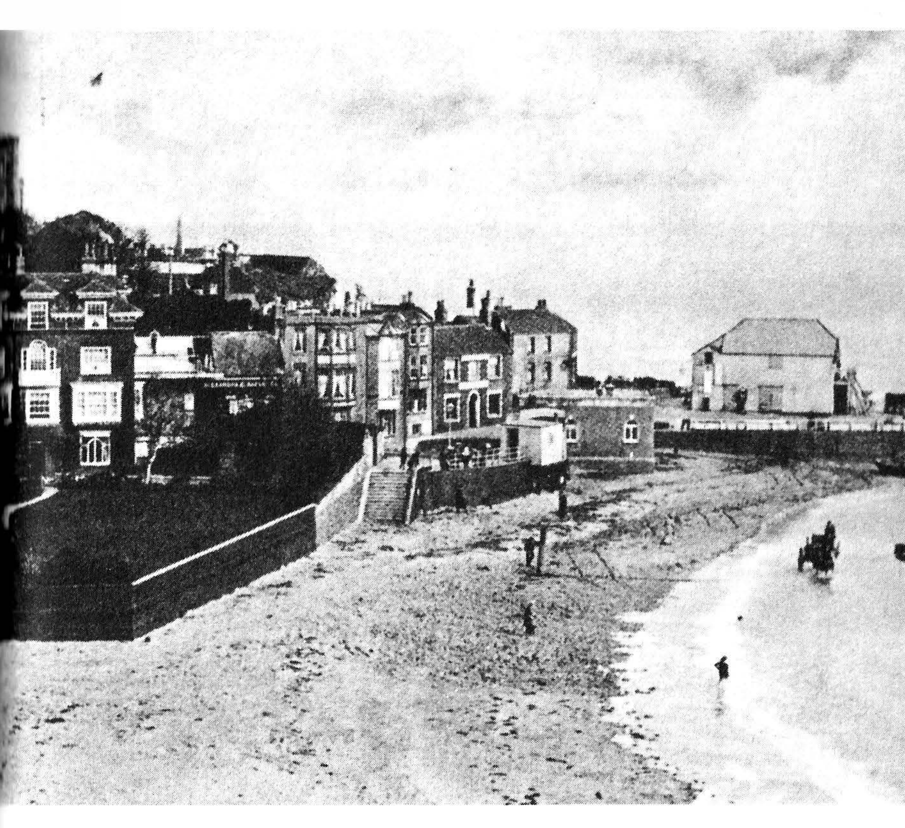
BBC Hulton Picture Library BBC Hulton Picture Library



*El escritor Wilkie Collins (1824-1889) fue uno de los amigos más íntimos de Dickens durante sus últimos años.*

*Una antigua fotografía de «la casa desolada», edificio que todavía existe. Se encuentra en un risco sobre Broadstairs.* ▼

que ha sido reconocida como una de las novelas más poderosas de Dickens, pero sí debió sorprender a más de un contemporáneo suyo a quien no le gustó esta obra, afirmando que era inferior a sus novelas anteriores. *La casa desolada* presenta ciertamente algunos puntos débiles. Su complejo argumento resulta demasiado inverosímil y melodramático. Hay demasiados personajes importantes que no están bien definidos. La historia de Esther Summerson es un torpe error. Las caricaturas de Landor y Leigh Hunt, encarnados por Boythorn y Skimpole, son innecesarias. Sin embargo, *La casa desolada* es una obra impecablemente escrita y de gran fuerza. Se desarrolla a distintos niveles de interés y significado. Representa,



entre otras cosas, un estudio marcadamente dramático de la interdependencia de la sociedad moderna. Es una dura sátira contra las dilaciones de là ley, pero va mucho más allá todavía, pues el Court of Chancery (división de la Corte Suprema de Justicia presidida por el lord canciller), sumido en la sofocante niebla, es en sí mismo un símbolo de los aspectos más negativos e injustos de la sociedad. Todo ello fue mucho mejor comprendido, acaso de forma instintiva, por la gran masa de lectores comunes que por la mayoría de los críticos, quienes no dudaron en expresar su disconformidad con el libro. Era evidente que la sociedad que Dickens ponía en tela de juicio se revolvía contra él.

Después de su estancia en Boulogne, Dickens se fue de vacaciones a Italia con Wilkie Collins y Augustus Egg, y en Nápoles se encontró con el arqueólogo Henry Layard, que acababa de convertirse en miembro liberal del Parlamento. Preocupados ambos por la situación en Inglaterra y deseosos de una reforma, Dickens y



*Ilustración de «Phiz» para* La casa desolada.



*Dickens pronunciando un discurso en una reunión con fines benéficos, en 1856.*

The Dickens Fellowship

Layard se hicieron pronto amigos y sostenían muchas y prolongadas charlas. Es muy probable que *Tiempos difíciles (Hard Times)*, que por entonces era ya un proyecto de Dickens, resultara bastante influida por tales conversaciones.

Charles regresó a Inglaterra antes de Navidad y, a fin de cumplir una promesa, tuvo que dar unas lecturas públicas de dos de sus cuentos de Navidad en el ayuntamiento de Birmingham. Las lecturas obtuvieron tal éxito y Dickens estaba tan entusiasmado por la forma en que casi lograba hipnotizar al público, que debió de ser en Birmingham donde se le ocurrió la idea –a la postre fatal– de dar una serie de lecturas públicas de sus obras.

A primeros del año siguiente, 1854, Dickens había empezado a escribir *Tiempos difíciles*, y como necesitaba recabar más datos para la novela, realizó una visita a Preston, donde se había iniciado una importante huelga. La ciudad, que él detestaba, estaba más bien tranquila y las dos reuniones de huelguistas a las que asistió no le procuraron ninguna información de importancia, aunque sí se sintió solidario con los huelguistas. Se había convertido en un ferviente reformista, y la desastrosa guerra de Crimea, que estalló poco después, le reafirmó en su opinión de que las clases dirigentes no servían para nada y que el país se hallaba en una situación crítica.

Entre tanto, *Tiempos difíciles* resultaba una tarea extremadamente ardua, a la que se aplicaba con más voluntad que entusiasmo. Aunque su aparición por entregas en *Household Words* fue un éxito inmediato, consiguiendo duplicar la tirada del semanario, *Tiempos difíciles* nunca gozó de gran aceptación, excepto entre unos cuantos marxistas y críticos socialistas, como Shaw, que vieron en ella un ataque contra la sociedad industrial capitalista; y no se equivocaban. Y aunque compartimos la crítica social de la obra, nos parece poco convincente y atractiva como novela, que es, en definitiva, lo que pretende ser.

Ciertamente la escena de Coketown resulta siniestra, pero hay una explicación: la Inglaterra industrial de los años 1850 era, *en efecto*, siniestra. Si como crítico social Dickens se muestra a menudo incisivo, ingenioso y sagaz, como novelista parece sentirse más bien inseguro e incómodo en esta obra. El personaje de Gradrind debiera aparecer como un ser humano más perfilado, o por el contrario, como una mera figura en un drama alegórico sobre las virtudes morales. Asimismo, el personaje de Stephen Blackpool no parece encajar en este género de novela: es como un dibujo a lápiz en un póster. Si la consideramos estrictamente como una obra de ficción, no como una polémica, *Tiempos difíciles* fracasa estrepito-

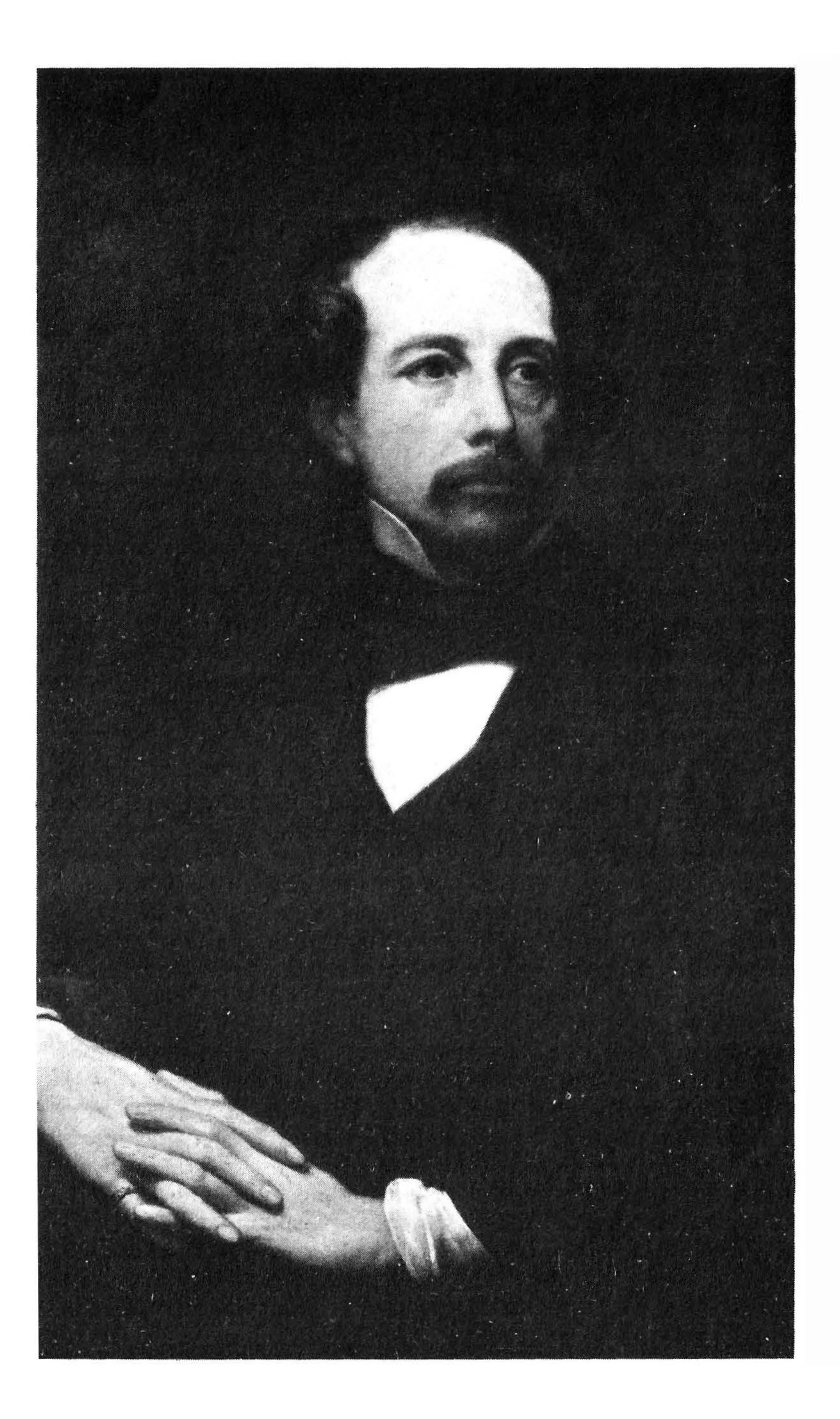
*Maria Beadnell fue el primer gran amor de Dickens, aunque su encuentro con ella muchos años más tarde le causó al novelista una profunda decepción.*

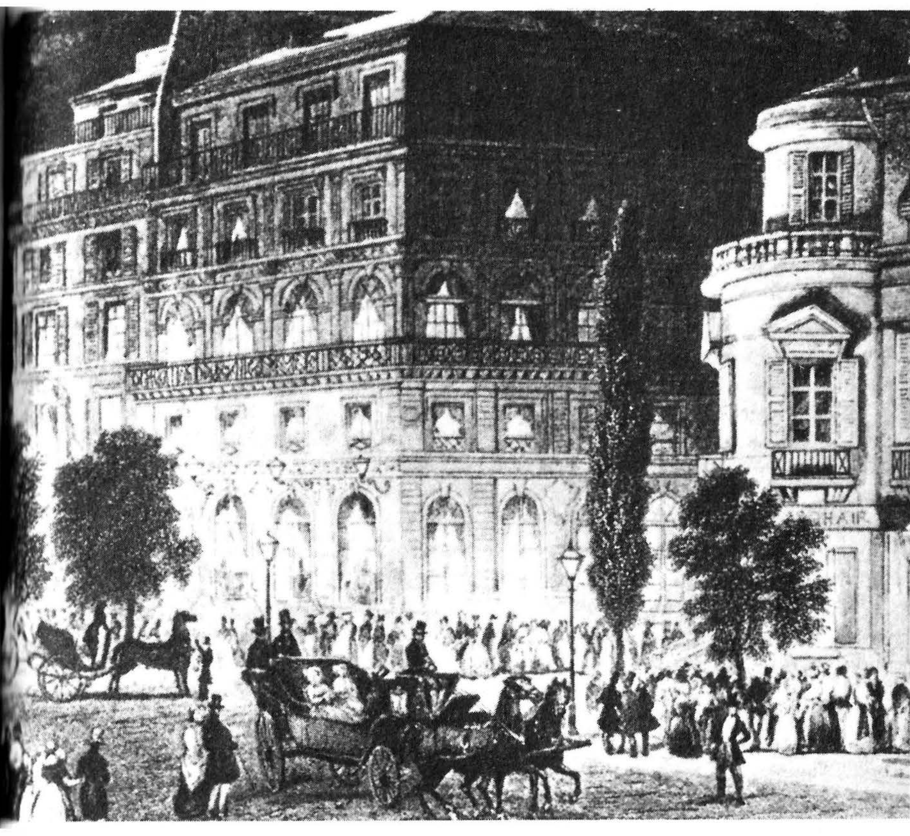


The Dickens Fellowship

samente, toda vez que no logra captar y satisfacer la imaginación. Por lo demás, los encendidos elogios que le dedicaron unos pocos críticos nos parecen por completo exagerados.

Dickens dio algunas lecturas navideñas más, destinadas a obras benéficas. Wilkie Collins escribió una obra de teatro sobre un faro para ser representada por la compañía de Dickens. La casa de Gad's Hill fue puesta en venta, y Charles, al enterarse, decidió comprarla. Más tarde recibió un buen día carta de Maria Beadnell, ahora señora de Winter, de la que no tenía noticias desde hacía más de veinte años. La inmensa turbación que le causó esa carta demuestra a las claras que Dickens se hallaba más que predispuesto a embarcarse en una relación amorosa. Sus respuestas a la misma fueron vehementes, sentimentales e íntimas. Sentía que su juventud renacía en él. Pero cuando se vieron, Dickens comprobó que la deliciosa y cautivadora Maria se había convertido en una mujer necia, gorda e insoportablemente afectada, que no paraba de sacudir la cabeza y soltar estúpidas risitas, consiguiendo que la juvenil emoción que él había experimentado se le antojara tan ridícula como ella. Fue una amarga decepción, que vino a dar al traste con sus ilusiones. Una vez recuperado de la primera impresión, no





*Los bulevares de París durante el Segundo Imperio. De* Un hiver à Paris, *de J. Janin, 1843.*

◄ *Retrato de Dickens en 1855, por A. Scheffer. National Portrait Gallery, Londres.*

pudo por menos que reírse de lo ingenuo que había sido. Meses más tarde, cuando incluyó el personaje de Flora Flinching en *La pequeña Dorrit*, aprovechó para burlarse también de Maria de forma poco elegante y cruel dadas las circunstancias, puesto que había sido él quien había engañado a la infeliz haciéndola creer que seguía enamorado de ella. El episodio es lamentable y Dickens sale de él muy mal parado. Pero sirvió para poner punto final al secreto sueño sentimental que le había unido a la encantadora Maria. Asimismo, supuso un vacío que más tarde o más temprano, dado el estado de ánimo de Dickens, habría de llenarse.



*Una escena de* La pequeña Dorrit *en la prisión de Marshalsea.*

Antes, sin embargo, hubo un intervalo dichoso. El y Georgina fueron a París y hallaron un apartamento con una excelente vista sobre los Campos Elíseos, y a él se trasladó la familia. Las obras de Dickens eran ya bien conocidas, y en París, a diferencia de Londres, se consideraba a los escritores personajes de cierta importancia. Este era el París alegre, suntuoso y rutilante del Segundo Imperio en todo su esplendor. Dickens tenía que pasar cada mes unos días en Londres para ocuparse de *Household Words*, pero ahora, en comparación con París, la ciudad inglesa se le antojaba más agobiante, sombría y triste que nunca. Tras asistir a la exposición internacional de arte que se celebró en París en aquellos días, Dickens no pudo por menos que criticar a los pintores ingleses, muchos de ellos amigos suyos. «Los defectos que apreciamos en los hombres –escribió– se reproducen en sus obras... Hay en la mayoría de ellas una horrible respetabilidad...» Y añadió: «La mera forma y los convencionalismos vienen a usurpar en el arte inglés, como en el gobierno y en las relaciones sociales inglesas, el lugar del ímpetu y la verdad vivientes...» Todo ello explica la salvaje sátira y la curiosa melancolía que impregnan *La pequeña Dorrit*, novela que entonces estaba escribiendo.

Las prisiones ejercieron siempre gran fascinación sobre Dickens, atormentado como estaba por los recuerdos de Marshalsea. *La pequeña Dorrit* (*Little Dorrit*) es una obra dominada por un ambiente de prisiones, y antes de haber llegado el final comprendemos que la sociedad misma no es sino otra prisión mayor. La mayor parte de los personajes de la novela cumplen condena por diversos delitos. Aunque la historia, acaso equivocadamente, se sitúa en el pasado, esencialmente corresponde a los años 1850, época en que fue escrita. (Fue publicada en un volumen en 1857.) Gran parte de su simbolismo, unido a su poderosa sátira de las prácticas gubernamentales dilatorias, no fue entendido por los contemporáneos de Dickens. Thackeray, quien acaso se vio en cierta medida reflejado en el personaje de Henry Gowan, afirmó que el libro era «condenadamente estúpido». Pero Bernard Shaw, años más tarde, dijo de él que era «un libro más sedicioso que *El Capital*». Es la obra de un individuo airado y deprimido, pero que todavía no ha perdido toda esperanza. A excepción de la pequeña Dorrit, que está trazada y presentada al viejo estilo dickensiano, sus personajes principales revelan una nueva sutileza en su composición y están expuestos de forma cabal, con luces y sombras. (Su título original era *Nobody's Fault* [*Nadie tiene la culpa*], tema sugerido en muchos de los encabezamientos de los capítulos.) Se trata de una novela que el Dickens novelista de los primeros años no habría sabido escribir, y constituye la obra de su recién adquirida y atormentada madurez.

# 11. Al encuentro del desastre

Después de terminar *La pequeña Dorrit* y tras regresar a Londres, Dickens se sentía demasiado inquieto y desgraciado para ponerse a escribir otro libro. Estaba en ese estado de ánimo que lleva a tomar decisiones temerarias, que a su vez conducen casi inevitablemente a resultados catastróficos. Los años que le quedaban de vida se verían notablemente afectados por lo que le sucedió en-



*Ellen Ternan (en el centro) con sus dos hermanas, Maria y Frances. The Enthoven Col. Cortesía del Victoria and Albert. Museum, Londres.*

*La madre de Ellen Ternan durante una representación de* All's Well That Ends Well, *de Shakespeare.* ▶

tonces. Se enamoró tan apasionadamente como cuando de joven perseguía a la huidiza Maria Beadnell. Se separó de su esposa, la madre de sus diez hijos, en circunstancias que perjudicaron su reputación y le costaron muchos buenos amigos. Tomó la fatal decisión –fatal en el sentido de que acortó su vida– de dedicarse de forma profesional a dar lecturas públicas de sus obras. Sus últimos años yacen a la sombra de esos acontecimientos.

La mujer de la cual se enamoró era una joven actriz, rubia y bonita, llamada Ellen Ternan. Se ha dicho que la conoció, cuando ella tenía unos dieciséis años, un día en que la encontró entre bastidores en el teatro Haymarket llorando porque le parecía que su traje de escena resultaba indecoroso. (Suponiendo que sea cierto, lo más probable es que la muchacha derramara unas lagrimitas con el fin de atraer su atención, dado que ella pertenecía a una familia de actores y conocía al dedillo los trucos de su profesión,



# TAVISTOCK HOUSE THEATRE.

UNDER THE MANAGEMENT OF MR. CHARLES DICKENS.

*On Twelfth Night, Tuesday, January 6th, 1857,* AT A QUARTER BEFORE 8 O'CLOCK, *will be presented*

AN ENTIRELY NEW

ROMANTIC DRAMA, IN THREE ACTS, BY MR. WILKIE COLLINS,

CALLED

# THE FROZEN DEEP.

*The Machinery and Properties by* MR. IRELAND, *of the Theatre Royal, Adelphi. The Dresses by* MESSRS. NATHAN, *of Titchbourne Street, Haymarket. Perruquier,* MR. WILSON, *of the Strand.*

THE PROLOGUE WILL BE DELIVERED BY MR. JOHN FORSTER.

| | |
|---|---|
| CAPTAIN EBSWORTH, *of The Sea Mew* | MR. EDWARD PIGOTT. |
| CAPTAIN HELDING, *of The Wanderer* | MR. ALFRED DICKENS. |
| LIEUTENANT CRAYFORD | MR. MARK LEMON. |
| FRANK ALDERSLEY | MR. WILKIE COLLINS. |
| RICHARD WARDOUR | MR. CHARLES DICKENS. |
| LIEUTENANT STEVENTON | MR. YOUNG CHARLES. |
| JOHN WANT, *Ship's Cook* | MR. AUGUSTUS EGG, A.R.A. |
| BATESON } *Two of The Sea Mew's People* | MR. EDWARD HOGARTH. |
| DARKER } | MR. FREDERICK EVANS. |
| (OFFICERS AND CREWS OF THE SEA MEW AND WANDERER.) | |
| MRS. STEVENTON | MISS HELEN. |
| ROSE EBSWORTH | MISS KATE. |
| LUCY CRAYFORD | MISS HOGARTH. |
| CLARA BURNHAM | MISS MARY. |
| NURSE ESTHER | MRS. WILLS. |
| MAID | MISS MARTHA. |

THE SCENERY AND SCENIC EFFECTS OF THE FIRST ACT, BY MR. TELBIN.
THE SCENERY AND SCENIC EFFECTS OF THE SECOND AND THIRD ACTS, BY **Mr. STANFIELD, R.A.**
ASSISTED BY MR. DANSON.
THE ACT-DROP, ALSO BY **Mr. STANFIELD, R.A.**

*Cartel para una representación teatral de Dickens y sus amigos.*



*Una escena del extravagante melodrama* The Frozen Deep, *representado en Tavistock House. Mander and Mitchenson Theatre Col.*

pues no es lógico que estuviera disgustada por un vestido que ya se había puesto en otras ocasiones.) Lo que sí sabemos es que Ellen, su hermana Maria y su madre, todas ellas actrices profesionales, fueron contratadas para una representación en Manchester de *The Frozen Deep*, un melodrama sobre los exploradores del Polo Norte escrito por Wilkie Collins en colaboración con Dickens. La obra ya se había representado en Londres, bajo la dirección de Dickens, quien también hacía el papel de protagonista, para lo cual se dejó crecer la barba a fin de encajar mejor en el personaje de explorador. En Manchester la representación se celebraba en un teatro mucho más grande y no se podía contar sólo con actrices aficionadas, por lo cual fue necesario contratar a actrices profesionales con



mayor experiencia. Así fue como se contrató al trío de las Ternan. El papel de Ellen era insignificante. Fueron las lágrimas de su hermana Maria las que rodaron sobre los bigotes y barba de Dickens en la escena en que muere el explorador. Pero fuera del escenario, fue la diminuta y rubia Ellen, con su linda carita y grandes ojos azules, quien no tardó en pasar a desempeñar el papel de protagonista. Nada tiene de particular que él correspondiera a las atenciones de la muchacha coqueteando con ella, puesto que siempre se había sentido atraído por jóvenes alegres y bonitas. Pero en esta ocasión su imaginación le tendió una trampa. Se sentía cautivado, se encaprichó y acabó enamorándose. Ella aún no había cumplido los veinte y él rondaba los cincuenta años.

Ni siquiera ahora, cuando el secreto ha sido revelado tras permanecer celosamente oculto por más de medio siglo, conocemos muchos detalles de esa relación. Sí sabemos que algún tiempo después de que Dickens se separase de su esposa, Ellen se convirtió en su amante; que se instaló en una casa en Peckham y que dio

BBC Hulton Picture Library



a luz un hijo que murió. (Después de morir Dickens, ella se casó con un profesor semiinválido llamado Robinson, tuvo un hijo y una hija, y vivió hasta el año 1914. El hecho de que no dejara constancia alguna de su relación con Dickens –para desgracia nuestra– es significativo.) Pero a partir de las evidencias de que disponemos, incluyendo la veleidosa conducta de las posteriores heroínas del escritor, evidentemente copiadas de ella, no resulta descabellado suponer que si bien Ellen no podía resistirse a este hombre apasionado, dominante y famoso, en realidad no estaba enamorada de él. Más tarde confesaría que su situación en aquellos años le disgustaba profundamente, y es probable que colaborara a mantener el secreto no tanto por miedo a dañar la imagen pública de Dickens como por un sentimiento de vergüenza, unido al deseo de olvidar ese capítulo de su vida. Según parece, la joven no poseía un atractivo singular ni rasgo alguno digno de resaltarse. Pero lo que sí es cierto es que este hombre genial proyectó sobre ella la imagen de sus más íntimos anhelos.

◀ *Dickens con su familia y algunos amigos, en 1857. Fue una de las últimas ocasiones en que el escritor apareció en público con su esposa. Poco después se separarían tras veintidós años de matrimonio.*




*Catherine Dickens, en una fotografía tomada hacia 1858. Aunque sólo contaba cuarenta y tres años cuando se separó de Dickens, había engordado y no conservaba su buena apariencia de años atrás.*

Era evidente que ella no podía ir con él a todos lados, aunque le acompañó en algunos viajes, y la mayor preocupación de Dickens durante su segunda visita a América era si debía o no perdirle que se reuniera con él. Georgina y las dos hijas de Dickens, que se quedaron a vivir en Gad's Hill Place, así como sus amigos más íntimos, estaban, naturalmente, al corriente del asunto. Con todo, la relación, que duró más de diez años, fue un secreto celosamente guardado. Es posible que aquella vieja sensación de que le «faltaba algo» ya no le turbara, puesto que ahora tenía a Ellen, pero en todos los demás aspectos ella debió de suponerle una complicación en su vida.

Es lógico pensar que a Ellen le disgustara su ambigua situación y el secreto que le rodeaba, y que a menudo exteriorizara su disgusto y se mostrara exigente y difícil de complacer. El había rebasado los cincuenta y envejecía rápidamente, en tanto que ella tenía poco más de veinte años. Tenían pocas cosas en común. Probablemente no gozaron mucho de la placentera vida doméstica que




*Georgina Hogarth (1827-1917), «la mejor y más sincera amiga que un hombre pudiera tener». Era cuñada de Dickens, por el que sentía un gran cariño.*

Dickens celebraba no sólo en sus novelas, sino también en la realidad. En ocasiones, él debió de sentirse culpable; en otras, lo que tal vez fuera peor, ridículo. Por otro lado, estaba la angustiosa necesidad de mantener el secreto. El posible sosiego de cuerpo y espíritu que ella le aportaba sin duda le costó a él gran tensión y ansiedad, un precio muy elevado.

Sabemos que desde algunos años atrás Dickens no era feliz con su esposa, pero no existe la menor duda de que fueron sus arrebatados sentimientos por Ellen Ternan, poco antes de convertirse ésta en su amante, los que le llevaron a poner fin a su matrimonio. El y Kate llegaron a un acuerdo para separarse de forma oficial. Kate seguiría viviendo en Londres con su hijo mayor, Char-

*Edmund Yates, el periodista a quien Dickens apoyó en la querella que tuvo con Thackeray en el club Garrick.*


The Dickens Fellowship

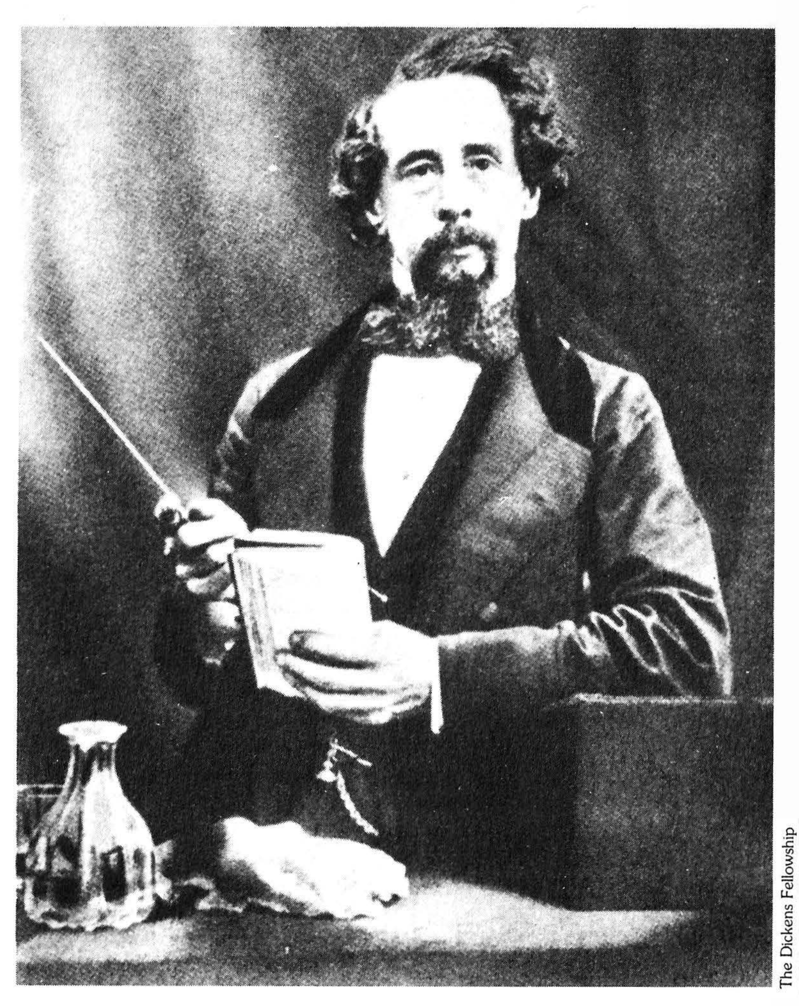
ley, mientras que los hijos menores permanecerían en Gad's Hill con su padre y la tía Georgina, a quien no le importó el escándalo que supuso su decisión de seguir en la misma casa que su hermana se había visto forzada a abandonar. Aunque es posible que Georgina estuviera más unida a los niños que Kate y es cierto que llevaba muchos años al frente de la casa, la expulsión de la atribulada y llorosa Kate del domicilio conyugal fue un hecho lamentable. Dickens debió abandonarla mucho antes de tener diez hijos con ella, o resignarse ante su situación matrimonial. Pero en aquellos momentos, locamente enamorado, viéndose de nuevo como un muchacho en vez de un marido y padre cincuentón, no fue capaz de obrar con sensatez. Las cosas no tardarían en empeorar.



*Thackeray y Dickens, en una caricatura de la época de su disputa.*

Haciendo caso omiso de las protestas de Forster y otros amigos, redactó una declaración, fatua y solemne, exponiendo su situación doméstica, y en principio se propuso enviarla a *The Times*. Al final la mandó a *Punch*, y cuando su viejo amigo Mark Lemon se negó, con toda justicia, a publicarla, se peleó con él. Como quiera que sus editores Bradbury y Evans eran los propietarios de *Punch*, no vaciló en enfrentarse también con ellos. Insistió en que la declaración apareciese en *Household Words*, y luego, al cabo de poco tiempo, dejó de publicar la revista y fundó otra, llamada *All the Year Round*, en la que Bradbury y Evans no tenían participación. Asimismo, llegó a un nuevo acuerdo con Chapman y Hall para que éstos se encargaran de publicarle todas sus futuras novelas. Y los amigos que se pusieron del lado de la desdichada Kate, o simplemente se oponían a que él publicara su declaración, no tardaron en verse enemistados con él. En esta ocasión, Dickens se comportó más como un jovencito enamoriscado que como un hombre maduro y responsable.

Sin embargo, en una querella que se suscitó poco después y que nada tenía que ver con su vida privada, parece que Dickens actuó con justicia. Edmund Yates, joven periodista aficionado al chismorreo, hijo de una conocida actriz, escribió un desfavorable e impertinente artículo sobre Thackeray. Yates y Thackeray eran miembros del club Garrick. Afirmaba Thackeray que la descripción que hacía Yates de su forma de hablar por fuerza debía basarse en algo que había oído decir Yates en el club, y no vaciló en presentar una queja ante el comité de dicho club. Yates pidió a Dickens, miembro también del Garrick, que le apoyara, y Dickens convino en que la queja presentada por Thackeray carecía de fundamento puesto que el club no aparecía para nada en el mencionado artículo. No obstante, el comité advirtió a Yates que debía presentar su dimisión como miembro del club. Respaldado por Dickens, Yates se negó a acatar esa decisión, y durante algunos meses corrieron rumores de que iba a entablarse un proceso legal para el que se contratarían los servicios de un prestigioso abogado. La demanda no prosperó, pero durante esos meses los círculos literarios y periodísticos de Londres permanecieron divididos en dos bandos contrarios. La amistad que pudo haber existido entre Dickens y Thackeray –que en ningún momento fue íntima ni entrañable– quedó destrozada a partir de entonces. La disputa sirvió para fomentar la leyenda, que sobrevivió a ambos escritores, de que entre ellos había existido una enconada rivalidad como novelistas. Esto es del todo falso. Ninguno de los dos, habida cuenta de sus diferentes temperamentos, criterios y métodos de trabajo, estaba capacitado




*Dickens disponiéndose a comenzar una de sus lecturas públicas. Estas intervenciones atraían a un público numeroso y reportaron mucho dinero al escritor, pero agotaron su salud.*

*Dickens con sus hijas, su cuñada y varios amigos frente a Gad's Hill Place.* ►


The Dickens Fellowship

para juzgar cabalmente la labor del otro. En esta querella, Dickens, al tomar partido por Yates, parece que estuvo acertado, puesto que Thackeray, por más que le enojara el ataque de Yates (sin olvidar que en su primera época como articulista de *Punch*, Thackeray se había mostrado no menos vengativo y poco escrupuloso), no debió dejar que su ira le llevara al extremo de presentar una queja al comité del Garrick. La mayoría de los periodistas, en especial los conocidos como «los bohemios», apoyaban a Yates y a Dickens; pero otros, y lo que podría denominarse la opinión de los «manda-




*Dickens escribiendo en Gad's Hill Place.*

rines» de los medios literarios, tomaron partido por Thackeray, hecho que probablemente dañó la reputación de Dickens en tales medios.

Pasemos ahora a analizar su decisión de dar unas lecturas públicas de sus obras en plan profesional. Forster, que seguía siendo su principal consejero, se mostraba contrario a dichas lecturas, alegando que no eran dignas de un autor de su prestigio. Dickens sostenía que esas lecturas le permitirían ganar mucho dinero en poco tiempo. Ciertamente necesitaba dinero, puesto que ahora tenía que mantener tres residencias: la suya en Gad's Hill, la de Kate en Londres y la de Ellen Ternan en Peckham. Sin embargo, los beneficios que iba a sacar de ellas no era el único motivo por el que estaba empeñado en darlas. Necesitaba sentir la emoción de los viajes y la satisfacción que le brindaban sus triunfales apariciones personales. Deseaba ejercer su poder de fascinación sobre los nutridos públicos que acudían a verle y oírle, escuchar sus risas, sollozos y aplausos, a fin de asegurarse de manera directa e inequívoca que para la mayoría de la gente él seguía siendo «el inimitable.» No se trataba, en rigor, de unas lecturas, sino más bien de unas actuaciones minuciosamente preparadas y escenificadas, para las cuales recortaba y reformaba los textos originales al objeto de producir un inmediato e impresionante efecto dramático.

Los personajes estaban brillantemente representados en toda su amplia variedad. Aquello venía a ser en realidad una estupenda escenificación teatral a cargo de un solo hombre. Todos los testimonios de que disponemos coinciden en que Dickens era único a la hora de expresar el humor, el *pathos* o el terror pánico, llegando casi a hipnotizar a sus numerosos auditorios.

Estas actuaciones, sin embargo, eran como una droga de la que Dickens necesitaba cada vez dosis mayores. Antes de que el público abandonara la sala, había conseguido aterrorizarle con el asesinato de Nancy a manos de Sykes, poniendo en ello tal empeño que él mismo acababa destrozado cada noche. Por otra parte, aunque trataba de conservar sus energías para sus apariciones frente a su mesa de lectura –que siempre llevaba consigo, pues la había mandado construir expresamente y estaba brillantemente iluminada con lámparas de gas–, no conseguía escapar de los entusiastas admiradores que le aclamaban por doquier, y rara vez disponía de unos momentos de tranquilidad, de tal modo que el desgaste nervioso y la tensión que debía soportar durante esas giras eran enormes. Aunque siempre había sido capaz de realizar grandes esfuerzos físicos, lo cierto es que no poseía una constitución realmente robusta. Envejeció rápidamente en esos años, y muchas



*El llamado «comité de la invención». Cada invierno Dickens invitaba a sus amigos a que colaboraran con él en los escritos especialmente dedicados a la Navidad.*

*Ilustración de «Phiz» para la portada de* Historia de dos ciudades, *1859.* ▶

de las personas que le veían se asombraban del desmejorado aspecto que presentaba. Sus amigos y allegados no se cansaban de recomendarle que abandonara las lecturas públicas y se quedara trabajando tranquilamente en su estudio. Mas él persistía en su empeño, no tanto por dinero, ni exclusivamente por la emoción y el aplauso que la experiencia le proporcionaba, sino por una extraña sensación de desespero, como si se viera impelido a salir al encuentro del desastre. El novelista más famoso del mundo –pues lo era en aquellos años de 1860– había resuelto, en lo más hondo de su personalidad, acabar con sus fuerzas.



Algo de eso, unido a un sentimiento de rebeldía en su aspecto más violento, se revela en *Historia de dos ciudades* (*A Tale of Two Cities*). Influida en gran medida por *La Revolución Francesa*, de Carlyle, a quien Dickens admiraba profundamente, esta historia romántica, que carece apenas de humor y no posee una nutrida galería de personajes, nada tiene en común con las novelas de su madurez, ni siquiera con el resto de sus obras en general. Su vigorosa acción y recia y compleja trama, no exenta de asombrosas coincidencias, le prestan un aire teatral. Un melodrama sentimental titulado *El único camino,* basado en este relato, gozó de gran popu-


The Enthoven Col. Cortesía del Victoria and Albert Museum, Londres.

*Ellen Ternan, hacia 1857.*

titulado *El único camino*, basado en este relato, gozó de gran popularidad a lo largo de muchos años de nuestro siglo. Acaso la noble renuncia de Sydney Carton, personaje que revela en parte la autocompasión de Dickens, como mejor se aprecia es contra un telón de fondo y con acompañamiento musical.

La siguiente novela de Dickens, *Grandes esperanzas* (*Great Expectations*), tuvo que ser escrita inicialmente como un serial semanal para *All the Year Round*, debido al escaso éxito de un cuento de Charles Lever que se publicaba a la sazón por entregas en dicha revista. Eran unos tiempos difíles para Dickens. Aunque



*Daniel Maclise (1806-1870), autor de numerosos retratos de Dickens.*

veía continuamente a Ellen Ternan, ella seguía viviendo con su madre. Sus hijos crecían y él tenía que decidir el camino que debían emprender. Uno de sus hermanos y varios de sus amigos murieron. Pero Dickens parecía ansioso de romper con el pasado. En Gad's Hill quemó un día todas las cartas y documentos privados de los últimos veinte años, cientos de cartas de Carlyle, Tennyson, Browning, Rogers, Sydney Smith, Bulwer-Lytton, lady Blessington, Ainsworth, el capitán Marryat, Cruishank, Maclise y otros artistas se convirtieron en humo.

Con todo, algunas experiencias de su lejano pasado, como la humillación que le supuso el episodio de la fábrica de betunes, se revelan en *Grandes esperanzas*. No se trata de una obra autobiográfica, ni siquiera en el sentido limitado que lo fue *David Copperfield*, pese a ser Pip quien relata su propia historia. Pero en la novela aparece aquel pasado, junto con la actitud que había mantenido Dickens al respecto y que ahora juzgaba equivocada. Posiblemente contuviera también parte de su presente, pues no es difícil imaginar que algunos de los aspectos menos halagüeños de Ellen pudieron sugerirle el personaje de Estella. Por lo demás, Dickens no habría podido crear tiempo atrás la amarga y desdichada relación entre Pip y Estella. No deja de ser lamentable que al revisar las primeras pruebas de la novela, estando hospedado con Bulwer-Lytton en Knebworth, accediese, ante la insistencia de su amigo, a suavizar el final originalmente previsto. Aparte de esa nota falsa, *Grandes esperanzas* merece figurar, como ha figurado siempre, entre sus novelas más populares. Aunque no posee el amplio alcance y complejo simbolismo de otras novelas posteriores, su narrativa resulta más definida, su humor más matizado; representa un formidable estudio de un amor imposible, y en el relato que hace Pip de su persona se advierte con patente claridad una crítica social acerca del poder del dinero y del concepto victoriano del «caballero de fortuna».

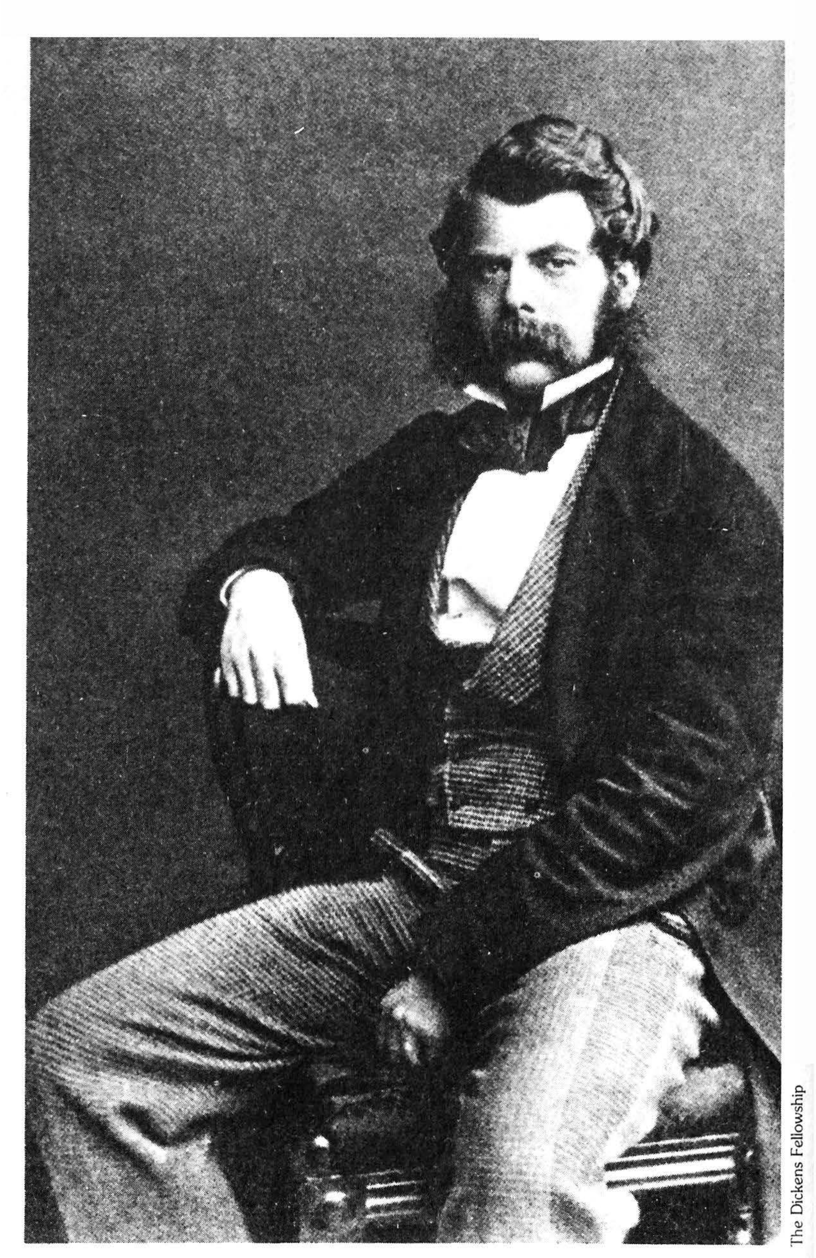
Cuando hubo terminado *Grandes esperanzas*, que fue publicada en tres volúmenes después de haber aparecido por entregas, Dickens decidió, a finales del otoño de 1861, dar nada menos que cincuenta lecturas públicas. Pero su agente Arthur Smith, un hombre extremadamente eficiente, había muerto, y la gira estuvo mal organizada. No pudo empezar con peor pie: tuvo que ser interrumpida a causa del fallecimiento del príncipe consorte. Aunque acabó siendo un clamoroso éxito, los nervios y la vitalidad de Dickens se vieron seriamente afectados.

Durante los años siguientes, hasta que en la primavera de 1864 comenzó a publicarse en cuadernos mensuales *Nuestro común amigo* (*Our Mutual Friend*), escribió muy poco. Aunque ya estaba instalado en Gad's Hill, pasaba mucho tiempo en Londres, y durante el periodo en que Georgina estuvo convaleciente de una grave enfermedad, alquiló una casa en París para él, su cuñada y su hija Mary. Durante aquellos años fallecieron muchas personas allegadas a él: su madre, la madre de Kate, Augustus Egg, Thac-

*«Aquel que nos inspira grandes esperanzas». Caricatura de Dickens aparecida durante la publicación de* Great Expectations. ▶



FROM WHOM WE HAVE
GREAT EXPECTATIONS



The Dickens Fellowship

*Arthur Smith, agente encargado de preparar las giras de Dickens.*



*John Leech (1817-1864), gran caricaturista de* Punch, *fue uno de los muchos viejos amigos de Dickens que murieron durante los últimos años de la vida de éste.*

The Dickens Fellowship

keray, John Leech y Walter Landor Dickens, su hijo, al que había enviado a la India, donde el muchacho falleció el último día del año 1863. Tras frecuentes y copiosas cenas en Londres, Dickens empezó a padecer fuertes dolores en su pierna y pie derechos, sobre los que tenía que aplicar paños húmedos y calientes para aliviar sus dolores. Este contratiempo, unido a la ardua tarea que suponía escribir *Nuestro común amigo*, le obligaron a permanecer cierto tiempo en Gad's Hill guardando reposo. Después llevó a Ellen Ternan a Francia, y a su regreso a Inglaterra, el tren de Folkestone sufrió un accidente en un tramo de la vía que estaba en reparación y ocho vagones se precipitaron por un terraplén hasta el río, muriendo varios pasajeros y resultando heridos muchos otros. Ni él ni Ellen sufrieron daños, y Dickens se comportó en todo momento con gran coraje y presencia de ánimo, haciendo cuanto podía por socorrer a los moribundos y heridos. El verdadero *shock* vino más tarde, y durante muchos meses la sola idea de un viaje en ferrocarril le producía temblores y le sumía en un estado de gran




*Reconstrucción gráfica del desastre ferroviario de Staplehurst, 1865.*

*La City de Londres, hacia 1860, según un grabado de G. Doré.* ►

nerviosismo. Es posible que nunca consiguiera recuperarse de la impresión que le produjo el accidente.

Después de aparecer en cuadernos mensuales, a un chelín, *Nuestro común amigo* fue publicada en dos volúmenes a finales de 1865. Fue la última novela que Dickens logró completar, y es sin duda una de sus mejores obras. A diferencia de otras, no está situada en el pasado, sino que en ella se describe el Londres en pleno desarrollo de los años 1860, repleto de nuevos moradores vanos y frívolos, como los Veneerings; una ciudad donde alguna


SALE
DAILY
NEWS

Cassell's Old and New London.

*Los montones de basura de Londres, un tema que Dickens refleja en* Nuestro amigo común.

gente se enriquecía rápidamente. Asimismo, era una ciudad donde se recogían las basuras y desperdicios en unas carretas y luego eran abandonados, formándose con el tiempo unas inmensas pilas de cochambre. Esos montones de basura eran muy valiosos, y se llegó a pagar por uno hasta 40.000 libras. Dickens conocía todo lo relativo a este asunto, pues años antes de escribir *Nuestro común amigo* había publicado un artículo en *Household Words* a propósito de los acaudalados contratistas de la recogida de basuras, los amos de esos montones de desperdicios. Fue la suya una ocurrencia genial al basar su historia en la riqueza acumulada a cuenta de esas pilas de desechos. La misma ciudad de Londres, desde luego, no era sino otro montón de basura.

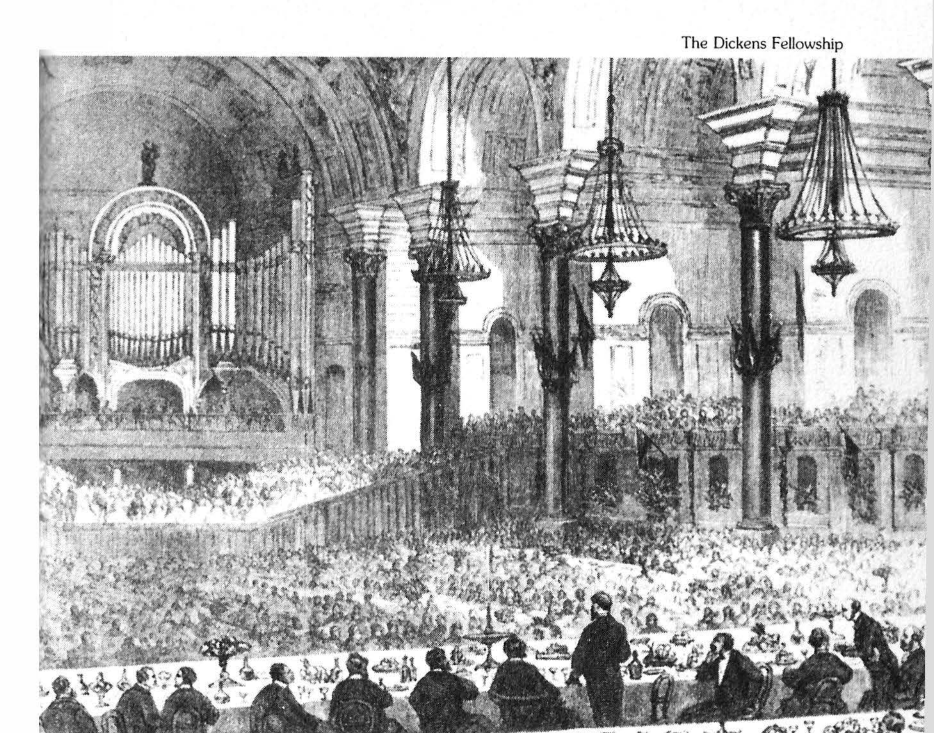
*Nuestro común amigo* viene a ser una mezcla sombría de cólera y desesperación. Como novela presenta ciertos defectos. Resulta demasiado polvorienta, lúgubre; su argumento es excesivamente complejo y, en rigor, corresponde a otro género de novela; su crudo humor, en contraste con su sátira, que es espléndida, resulta mecánico, forzado; y el autor recurre con demasiada frecuencia al método de dirigirse a sus lectores desde su privilegiado lugar con el fin de llamarles la atención. Pero los personajes principales, especialmente Eugene Wrayburn, Bradley Headstone y Bella Wilfer, están maravillosamente delineados; y los apuntes satíricos de Podsnap y su círculo resultan soberbios. Su complicado simbolismo, que reduce toda una sociedad y sus valores a polvo y basura, es un gran acierto de la imaginación creativa de Dickens. Se trata, en definitiva, de una salvaje sátira con aliento poético.

# 12. Un adiós lleno de gratitud, respeto y afecto

Aunque evidentemente la salud de Dickens se iba deteriorando a lo largo de 1866, aceptó un ofrecimiento de los señores Chappell para dar treinta lecturas públicas en diversos sitios, a 50 libras la velada con todos los gastos pagados. Dickens tuvo la suerte de dar con un hombre muy hábil, George Dolby, quien se ocupó de organizar la gira. Fue Dolby quien marchó a América para gestionar las lecturas que daría allí Dickens. Hacía años que éste proyectaba hacer una nueva gira americana, pero entonces estalló la Guerra Civil. (Curiosamente, teniendo en cuenta sus anteriores ataques contra la esclavitud, sus simpatías estaban del lado del Sur.) Una vez acabada la guerra, J.T. Fields y un grupo de amigos de Boston ofrecieron a Dickens 10.000 libras como garantía que él podría depositar en un banco de Londres antes de partir. Forster y otros



The Dickens Fellowship



*Un banquete en honor de Dickens.*

◀ *«Adiós a Dickens». Esta caricatura apareció en un periódico de Londres con motivo del segundo viaje del escritor a América.*

amigos se mostraron contrarios a esta gira americana, pero cuando Dolby hizo saber a Dickens el gran interés que tenía el público estadounidense en oírle, aceptó ir. Hubo varias cenas de despedida rematadas por un gran banquete en Fremason's Hall, con más de cuatrocientos invitados varones y un centenar de señoras que agitaban sus pañuelos desde una galería, todo ello amenizado por los sonoros acordes de la banda de los Grenadiers Guards. Dickens zarpó de Liverpool en noviembre de 1867, y no regresó a casa hasta el mes de mayo del año siguiente.

Esta segunda visita a América resultó muy distinta de la primera, emprendida veinticinco años antes. Esta vez no llegó a los Estados centrales. La mayoría de sus lecturas las dio en Boston y Nueva York, aunque visitó de nuevo Baltimore y Washington y dio también algunas lecturas en pequeñas poblaciones del este. No hubo



*«El león británico en América». Caricatura aparecida en* The Daily Joker, *periódico satírico de Nueva York.*

*Fotografía de Broadway, Nueva York, hacia 1860.* ▶

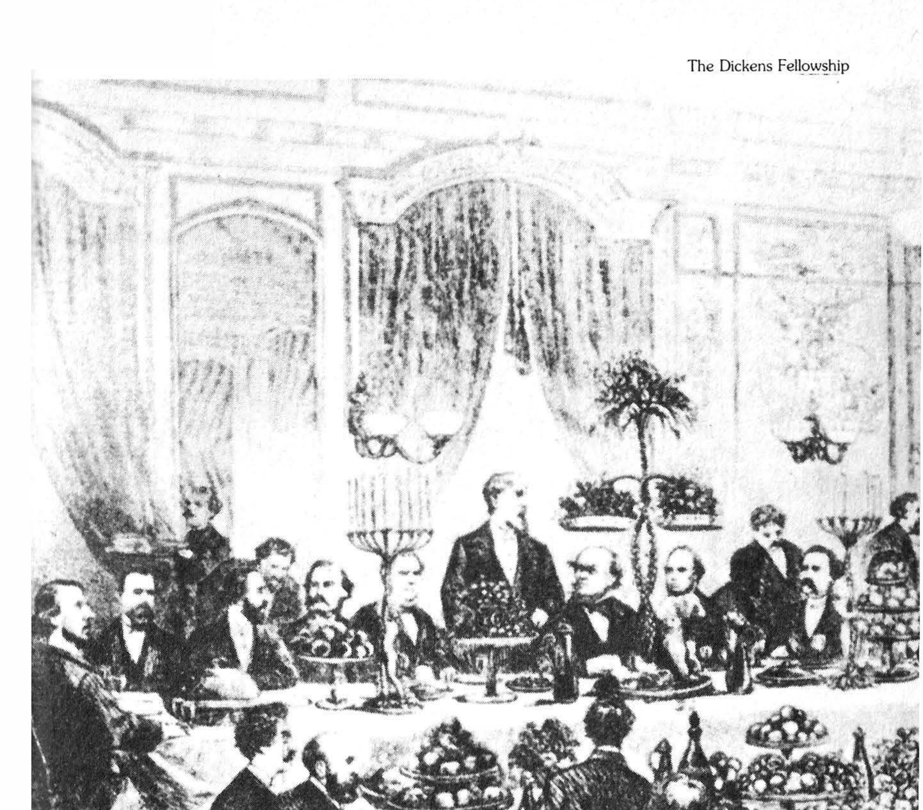





más ataques en la prensa contra él; sólo algunas quejas por el modo en que resolvía Dolby el problema de las entradas, puesto que la demanda de localidades era muy elevada.

El estado de salud de Dickens había empeorado notablemente, y sólo aprovechando los escasos ratos que tenía para descansar, tomando pocos alimentos sólidos y poniendo en juego su asombrosa fuerza de voluntad, logró resistir. Durante los últimos días en Nueva York, donde no sólo tuvo que leer sino también hablar en el transcurso de un banquete con la prensa, padecía constantes dolores, era atendido por un médico todos los días, y a menudo cuando no estaba en público se desmoronaba.

The Dickens Fellowship



*El gran banquete que la prensa de Nueva York ofreció a Dickens en abril de 1868. Dibujo aparecido en el* Chicago Illustrated News.

◀ *Caricatura sobre las lecturas públicas de Dickens en Estados Unidos.*

Antes de partir, dedicó grandes elogios a la simpatía y generosidad de sus anfitriones americanos, así como a los cambios favorables que había podido advertir durante su visita. Aunque el dólar no se había recobrado aún de los efectos de la guerra, siendo el tipo de cambio de siete dólares por cada libra, él percibió unas 20.000 libras. Pero las había conseguido a costa de un gran esfuerzo, que probablemente acortó su vida.

Durante la travesía de regreso aprovechó para reposar y recuperar fuerzas. Su médico llegó incluso a decir que presentaba mucho mejor aspecto que cuando partió para América. Había mucho que hacer. Su ayudante de redacción, Willis, había sufrido un acci-



*Dickens en 1868. Fotografía realizada por el fotógrafo estadounidense Ben Gurney.*

dente, de tal modo que tuvo que ocuparse de todo lo relativo a *All the Year Round*, además de escribir unos cuentos cortos para la revista. Recibió numerosas visitas en Gad's Hill. Su hijo menor, Plorn, fue enviado a Australia a reunirse con su hermano mayor. Luego, a finales del otoño, Dickens tuvo que cumplir el contrato que le unía a Chapman y Hall, en virtud del cual debía dar cien lecturas públicas por las que cobraría 8.000 libras. Haciendo caso omiso de todo consejo, decidió incluir en su programa, tras minuciosos ensayos de los espeluznantes efectos dramáticos, la escena del asesinato en *Oliver Twist*, escena que conseguía poner los pelos de punta a sus oyentes y a él le dejaba exhausto. ¿Por qué ese empeño en representar esa escena? Era como si algo siniestro y violento en él buscara una válvula de escape.

¿Por qué persistía con sus lecturas, cuando ya no podía disimular su enfermedad, estaba amenazado de parálisis del lado izquierdo y tenía que recibir tratamiento médico en todas las ciudades que visitaba? Cierto que necesitaba el dinero, puesto que había numerosas personas que dependían de él, pero habría podido ganarse muy bien la vida escribiendo tranquilamente en su casa. ¿Qué le llevaba a desoír las recomendaciones de sus médicos y de sus allegados? Sin duda se trataba de una desesperada inclinación suicida. Al célebre Dickens, que se había despedido de la muchedumbre en Nueva York saludando con la mano como un monarca, que a su llegada a Inglaterra había atravesado poblados, en Kent, repletos de banderas de bienvenida, que al parecer poseía todo cuanto había soñado de joven, en realidad no le importaba morir. Sin duda, detestaba la sociedad de su época y sabía que jamás se sentiría a gusto en ella. No es menos cierto que estaba desencantado con su vida privada y familiar. (Ellen Ternan también le había decepcionado, pues no deja de ser significativo que, aunque la nombró en su testamento, sólo le legó 1.000 libras.) También es cierto –y es un detalle que a menudo olvidan críticos y lectores– que sus asombrosos esfuerzos físicos habían mermado de forma notable su energía nerviosa. (Shakespeare murió, envejecido, a los cincuenta y dos años.) Pero aunque todo ello sea cierto, la razón fundamental que le llevaba a emprender ese camino suicida hay que buscarla en su mundo interior, donde un muchacho que no había conseguido crecer todavía se preguntaba si algún día podría escapar de la fábrica de betunes.

En esas tenebrosas simas debió de ser donde se gestó *El misterio de Edwin Drood* (*The Mystery of Edwin Drood*), una historia que empezó a escribir lenta y laboriosamente y que nunca llegó a terminar, convirtiéndose en uno de los enigmas más famosos de la




*Una caricatura francesa de Dickens, realizada por A. Gill y publicada en* L'Eclipse *de París el 14 de junio de 1868.*

*Manuscrito de la última página que escribió Dickens. Pertenecía a la novela* El misterio de Edwin Drood. *The Forester Col. Cortesía del Victoria and Albert Museum, Londres.* ▶

... penetrate into the Cathedral, ...
... the Resurrection and the Life. The cold stone tombs of centu[ries]
... flecks of brightness dart into the sternest marble corners of the
like wings.

Comes Mr Tope with his large keys, and yawningly unlocks and sets open. Come Mrs Tope and ... peeping down from the red curtains in the loft ... pedals. Come sundry rooks from various quarters of the sky, back to the great tower ... vibration, and to know that bell and organ are ... small and straggling congregation indeed: chiefly from Minor Canon Corner and the ... fresh and bright; and his ministering brethren, ... Come the choir in a hurry (always in a hurry, and struggling ... like children shirking bed), and comes John Jasper leading their line. Last of all comes ... stall ... choice collection ... very much at his serv[ice] ... Her Royal Highness the Princess Puffer.

... is well advanced before Mr Datchery can discern the Royal ... he has made her out, in the shade. She is behind a pillar ... the Choir-master's view, but regards him with the closest attention ... chants and sings. She grins when he is most musically fervid ... sees her do it — shakes her fist at him, behind the pillar's ...

... looks again to convince himself. Yes, again! As ugly and withered as one of the fantastic ... the stall seats, as malignant as the Evil One, ... holding the sacred books upon his wings (and according to ... them) she hugs herself in her lean arms, a[nd] ... the leader of the choir.

... the grated door of the choir, having eluded the vigilance of ... in which he is an adept, Deputy peeps, sharp-eyed, through the bars, ... stares astounded from the threatener to the threatened.

The service comes to an end, and the servitors disperse to ... accosts his last new acquaintance outside, when the choir ... their bedgowns off, as they were but now to getting them on) ...

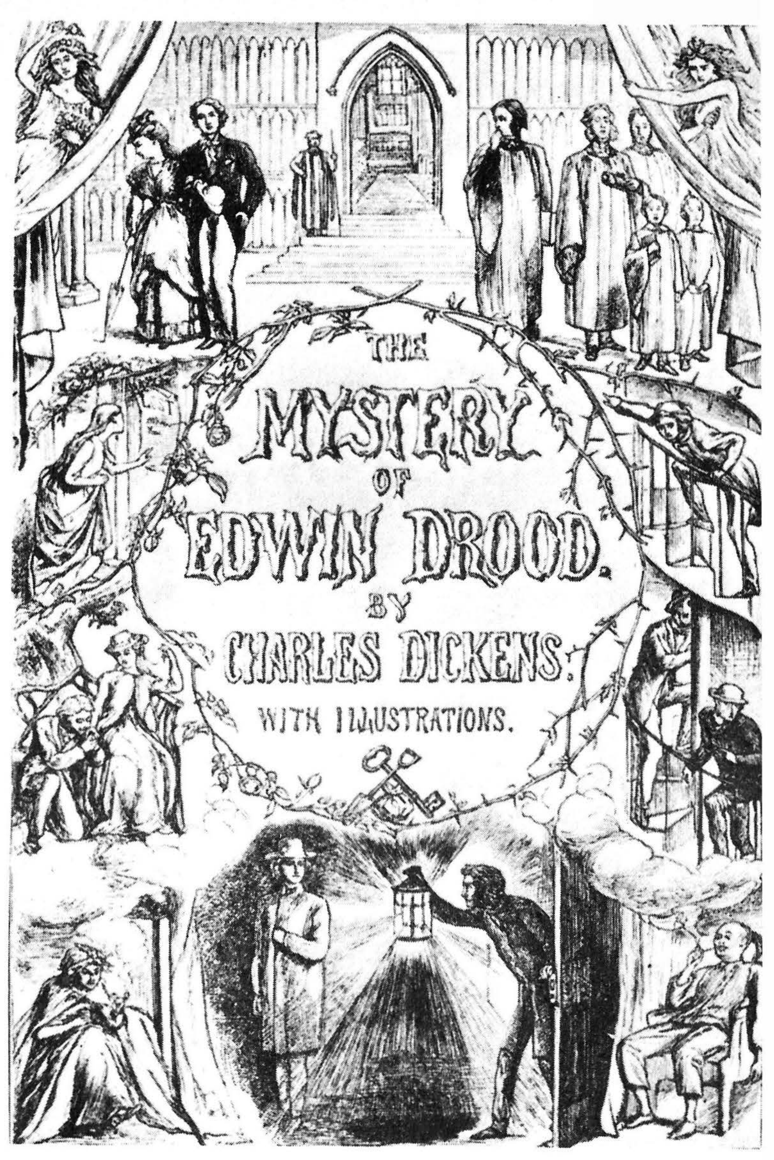
... mistress, Good morning. ... You have seen him?"

... him deary; I've seen him!"

... know him?"

... him! Better far, than all the Reverend Parsons put ...

Mrs Tope's care has spread a very neat clean breakfast ready for her lodger ... he opens his corner-cupboard door; takes his bit of chalk ... one thick line to the score, extending from the top of the ... and then falls to with an appetite.

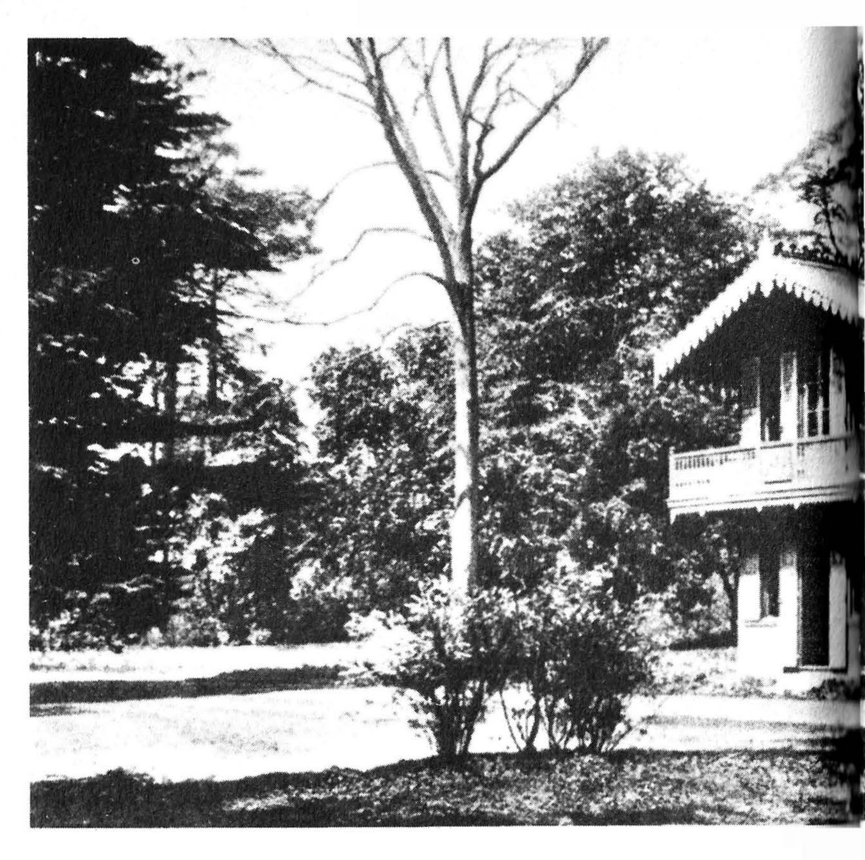



*Primera cubierta de la primera entrega de* El misterio de Edwin Drood. *Sólo llegaron a publicarse seis números por entregas.*

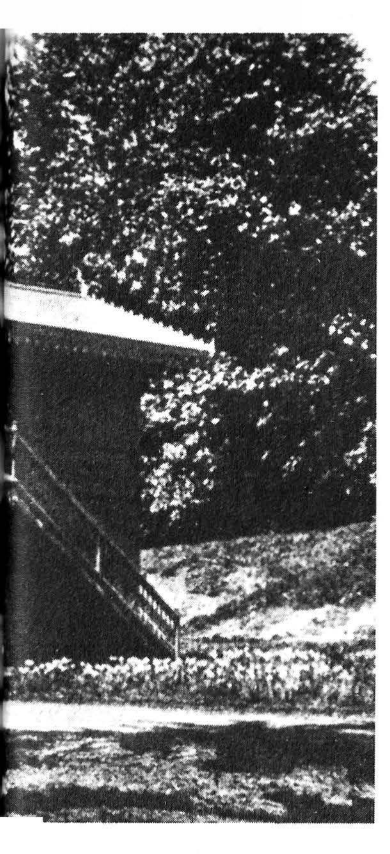
*La última lectura pública de Dickens, en St. James Hall, Londres, marzo de 1870.* ▶


The Dickens Fellowship

literatura. Posiblemente había decidido abordar el género del relato de misterio que su amigo Wilkie Collins había cultivado con tanto éxito, si bien otorgándole una atmósfera más exquisita y profunda, así como ciertos aditamentos orientales y ocultos tales como el opio, las actividades de una secta de asesinos en la India, el hipnotismo y la doble personalidad. Fuera o no consciente de ello, el caso es que estaba buceando en lo más hondo de su ser. Era un hombre dividido, sobre quien el asesinato siempre había ejercido gran fascinación, que relataba la historia de otro hombre dividido,



autor de un crimen. La escena se sitúa en Cloisterham, en la realidad, Rochester, su lugar predilecto; pero el ambiente es muy distinto, pues abundan en él signos siniestros, indicios de muerte, misterio; el sol mismo podría brillar en un sueño provocado por el opio. Sólo seis de sus entregas mensuales fueron escritas y publicadas, y aparecieron entre abril y septiembre de 1870, pero disponemos de datos suficientes sobre este extraño y misterioso relato para saber que Jasper es el personaje central y para adivinar que este hombre procedente de Oriente es un asesino y a la vez una víctima ofuscada, dividido entre el bien y el mal, y que este completo cuento es también una parábola y –lo supiera o no Dickens– un capítulo de profunda autorrevelación, una especie de confesión. Shaw, ávido de más crítica social, sólo vio en esta última obra «el gesto de un hombre más muerto que vivo», pero eso no es más que una crítica gratuita, puesto que Dickens nunca trabajó con tanto ahínco para



*El chalé de Dickens en Gad's Hill. Era regalo de su amigo, el actor suizo Charles Fechter, quien se lo envió a Dickens en piezas sueltas embaladas en cincuenta y ocho cajas, en 1865. En él fue donde Dickens escribió las últimas líneas para* El misterio de Edwin Drood, *novela que no llegó a completar.*

conseguir crear la atmósfera que él ambicionaba, para sugerir diversos matices, como en esos primeros capítulos de *Edwin Drood*. Es como si, pese a estar más muerto que vivo, avanzara a tientas hacia un nuevo género de ficción.

En marzo de 1870 consiguió, no sin grandes esfuerzos, dar su última lectura ante un auditorio entusiasmado en St. James Hall. «De estas luces rutilantes –dijo al final, con el rostro humedecido por las lágrimas– desaparezco para siempre con un adiós lleno de gratitud, respeto y afecto.» Durante esas semanas pasadas en Londres, y tal vez para complacer a Mary, su hija soltera que se hallaba con él, acudió a las grandes residencias del *establishment*. Fue presentado al príncipe de Gales durante una audiencia real; Mary fue presentada a la reina; ambos fueron convidados a un baile en la corte; desayunó con Gladstone; pronunció unas palabras para corresponder al brindis en homenaje a la literatura en el banquete de


JOHN DUKE of ARGYLE

la Academia; y asistió a una larga audiencia con la reina Victoria, quien le tuvo de pie durante hora y media. Según parece –y es un dato en el que han insistido algunos de sus biógrafos–, le fue ofrecida la dignidad de *baronet*, y él la aceptó. Pero en la excelente biografía de Edgar Johnson, la mejor que se ha escrito sobre Dickens hasta la fecha, el autor indica que ese rumor se originó debido a una carta humorística que Dickens escribió a Helps, secretario del Consejo del Rey. Lo que sí sabemos es que permaneció en Londres hasta fines de mayo, cenando y asistiendo al teatro en compañía de personajes ilustres, a pesar de las dificultades que tenía para moverse, y que incluso dirigió unas representaciones teatrales en privado. Sin embargo, todo parece indicar que él sabía bien que le quedaba poco tiempo de vida.

A finales de junio se trasladó a Gad's Hill, donde pasaba las mañanas trabajando en *Edwin Drood* en una especie de pequeño chalet suizo que había en el jardín. Su hija Katey fue a pasar el fin de semana con él y el domingo se quedó hasta tarde acompañando a su padre, quien le dijo que hubiera deseado ser «mejor padre y mejor hombre». Asimismo, le habló de las esperanzas que tenía puestas en *Edwin Drood*, «si es que, Dios mediante, consigo concluirla». Después de que Katey regresara a Londres, su hermana Mary dejó Gad's Hill para reunirse allí con ella. El 8 de junio Dickens hizo una excepción y estuvo trabajando todo el día, e incluso escribió algunas cartas en su estudio antes de cenar. En el comedor, Georgina observó que padecía dolores, y él le dijo que hacía una hora que se sentía indispuesto. De pronto, se levantó de la mesa, aduciendo que debía partir inmediatamente para Londres. Luego cayó al suelo, y entre Georgina y los sirvientes le colocaron sobre el sofá. Allí permaneció, inconsciente, toda la noche. Había sufrido un grave ataque cerebral. No recobró el conocimiento, y en la tarde del día siguiente, poco después de las seis, murió. Tenía cincuenta y ocho años.

La noticia de su muerte conmocionó y entristeció al mundo entero. Era como si una inmensa luz se hubiera extinguido. Sin embargo, incluso en aquellos momentos seguía persiguiéndole la ironía. El había expresado el deseo de ser enterrado sin ningún aparato en un pequeño cementerio de la localidad; jamás le habían importado el pasado histórico ni la tradición; había estado siempre en desacuerdo con el *establishment* inglés. Pero *The Times*, que en tantas ocasiones había censurado sus escritos, declaró que debía

◀ *Homenaje a Dickens en la abadía de Westminster, poco después de su muerte. Del* Illustrated London News.



La silla vacía, *el famoso retrato que Luke Fildes hizo del estudio de Dickens en Gad's Hill Place el mismo día de la muerte del escritor, inspiró numerosas caricaturas, como ésta aparecida en un periódico de Londres quince días después de la muerte de Dickens.*

ser enterrado en la abadía de Westminster, y así fue. Su tumba permaneció abierta varios días, y miles de personas desfilaron ante ella. Durante muchos meses después, su lápida aparecía rodeada siempre de montones de flores frescas. Inglaterra estaba de luto, pues acababa de perder al genio creador más fecundo que había conocido su literatura desde Shakespeare. Pero no tenemos más que abrir uno de los libros que ostentan su nombre, libros que han sido reeditados numerosas veces a lo largo de los últimos cien años, para comprobar que Charles Dickens todavía sigue vivo.

# Cronología

1812. 7 de febrero: nace Charles Dickens en el número 387 de Mile End Terrace, en Landport, Portsmouth.

1817. La familia Dickens se traslada a Chatham, donde Charles asiste por primera vez a la escuela.

1822. Su padre es trasladado a Londres. La familia se traslada de Chatham a un sector humilde de Camden Town. Su situación económica empeora y John Dickens es arrestado por deudas. La familia se aloja durante un tiempo con él en Marshalsea, la prisión para deudores. Charles es enviado a trabajar a la fábrica de betunes Warren, donde permanece unos seis meses.

1824. Dickens reanuda sus estudios en la Wellington House Academy.

1827. Consigue trabajo como oficinista en el bufete de unos abogados. Por las tardes estudia taquigrafía.

1829. Conoce a Maria Beadnell, hija de un banquero londinense, y se enamora de ella. Durante los dos años siguientes, trabaja como taquígrafo en Doctors' Commons. En sus ratos libres, se dedica a leer en el British Museum.

1832. Inicia su carrera como periodista escribiendo artículos para el *True Sun* y reportajes parlamentarios para *The Mirror of Parliament.*

1833. Diciembre: aparece publicada por primera vez una obra de Dickens en el *Monthly Magazine.*

1834. Agosto: trabaja como reportero parlamentario en el *Morning Chronicle* y utiliza por primera vez el seudónimo de «Boz».

1835. Dickens adquiere fama como reportero parlamentario y corresponsal político. Viaja por todo el país para asistir a actos públicos. Traba amistad con William Harrison Ainsworth, quien le presenta a Macrone, su primer editor.

1836. Febrero: publicación de *Los apuntes de Boz.*
Abril: Aparece publicada por entregas la novela *The Pickwick Papers*, obteniendo un gran éxito. Dickens contrae matrimonio con Catherine Hogarth. Abandona el *Morning Chronicle* para dedicarse a escribir novelas.

1837. Mayo: muere Mary Hogarth, cuñada de Dickens.

1838. Dickens publica *Oliver Twist*, de nuevo con gran éxito.

1839. Publicación de *Nicholas Nickleby*. Se acrecienta la fama de Dickens. Hace nuevas amistades y entra a formar parte de la sociedad literaria de Londres.

1840. Dickens crea *Master Humphrey's Clock*, un periódico semanal en el que aparecen publicados por primera vez *La tienda de antigüedades* y *Barnaby Rudge*.

1842. Enero-junio: Dickens visita Estados Unidos. Es objeto de una calurosa acogida, pero el país le decepciona.
Octubre: se publica *Notas americanas*, obra que causa un gran revuelo en América.

1843. Publicación de *Martin Chuzzlewitt* y *Canción de Navidad.* Dickens y su familia marchan al extranjero y se instalan en Génova.

1844. Diciembre: Dickens regresa a Londres para leer a sus amigos *Las campanas*, y después regresa al continente.

1845. Dickens y su familia realizan una visita a Italia y Francia, antes de regresar a Inglaterra. Dickens y Forster actúan con fines benéficos en *Cada cual según su humor*, de Jonson.

1846. Enero: primera publicación del *Daily News* bajo la dirección de Dickens. A las tres semanas dimite de su cargo de director y regresa al extranjero. Se instala con su familia en Lausana y luego en París, donde conoce a varios escritores franceses famosos.
Dickens escribe *Dombey e hijo* y *Cuento de Navidad*, emprende actividades sociales, filantrópicas y periodísticas y monta representaciones teatrales de aficionados, en las que también participa como actor.

1849. Mayo: publicación de la primera entrega de *David Copperfield*, la novela favorita de Dickens y, probablemente, la que más éxito obtiene.

1850. Marzo: Dickens comienza a publicar *Household Words.*

1851. Mayo: Dickens y su compañía de aficionados actúan para la reina y el príncipe consorte en Devonshire House, en Londres. Dickens se muda a Tavistock House, en Bloomsbury.

1852. Se inicia la publicación de *La casa desolada*.

1853. Dickens pasa el verano en Boulogne, donde escribe los últimos números de *La casa desolada*. En octubre, realiza otra visita a Italia en compañía de Wilkie Collins y Augustus Egg.

1854. Publicación de *Tiempos difíciles*. Dickens pasa otro verano en Boulogne.

1855. Febrero: Dickens se encuentra de nuevo con Maria Beadnell, ahora señora de Winter.
Noviembre: viaja a París, donde pasa los seis meses siguientes.
Diciembre: se inicia la publicación de *La pequeña Dorrit*.

1856. Dickens vuelve a relacionarse con los medios literarios y artísticos de París.
Marzo: compra Gad's Hill Place, su última residencia permanente.
Junio: vuelve a instalarse en Boulogne para pasar el verano.

1857. Enero: se representa *The Frozen Deep*, de Wilkie Collins, en Tavistock House.
30 de junio: Dickens da su primera lectura pública en St. Martin's Hall, Londres.

1858. Dickens se enamora de Ellen Ternan y se separa de su esposa.
10 de junio: aparece en la primera página de *Household Words* una declaración personal acerca de su vida privada.
Se enemista con Thackeray a causa del asunto «Yates».

1859. Publicación de *Historia de dos ciudades*. Dickens funda un nuevo periódico llamado *All the Year Round*. Durante los once años siguientes viaja por todo el país dando lecturas públicas de sus obras.

1860. Comienza la publicación de *Grandes esperanzas*.

1864. Se inicia la publicación de *Nuestro amigo común*.

1865. Junio: Dickens es una de las víctimas, aunque no sufre daños físicos, del accidente ferroviario de Staplehurst. A partir de entonces su salud comienza a deteriorarse rápidamente.

1867 Dickens visita de nuevo Estados Unidos y obtiene gran éxito en sus lecturas públicas. Es agasajado por el Club de Prensa de Nueva York.

1868. Mayo: Dickens regresa a Inglaterra.

1869. Da más lecturas públicas en Inglaterra y asiste a numerosos actos sociales.

1870. Marzo: da su última lectura pública en Londres, y la reina Victoria le concede una audiencia.
Abril: se publica la primera entrega de *El misterio de Edwin Drood* y Dickens realiza su última aparición pública en una cena de la Royal Academy.
8 de junio: sufre un ataque cerebral en Gad's Hill Place y fallece al día siguiente.
14 de junio: sus restos mortales son enterrados en Poet's Corner, en la abadía de Westminster.

# Testimonios

## Hypolite Taine

Como todos los novelistas ingleses, Dickens es un autor extremadamente decente («respetable», en el sentido que los ingleses dan a este término). Tanto él como sus colegas escriben siguiendo el siguiente lema: «Sé decente y escribe tus novelas de tal forma que puedan leerlas hasta los adolescentes.»
(«Charles Dickens: son talent et ses oeuvres», en *Revue des Deux Mondes*, 1856)

## John Ruskin

Muchas personas inteligentes han olvidado el valor y la verdad que laten en los escritos de Dickens, simplemente porque éste retrata la realidad dotándola de rasgos caricaturescos. Ese olvido es una necedad, porque las caricaturas de Dickens, pese a su dureza, jamás carecen de un fondo de razón. A pesar de su estilo, de su forma de expresarse, las cosas que narra no dejan de ser verdaderas y objetivas. Me gustaría que limitase sus excesos retóricos y sus hipérboles a las obras dedicadas al esparcimiento del gran público, y que analizase con mayor minuciosidad y exactitud temas de trascendencia nacional como en *Tiempos difíciles*.
(*Cornhill Magazine*, agosto, 1860)

## Otto Ludwig

Dickens es realmente un poeta, un gran poeta, siempre activo y emotivo, y nunca un pensador abstracto y frío. La base de su poesía –y de toda auténtica poesía– es la imaginación, porque todos los demás recursos remiten en último término a ella. Sus personajes son abstracciones, pero nos llena de admiración cómo combina y varía sus contenidos. La mayor parte de sus personajes carecen de alma, son autómatas poéticos que ejecutan un determinado número de movimientos siguiendo un preciso mecanismo de relojería.
Una de sus grandes virtudes es su dominio de los diálogos. Asombra cómo desarrolla el asunto más trivial en extensas conversaciones que, en vez de cansar al lector, le fascinan. De «Boz» –como de Shakespeare– hay que decir que no sólo distrae al lector en la obra, sino con sus obras. Dickens sabe explotar la faceta amena de cada personaje. A decir verdad, sus obras son obras de tesis, lo que ciertamente le confiere mayor interés, aunque también disminuye su espontaneidad.
(*Tiempos difíciles de Dickens*, 1860)

## Lev N. Tolstoi

El primer requisito para que un autor alcance popularidad es que refleje con amor los caracteres de sus personajes. Por eso los de Dickens gozan de tanta difusión y

están tan cercanos a cualquier hombre: porque son una especie de vínculo de unión entre los ciudadanos de América y los de San Petersburgo.
(*Agenda de notas*, 1903)

**Gilbert Keith Chesterton**
Dickens fue más un mitólogo que un novelista: quizá el último y más excelso estudioso de los mitos. Sus personajes no siempre se transforman en personas de carne y hueso, pero siempre se convierten en una especie de dioses. Se trata de personajes como Punch o Papá Noel, por los que no pasa el tiempo, seres que viven en un perpetuo verano, siempre idénticos a sí mismos. Dickens no pretendió mostrar los efectos del tiempo y de las circunstancias sobre los personajes, ni tampoco la influencia de éstos sobre aquéllas. Su meta fue retratar caracteres en una especie de vacío feliz, en un mundo situado mucho más allá del tiempo.
(*Charles Dickens*, 1906)

**Franz Kafka**
Mi propósito era –ahora lo comprendo– escribir una novela al estilo de Dickens, una novela enriquecida con los destellos cegadores de la época y las luces más mortecinas de mi intimidad. La riqueza de ideas y la poderosa capacidad expresiva de Dickens dan lugar también a pasajes de espantosa insustancialidad, en los que de vez en cuando se agitan los logros conseguidos. Este disparatado conjunto produce una impresión bárbara, es un barbarismo en sí mismo que yo, gracias a mi debilidad y a mi gusto decadente, he evitado. Bajo la capa de ese estilo amanerado y rebosante de emotividad se esconde la insensibilidad más absoluta. Esos personajes brutales de caracterización tosca están entroncados de manera artificial y ficticia en cada hombre, y sin ellos Dickens no sería capaz de construir nunca una historia, ni siquiera la más superficial.
(*Diario*, 8 de octubre de 1917)

**André Gide**
Las maravillosas novelas de Dickens me causan a menudo una impresión de desagrado por su esquematismo y el carácter infantil de su –para decirlo con palabras de Nietzsche– jerarquía de valores. Cuando leo a Dickens, me parece asistir a uno de los «Juicios Finales» de Fra Angélico, en los que salvados, condenados e indecisos (¡de estos últimos no demasiados!) sirven de pretexto para representar la lucha entre ángeles y demonios... He elegido a Dickens como modelo porque de todos los novelistas conocidos es él quien se sirve de esa clasificación en su forma más simple: y en eso reside precisamente el secreto de su popularidad.
(*Dostoiewski*, 1923)

**Thomas Stearns Eliot**
Los personajes de Dickens –al igual que los de Dante y Shakespeare– pertenecen al ámbito de la poesía, puesto que una sola de sus frases es suficiente para actualizar su presencia entre nosotros.
(«Wilkie Collins and Dickens», en *Times Literary Supplement*, 1927)

**George Bernard Shaw**
Dickens nunca tuvo tiempo para formular sus creencias filosóficas o morales; sus últimas obras, las mejores, están empañadas por el mal que se vislumbra en el

mundo; pero, por lo menos, Dickens mantuvo siempre su inocencia intelectual, logrando evitar así el desesperanzado fatalismo seudocientífico que invadió el mundo durante los últimos años de la vida del autor.
(Prólogo a *Grandes esperanzas*, 1937)

## Miguel Delibes

Por encima de todo, tuvo Dickens tres virtudes esenciales que revelan al novelista de raza: agudeza para ahondar en el alma humana, facultad de desdoblamiento (es Dickens, seguramente, uno de los novelistas de todos los tiempos que más rica y variada galería de tipos humanos nos ha legado) y un personal sentido de la ambientación que hace que una página de este autor sea fácilmente identificable por un lector de mínima cultura.
(Prólogo a *Cuento de Navidad y El grillo del hogar*, 1971)

# Bibliografía


### Algunas obras de Charles Dickens publicadas en castellano

*Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1959.
*Canción de Navidad*. Barcelona, La Gaya Ciencia, 1978.
*Cuento de Navidad y El grillo del hogar*. Barcelona, Salvat, 1971.
*David Copperfield*. Barcelona, Juventud, 1978.
*El grillo del hogar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
*Historia de dos ciudades*. Barcelona, Toray, 1981.
*Historias del viejo Oeste*. Madrid, Doncel, 1972.
*Oliver Twist*. Barcelona, Juventud, 1978.
*Papeles póstumos del Club Picwick*. Madrid, Alianza, 1981.
*La pequeña Dorrit*. Barcelona, Toray, 1982.
*Tiempos difíciles*. Barcelona, Orbis, 1982.

### Obras sobre Charles Dickens

LEMONNIER, L.: *Dickens*. Barcelona, Planeta, 1963.

MAUROIS, A.: *Dickens*. Barcelona, Nausica, 1944.

MILLER, J. H.: *Charles Dickens. The World of his Novels*. Cambridge (Massachussets), 1958.

PEARSON, H.: *Dickens*. México, Grijalbo, 1964.

POPE-HENNESSY, U.: *Charles Dickens*. Buenos Aires, Losada, 1948.

SLATER, M.: *Dickens and Women*. Londres, 1983.

ZWEIG, S.: *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoiewski*. (En *obras completas*, tomo II.) Barcelona, Juventud, 1978, 8.ª ed.

# BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.



DICKENS

La biografía de Charles Dickens, uno de los más fecundos escritores de la literatura inglesa, tiene todos los ingredientes de sus más logradas narraciones. En síntesis, se trata de la aventura protagonizada por un joven que parecía condenado a perderse en los arrabales de la historia y que, sin embargo, tras numerosas peripecias, logró convertirse en uno de los escritores más populares de su tiempo. Tal vez por eso, porque el propio Dickens es su mejor personaje, la extensa obra dickensiana alcanza una nueva dimensión y acrecienta su interés cuando se proyecta sobre los episodios más destacados de la gran novela que fue la vida del autor.
J. B. Priestley, novelista y dramaturgo también inglés, cuya escritura tiene muchos puntos de contacto con la de Dickens, ha logrado reconstruir las circunstancias biográficas y la personalidad del creador de *The Pickwick Papers* y *Oliver Twist* en un relato que se caracteriza por su claridad, concisión y sentido común.



